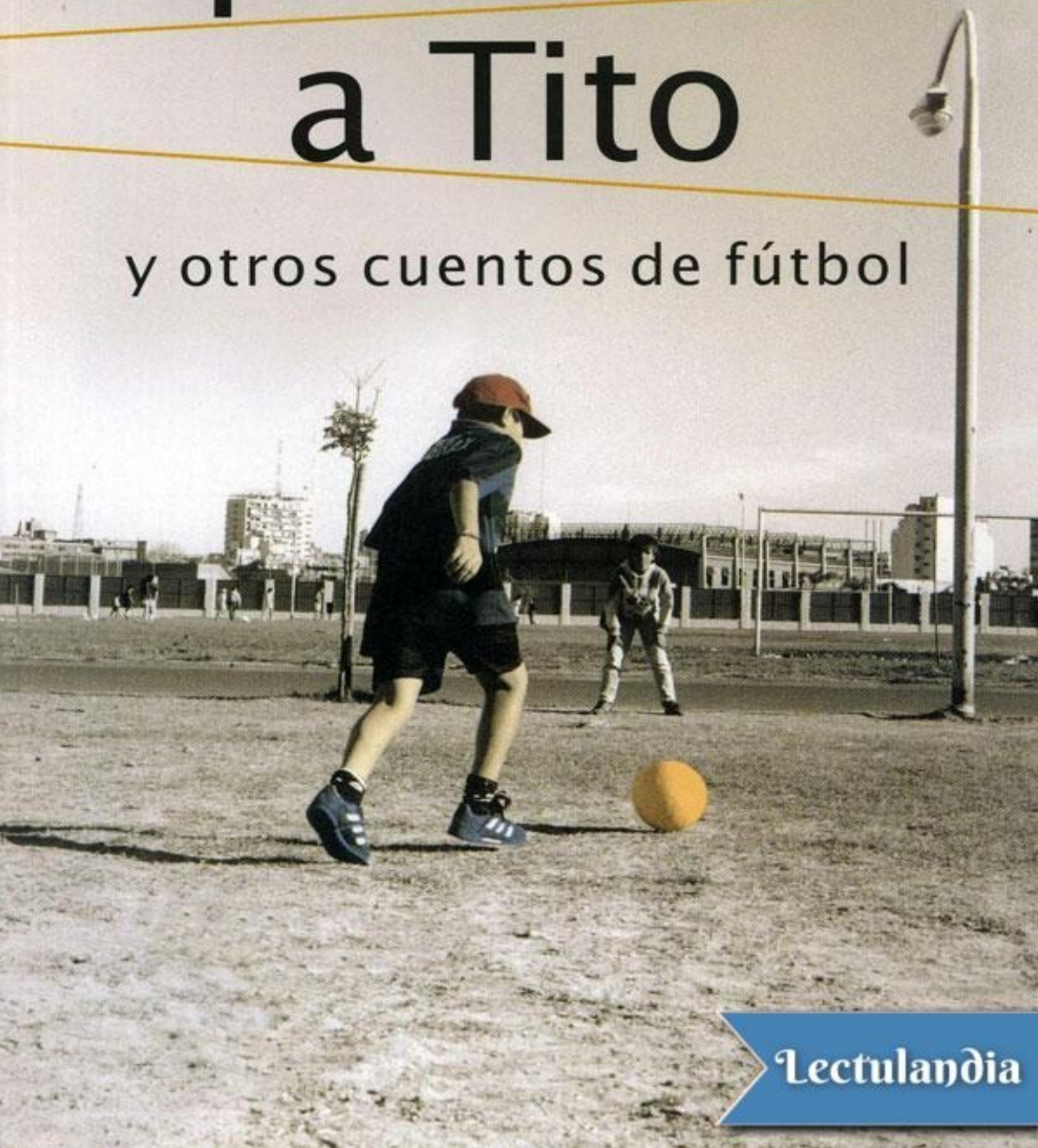
EDUARDO SACHERI

Esperándolo a Tito

y otros cuentos de fútbol



Lectulandia

Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol es un clásico contemporáneo de la literatura futbolera. Desde su publicación, en el año 2000, el libro ha circulado de boca a boca, de mano en mano, hasta llegar a miles de lectores. El fenómeno no extraña a quienes aman el fútbol y saben que en cualquier cancha donde dos equipos se enfrentan hay en disputa mucho más que un resultado. Como dice Dolina, en el rectángulo de juego caben infinidad de episodios novelescos, algunos evidentes, otros más profundos y esenciales, como la amistad, el coraje, la solidaridad o la avaricia; las glorias y miserias del ser humano, en suma. Con la excusa del fútbol, **Eduardo Sacheri** consigue atrapar al lector e implicarlo emocionalmente con sus historias, en las que la recreación de la infancia y el barrio trasluce la vigencia de sentimientos universales como el honor, la lealtad y la pertenencia.

Lectulandia

Eduardo Sacheri

Esperándolo a Tito

y otros cuentos de fútbol

ePUB v1.0
GONZALEZ 16.07.12

más libros en lectulandia.com

© 2000, Eduardo Sacheri

ePub base v2.0

Agradecimientos

Si este libro acaba de tomar forma definitiva, si unas cuantas palabras destinadas a perderse en el aire descansan ahora, en cambio, en estas páginas, no es por el dudoso mérito de quien las ha escrito, sino por el afecto, la dedicación y la solidaridad que hayaron en un puñado de personas.

Gracias a Alejandro Apo por invitar a jugar, en el picado, al desconocido que espera, ilusionado, junto a la línea de cal.

Gracias a Sergio, a Jessie, y a los suyos, por estimular con sus aplausos hasta las más torpes chambonadas.

Gracias a mi familia por todo y por todos los días.

El lector ya tiene a quienes echar la culpa de estos cuentos.

A vos, como casi todo.

A nuestro Francisco.

Y a ... ¿qué nombre le

vamos a poner?

Hay quienes sostienen que el fútbol
no tiene nada que ver con la vida
del hombre, con sus cosas más esenciales.

Desconozco cuánto sabe esa gente
de la vida.
Pero de algo estoy seguro:
no saben nada de fútbol.

Prólogo

La primera vez que Eduardo Sacheri me escribió, me explicaba en su carta que a la hora en que se emite *Todo con afecto* jugaba al fútbol. Sin embargo, sabía que en distintas oportunidades yo había pedido para el programa la ayuda de algún cuento, por lo cual él me enviaba "modestamente" tres. Uno de ellos era "Me van a tener que disculpar", esa genial justificación de Maradona en la que habla del jugador sin nombrarlo, y los otros "Esperándolo a Tito" y "De chilena".

Por aquellos días, fines de 1996, yo cumplía a rajatabla con el precepto de leer los cuentos al aire sin haberlo hecho antes. Eso me permitía descubrir los relatos junto con los oyentes, para sorprendernos con los matices y atrapar las emociones al mismo tiempo. La costumbre, valiosa por las situaciones espontáneas y frescas que generaba, me produjo en ocasiones varios dolores de cabeza, sobre todo cuando con el micrófono abierto no le encontraba el tono al escritor.

Pero nada de eso sucedió con Sacheri. Al leer al aire "Me van a tener que disculpar", me identifiqué de inmediato con su voz, con su historia y con sus pasiones, que eran las mías.

Lo mismo sintieron los oyentes, porque después de la lectura del cuento comenzaron a llamar y a escribir desde todos los rincones del país para manifestar su admiración, preguntándome quién era el autor, dónde estaba incluido el relato o cómo lo podían conseguir. "Ese Sacheri es un fenómeno", decía la gente, "¿cuándo podremos conocer más trabajos suyos?".

Los otros dos cuentos incluidos en la primera carta los dejé para los sábados siguientes. La lectura de "Esperándolo a Tito", una magnífica idealización de la amistad, generó también respuestas entusiastas. Llamados, cartas y mi alegría al descubrir que efectivamente Sacheri era un hallazgo. Hasta que le llegó el turno a de "De chilena", con el cual me pasó lo que nunca antes me había sucedido frente a un micrófono: en medio de la lectura me quebré y tuve que pedir ayuda, porque me di cuenta de que no llegaba al final. El cuento había conseguido que evocara a mi viejo y a mis hermanos, sobre todo a ese que está lejos y con el que jugábamos al fútbol. La emoción me había embargado y no había modo de disimularlo.

De Sacheri no tuve más noticias, aunque seguí leyendo esos tres cuentos por elección y porque su autor ya se había ganado los favores de los oyentes que pedían sus relatos.

Al tiempo, y en mérito a sus virtudes, Sacheri ascendió a la primera.

Debo explicar que la primera de *Todo con afecto* la integran Osvaldo Soriano, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Roberto Fontanarrosa, Humberto Costantini, Isidoro Blaistein, Gabriel García Márquez, Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, cuyos cuentos han sido cuidadosa y exclusivamente seleccionados para la apertura del

programa, un espacio que considero de privilegio y que reservo para los consagrados.

Después de un largo silencio, por fin el flamante jugador de primera me escribió mandándome otros cuentos y agradeciéndome la difusión de los anteriores. Así llegó “La promesa” y otra vez mis lágrimas y las de muchos oyentes, que esta vez llamaban para contar que ellos también habían cumplido con familiares y amigos el ritual que relata el cuento. La carta posibilitó además el encuentro, que me permitió felizmente comprobar que la escritura de este joven y talentoso profesor de historia era reveladora de su esencia: Sacheri resultó ser un pibe sencillo, ubicado, modesto.

Para entonces y como lector empedernido, ya había elaborado una teoría respecto de los cuentos de fútbol. Considero que Benedetti es de alguna manera el fundador del género —si es que hay un género—, pese a que existían otros cuentos de más vieja data; que Fontanarrosa es el que interpreta exactamente la locura y pasión que puede generar este deporte; que Soriano retrata como nadie los partidos de los pueblos del interior y sus ritos; mientras que el sentimiento de barrio, el desafío de calzarse los botines y enfrentarse a otra barra o de jugar con una Tango, el registro de las voces del conurbano y sus personajes, ése es territorio de Sacheri. Y si hoy todavía este talentoso escritor no es el dueño absoluto del área, estoy seguro de que muy pronto lo será.

Alejandro Apo

Esperándolo a Tito

Yo lo miré a José, que estaba subido al techo del camión de Gonzalito. Pobre, tenía la desilusión pintada en el rostro, mientras en puntas de pie trataba de ver más allá del portón y de la ruta. Pero nada: solamente el camino de tierra, y al fondo, el ruido de los camiones. En ese momento se acercó el Bebé Grafo y, gastador como siempre, le gritó: "¡Che, Josesito!, ¿qué pasa que no viene el 'maestro'? ¿Será que arrugó para evitarse el papelón, viejito?". Josesito dejó de mirar la ruta y trató de contestar algo ocurrente, pero la rabia y la impotencia lo lanzaron a un tartamudeo penoso. El otro se dio vuelta, con una sonrisa sobradora colgada en la mejilla, y se alejó moviendo la cabeza, como negando. Al fin, a Josesito se le destrabó la bronca en un concluyente «¡andálaputaqueteparió!», pero quedó momentáneamente exhausto por el esfuerzo.

Ahí se dio vuelta a mirarme, como implorando una frase que le ordenara de nuevo el universo. «Y ahora qué hacemo, decíme», me lanzó. Para Josesito, yo vengo a ser algo así como un oráculo pitonístico, una suerte de profeta infalible con facultades místicas. Tal vez, pobre, porque soy la única persona que conoce que fue a la facultad. Más por compasión que por convencimiento, le contesté con tono tranquilizador: «Quédate piola, Josesito, ya debe estar llegando». No muy satisfecho, volvió a mirar la ruta, murmurando algo sobre promesas incumplidas.

Aproveché entonces para alejarme y reunirme con el resto de los muchachos. Estaban detrás de un arco, alguno vendándose, otro calzándose los botines, y un par haciendo jueguitos con una pelota medio ovalada. Menos brutos que Josesito, trataban de que no se les notaran los nervios. Pablo, mientras elongaba, me preguntó como al pasar: «Che, Carlitos, ¿era seguro que venía, no? Mira que después del barullo que armamos, si nos falla justo ahora...».

Para no desmoralizar a la tropa, me hice el convencido cuando le contesté: «Pero muchachos, ¿no les dije que lo confirmé por teléfono con la madre de él, en Buenos Aires?». El Bebé Grafo se acercó de nuevo desde el arco que ocupaban ellos: «Che, Carlos, ¿me querés decir para qué armaron semejante bardo, si al final tu amiguito ni siquiera va a aportar?». En ese momento saltó Cañito, que había terminado de atarse los cordones, y sin demasiado preámbulo lo mandó a la mierda. Pero el Bebé, cada vez más contento de nuestro nerviosismo, no le llevó el apunte y me siguió buscando a mí: «En serio, Carlitos, me hiciste traer a los muchachos al divino botón, querido. Era más simple que me dijeras mirá Bebé, no quiero que este año vuelvan a humillarnos como los últimos nueve años, así que mejor suspendemos el desafío». Y adoptando un tono intimista, me puso una mano en el hombro y, hablándome al oído, agregó: «Dale, Carlitos, ¿en serio pensaste que nos íbamos a tragar que el puto ése iba a venirse desde Europa para jugar el desafío?». Más caliente por sus verdades que

por sus exageraciones, le contesté de mal modo: «Y decíme, Bebé, si no se lo tragaron, ¿para qué hicieron semejante kilombo para prohibirnos que lo pusiéramos?: que profesionales no sirven, que solamente con los que viven en el barrio. Según vos, ni yo que me mudé al Centro podría haber jugado».

Habían sido arduas negociaciones, por cierto. El clásico se jugaba todos los años, para mediados de octubre, un año en cada barrio. Lo hacíamos desde pibes, desde los diez años. Una vuelta en mi casa, mi primo Ricardo, que vivía en el barrio de la Textil, se llenó la boca diciendo que ellos tenían un equipo invencible, con camisetas y todo. Por principio más que por convencimiento, salté ofendidísimo retrucándole que nosotros, los de acá, los de la placita, sí teníamos un equipo de novela. Sellar el desafío fue cuestión de segundos. El viejo de Pablo nos consiguió las camisetas a último momento. Eran marrones con vivos amarillos y verdes. Un asco, bah. Pero peor hubiese sido no tenerlas. Ese día ganamos 12 a 7 (a los diez años, uno no se preocupa tanto de apretar la salida y el mediocampo, y salen partidos más abiertos, con muchos goles). Tito metió ocho. No sabían cómo pararlo. Creo que fue el primer partido que Tito jugó por algo. A los catorce, se fue a probar al club y lo ficharon ahí nomás, al toque. Igual, siguió viniendo al desafío hasta los veinte, cuando se fue a jugar a Europa. Entonces se nos vino la noche. Nosotros éramos todos matungos, pero nos bastaba tirársela a Tito para que inventara algo y nos sacara del paso. A los dieciséis, cuando empezaron a ponerse piernas fuertes, convocamos a un referí de la Federación: el chino Takawara (era hijo de japoneses, pero para nosotros, y pese a sus protestas, era chino). Ricardo, que era el capitán de ellos, nos acusaba de coimeros: decía que ganábamos porque el chino andaba noviando con la hermana grande del Tanito, y que ella lo mandaba a bombear para nuestro lado. Algo de razón tal vez tendría, pero lo cierto es que, con Tito, éramos siempre banca.

Cuando Tito se fue, la cosa se puso brava. Para colmo, al chino le salió un trabajo en Esquel y se fue a vivir allá (ya felizmente casado con la hermana del Tanito). Con árbitros menos sensibles a nuestras necesidades, y sin Tito para que la mandara guardar, empezamos a perder como yeguas. Yo me fui a vivir a la Capital, y algún otro se tomó también el buque, pero, para octubre, la cita siempre fue de fierro. Ahí me di cuenta del verdadero valor de mis amigos. Desde la partida de Tito, perdimos al hilo seis años, empatamos una vez, y perdimos otros tres consecutivos. Tuvimos que ser muy hombres para salir de la cancha año tras año con la canasta llena y estar siempre dispuestos a volver. Para colmo, para la época en que empezamos a perder, a algunos de nosotros, y también de ellos, se nos ocurrió llevar a las novias a hacer hinchada en los desafíos. Perder es terrible, pero perder con las minas mirando era intolerable. Por lo menos, hace cuatro años, y gracias a un incidente menor entre las nuestras y las de ellos, prohibimos de común acuerdo la presencia de mujeres en el público. Bah, directamente prohibimos el público. A mí se me ocurrió argüir que la

presión de afuera hacía más duros los encontronazos y exacerbaba las pasiones más bajas de los protagonistas. Y ellos, con el agrande de sus victorias inapelables, nos dijeron que bueno, que de acuerdo, pero que al árbitro lo ponían ellos. Al final, acordamos hacer los partidos a puertas cerradas, y afrontamos la cuestión arbitral con un complejo sistema de elección de referís por ternas rotativas según el año, que aunque nos privó de ayudas interesantes, nos evitó bombeos innecesarios.

Igual, seguimos perdiendo. El año pasado, tras una nueva humillación, los muchachos me pidieron que hiciera «algo». No fueron muy explícitos, pero yo lo adiviné en sus caras. Por eso este año, cuando Tito me llamó para mi cumpleaños, me animé a pedirle la gauchada. Primero se mató de la risa de que le saliera con semejante cosa, pero, cuando le di las cifras finales de la estadística actualizada, se puso serio: 22 jugados, 10 ganados, 3 empatados, 9 perdidos. La conclusión era evidente: uno más y el colapso, la vergüenza, el oprobio sin límite de que los muertos ésos nos empataran la estadística. Me dijo que lo llamara en tres días. Cuando volvimos a hablar me dijo que bueno, que no había problema, que le iba a decir a su vieja que fingiera un ataque al corazón para que lo dejaran venir desde Europa rapidito. Después ultimé los detalles con doña Hilda. Quedamos en hacerlo de canuto, por supuesto, porque si se enteraban allá de que venía a la Argentina, en plena temporada, para un desafío de barrio, se armaba la podrida.

A mi primo Ricardo igual se lo dije. No quería que se armara el tole tole el mismo día del partido. Hice bien, porque estuvimos dos semanas que sí que no, hasta que al final aceptaron. No querían saber nada, pero bastó que el Tanito, en la última reunión, me murmurara a gritos un «dejá Carlos, son una manga de cagones». Ahí nomás el Bebé Grafo, calentón como siempre, agarró viaje y dijo que sí, que estaba bien, que como el año pasado, el sábado 23 a las diez en el sindicato, que él reservaba la cancha, que nos iban a romper el traste como siempre, etcétera. Ricardo trató de hacerlo callar para encontrar un resquicio que le permitiera seguir negociando. Pero fue inútil. La palabra estaba dada, y el Tanito y el Bebé se amenazaban mutuamente con las torturas futbolísticas más aterradoras, mientras yo sonreía con cara de monaguillo.

Cuando el resto de los nuestros se enteró de la noticia, el plantel enfrentó la prueba con el optimismo rotundo que yo creía extinguido para siempre. El sábado a las nueve llegaron todos juntos en el camión de Gonzalito. El único que se retrasó un poco fue Alberto, el arquero, que como la mujer estaba empezando el trabajo de parto esa mañana, se demoró entre que la llevó a la clínica y pudo convencerla de que se quedara con la vieja de ella. Ellos llegaron al rato, y se fueron a cambiar detrás del arco que nosotros dejamos libre. Pero cuando faltaban diez minutos para la hora acordada, y Tito no daba señales de vida, se vino el Bebé por primera vez a buscar camorra. Por suerte, me avivé de hacerme el ofendido: le dije que el partido era a las

diez y media y no a las diez, que qué se creía y que no jodiera. Lo miré al Tanito, que me cazó al vuelo y confirmó mi versión de los hechos. El Bebé negó una vez y otra, y lo llamó a Ricardo en su defensa. Por supuesto, Ricardo se nos vino al humo gritando que la hora era a las diez y que nos dejáramos de joder. Ante la complejidad que iba adquiriendo la cosa, con el Tanito juramos por nuestras madres y nuestros hijos, por Dios y por la Patria, que la hora era diez y media, que en el café habíamos dicho diez y media, y que por teléfono habíamos confirmado diez y media, y que todavía faltaba más de media hora para las diez y media, y que se dejaran de romper con pavadas. Ante semejantes exhibiciones de convicción patriótico-religiosa, al final se fueron de nuevo a patear al otro arco, esperando que se hiciera la hora. Después con el Tanito nos dimos ánimo mutuamente, tratando de persuadirnos de que un par de juramentos tirados al voleo no podían ser demasiado perjudiciales para nuestras familias y nuestra salvación eterna.

Fue cuando lo mandé a Josesito a pararse arriba del camión, a ver si lo veía venir por el portón de la ruta, más por matar un poco la ansiedad que porque pensase seriamente en que fuese a venir. Es que para esa altura yo ya estaba convencido, en secreto, de que Tito nos había fallado. Había quedado en venir el viernes a la mañana, y en llamarme cuando llegara a lo de su vieja. El martes marchaba todo sobre ruedas. En la radio comentaron que Tito se venía para Buenos Aires por problemas familiares, después del partido que jugaba el miércoles por no sé qué copa. Pero el jueves, y también por la radio, me enteré de que su equipo, como había ganado, volvía a jugar el domingo, así que en el club le habían pedido que se quedara. Ese día hablé con doña Hilda, y me dijo que ella ya no podía hacer nada: si se suponía que estaba en terapia intensiva, no podía llamarlo para recordarle que tomara el avión del viernes.

El viernes les prohibí en casa que tocaran el teléfono: Tito podía llamar en cualquier momento. Pero Tito no aportó. A la noche, en la radio confirmaron que Tito jugaba el domingo. No tuve ánimo ni para calentarme. Me ganó, en cambio, una tristeza infinita. En esos años, las veces que había venido Tito me había encantado comprobar que no se había engrupido ni por la plata ni por salir en los diarios. Se había casado con una tana, buena piba, y tenía dos chicos bárbaros. Yo le había arreglado la sucesión del viejo, sin cobrarle un mango, claro. El siempre se acordaba de los cumpleaños y llamaba puntualmente. Cuando venía, se caía por mi casa con regalos, para mis viejos y mi mujer, como cualquiera de los muchachos. Por eso, porque yo nunca le había pedido nada, me dolía tanto que me hubiese fallado justo para el desafío. Esa noche decidí que, si después me llamaba para decirme que el partido de allá era demasiado importante y que por eso no había podido cumplir, yo le iba a decir que no se hiciera problema. Pero lo tenía decidido: chau Tito, moríte en paz. Aunque no lo hiciera por mí, no podía cagar impunemente a todos los

muchachos. No podía dejarnos así, que perdiéramos de nuevo y que nos empataran la estadística.

Al fin y al cabo, en el primer desafío, cuando era un flaquito escuálido por el que nadie daba dos mangos, y que nos venía sobrando (porque en esa época jugábamos en la canchita del corralón, que era de seis y un arquero), yo igual le dije vení pibe, jugá adelante, que sos chiquito y si sos ligero capaz que la embocás. Por eso me dolía tanto que se abriera, y porque cuando se fue a probar al club, como no se animaba a ir solo, fuimos con Pablo y el Tanito; los cuatro, para que no se asustara. Porque él decía y yo para qué voy a ir, si no conozco a nadie adentro, si no tengo palanca, y yo que dale, que no seas boludo, que vamos todos juntos así te da menos miedo. Y ahí nos fuimos, y el pobre de Pablo se tuvo que bancar que el técnico de las inferiores le dijera a los cinco minutos ¡salí perro, a qué carajo viniste!, y el Tanito y yo tuvimos que pararlo a Tito que quiso que nos fuéramos todos ahí mismo, y decirle que volviera que el tipo lo miraba seguido. Nosotros dos, con el Tanito, duramos un tiempo y pico, pero después nos cambiaron y el guanaco ése nos dijo ta’bien pibes, cualquier cosa les hago avisar por el flaquito aquel que juega de nueve, nos dijo señalándolo a Tito que seguía en la cancha. Pero no nos importó, porque eso quería decir que sí, que Tito entraba, que Tito se quedaba, y nos dio tanta alegría que hasta a Pablo se le pasó la calentura, primero porque Tito había entrado, y segundo porque, como yo andaba con las llaves de mi casa, en la playa de estacionamiento pudimos rayarle la puerta del rastrojero al infeliz del técnico. Y después, cuando le hicieron el primer contrato profesional, a los 18, y lo acostaron con los premios, lo acompañé yo a ver a un abogado de Agremiados y ya no lo madrugaron más, y cuando lo vendieron afuera yo todavía no estaba recibido, pero me banqué a pie firme la pelea con los gallegos que se lo vinieron a llevar, y siempre sin pedirle un mango. Ah, y con el Tanito, aparte, cuando nos encargamos de su vieja cuando el viejo, don Aldo, se murió y él estaba jugando en Alemania; porque el Tanito, que seguía viviendo en el barrio, se encargó de que no le faltara nada, y que los muchachos se dieran una vuelta de vez en cuando para darle una mano con la pintura, cambiarle una bombita quemada, llamarle al atmosférico cuando se le tapara el pozo, qué sé yo, tantas cosas.

Nunca lo hicimos por nada, nos bastó el orgullo de saberlo del barrio, de saberlo amigo, de ver de vez en cuando un gol suyo, de encontrarnos para las fiestas. Lo hicimos por ser amigos, y cuando él, medio emocionado, nos decía muchachos, cómo cuernos se los puedo pagar, nosotros que no, que dejá de hinchar, que para qué somos amigos, y el único que se animaba a pedirle algo era Josesito, que lo miraba serio y le decía mirá, Tito, vos sabes que sos mi hermano, pero jamás de los jamases se te ocurra jugar en San Lorenzo, por más guita que te pongan no vayas, por lo que más quieras porque me muero de la rabia, entendéme, Tito, a cualquier otro sí, Tito, pero a San Lorenzo por Dios te pido no vayas ni muerto, Tito. Y Tito que no, que quedáte

tranquilo, Josesito, aunque me paguen fortunas a San Lorenzo no voy por respeto a vos y a Huracán, te juro. Por eso me dolía tanto verlo justo a Josesito, defraudado, parado en puntas de pie sobre el techo del camión de reparto; y a los otros probándolo a Alberto desde afuera del área, con las medias bajas, pateando sin ganas, y mirándome de vez en cuando de reojo, como buscando respuestas.

Cuando se hicieron las diez y media, Ricardo y el Bebé se vinieron de nuevo al humo. Les salí al encuentro con Pablo y el Tanito para que los demás no escucharan. «Es la hora, Carlos», me dijo Ricardo. Y a mí me pareció verle un brillo satisfecho en los ojos. «¿Lo juegan o nos lo dan derecho por ganado?», preguntó, procaz, el Bebé. El Tanito lo miró con furia, pero la impotencia y el desencanto lo disuadieron de putearlo.

«Andá ubicando a los tuyos, y llamálo al árbitro para el sorteo», le dije. Desde el mediocampo, le hice señas a Josesito de que se bajara del camión y se viniera para la cancha. Para colmo, pensé, jugábamos con uno menos. Éramos diez, y preferí jugar sin suplentes que llamar a algún extraño. En eso, ellos también eran de fierro. No jugaba nunca ninguno que no hubiese estado en los primeros desafíos. Cuando Adrián me avisó en la semana que no iba a poder jugar por el desgarro, le dije que no se hiciera problema. Hasta me alegré porque me evitaba decidir cuál de todos nosotros tendría que quedarse afuera. Tito me venía justo para completar los once.

Para colmo, perdimos en el sorteo. Tuvimos que cambiar de arco. Hice señas a los muchachos de que se trajeran los bolsos para ponerlos en el que iba a ser el nuestro en el primer tiempo. Yo sabía que era una precaución innecesaria. Con ellos nos conocíamos desde hacía veinte años, pero me pareció oportuno darles a entender que, a nuestro criterio, eran una manga de potenciales delincuentes. Cuando me pasaron por el costado, cargados de bultos, Alejo y Damián, los mellizos que siempre jugaron de centrales, les recordé que se turnaran para pegarle al once de ellos, pero lo más lejos del área que fuera posible. Alejo me hizo una inclinación de cabeza y me dijo un «quédate pancho, Carlitos». En ese momento me acordé del partido de dos años antes. Iban 43 del segundo tiempo y en un centro a la olla, él y el tarado de su hermano se quedaron mirándose como vacas, como diciéndose «saltá vos». El que saltó fue el petiso Galán, el ocho de ellos: un metro cincuenta y cinco, entre los dos mastodontes de uno noventa. Uno a cero y a cobrar. Espantoso.

Cuando nos acomodamos, fuimos hasta el medio con Josesito para sacar. Con la tristeza que tenía, pensé, no me iba a tocar una pelota coherente en todo el partido. De diez lo tenía parado a Pablo. Si a los dieciséis el técnico aquél lo sacó por perro, a los treinta y cuatro, con pancita de casado antiguo, era todo menos un canto a la esperanza. El Bebé, muy respetuoso, le pidió permiso al árbitro para saludarnos antes del puntapié inicial (siempre había tenido la teoría de que olfear a los jueces le permitía luego hacerse perdonar un par de infracciones). Cuando nos tuvo a tiro, y

con su mejor sonrisa, nos envenenó la vida con un «pobres muchachos, cómo los cagó el Tito, qué bárbaro», y se alejó campante.

Pero justo ahí, justo en ese momento, mientras yo le hablaba a Josesito y el árbitro levantaba el brazo y miraba a cada arquero para dar a entender que estaba todo en orden, y Alberto levantaba el brazo desde nuestro arco, me di cuenta de que pasaba algo. Porque el referí dio dos silbatazos cortitos, pero no para arrancar, sino para llamar la atención de Ricardo (que siempre es el arquero de ellos). Aunque lo tenía lejos, lo vi pálido, con la boca entreabierta, y empecé a sentir una especie de tumulto en los intestinos mientras temía que no fuera lo que yo pensaba que era, temía que lo que yo veía en las caras de ellos, ahí adelante mío, no fuese asombro, mezclado con bronca, mezclado con incredulidad; que no fuese verdad que el Bebé estuviera dándose vuelta hacia Ricardo, como pidiendo ayuda; que no fuera cierto que el otro siguiera con la vista clavada en un punto todavía lejano, todavía a la altura del portón de la ruta, todavía adivinando sin ver del todo a ese tipo lanzado a la carrera con un bolsito sobre el hombro gritando aguanten, aguanten que ya llego, aguanten que ya vine, y como en un sueño el Tanito gritando de la alegría, y llamándolo a Josesito, que vamos que acá llegó, carajo, que quién dijo que no venia, y los mellizos también empezando a gritar, que por fin, que qué nervios que nos hiciste comer, guacho, y yo empezando a caminar hacia el lateral, como un autómata entre canteros de margaritas, aún indeciso entre cruzarle la cara de un bife por los nervios y abrazarlo de contento, y Tito por fin saliendo del tumulto de los abrazos postergados, y viniendo hasta donde yo estaba plantado en el cuadradito de pasto en el que me había quedado como sin pilas, y mirándome sonriendo, avergonzado, como pidiéndome disculpas, como cuando le dije vení pibe, jugá de nueve, capaz que la embocás; y yo ya sin bronca, con la flojera de los nervios acumulados toda junta sobre los hombros, y él diciéndome perdoná, Carlos, me tuve que hacer llamar a la concentración por mi tía Juanita, pero conseguí pasaje para la noche, y llegué hace un rato, y perdonáme por los nervios que te hice chupar, te juro que no te lo hago más, Carlitos, perdonáme, y yo diciéndole calláte, boludo, calláte, con la garganta hecha un nudo, y abrazándolo para que no me viera los ojos, porque llorar, vaya y pase, pero llorar delante de los amigos jamás; y el mundo haciendo click y volviendo a encastrar justito en su lugar, el cosmos desde el caos, los amigos cumpliendo, cerrando círculos abiertos en la eternidad, cuando uno tiene catorce y dice ’ta bien, te acompañamos, así no te da miedo.

Como Tito llegó cambiado, tiró el bolso detrás del arco y se vino para el mediocampo, para sacar conmigo. Cuando le faltaban diez metros, le toqué el balón para que lo sintiera, para que se acostumbrara, para que no entrara frío (lo último que falta ahora, pensé, es que se nos lesione en el arranque). Se agachó un poquito, flexionando la zurda más que la diestra. Cuando le llegó la bola, la levantó diez

centímetros, y la vino hamacando a esa altura del piso, con caricias suaves y rítmicas. Cuando llegó al medio, al lado mío, la empaló con la zurda y la dejó dormir un segundo en el hombro derecho. Enseguida se la sacudió con un movimiento breve del hombro, como quien espanta un mosquito, y la recibió con la zurda dando un paso atrás: la bola murió por fin a diez centímetros del botín derecho.

Recién ahí levanté los ojos, y me encontré con el rostro desencajado del Bebé, que miraba sin querer creer, pero creyendo. El petiso Galán, parado de ocho, tenía cara de velorio a la madrugada. Ellos estaban mudos, como atontados. Ahí entendí que les habíamos ganado. Así. Sin jugar. Por fin, diez años después íbamos a ganarles. Los tipos estaban perdidos, casi con ganas de que terminara pronto ese suplicio chino. Cuando vi esos ademanes tensos, esos rostros ateridos que se miraban unos a otros ya sin esperanza, ya sin ilusión ninguna de poder escapar a su destino trágico, me di cuenta de que lo que venía era un trámite, un asunto concluido.

Mientras el árbitro volvía a mirar a cada arquero, para iniciar de una vez por todas ese desafío memorable, Josesito, casi en puntas de pie junto a la raya del mediocampo, le sonrió al Bebé, que todavía lo miraba a Tito con algo de pudor y algo de pánico: “¿Y, viste, jodemil...? ¿No que no venía? ¿no que no?”, mientras sacudía la cabeza hacia donde estaba Tito, como exhibiéndolo, como sacándole lustre, como diciéndole al rival moríte, moríte de envidia, infeliz.

Pitó el árbitro y Tito me la tocó al pie. El petiso Galán se me vino al humo, pero devolví el pase justo a tiempo. Tito la recibió, la protegió poniendo el cuerpo, montándola apenas sobre el empeine derecho. El petiso se volvió hacia él como una tromba, y el Bebé trato de apretarlo del otro lado. Con dos trancos, salió entre medio de ambos. Levantó la cabeza, hizo la pausa, y después tocó suave, a ras del piso, en diagonal, a espaldas del seis de ellos, buscándolo a Gonzalito que arrancó bien habilitado.

Me van a tener que disculpar

Para Diego

Me van a tener que disculpar. Yo sé que un hombre que pretende ser una persona de bien debe comportarse según ciertas normas, aceptar ciertos preceptos, adecuar su modo de ser a determinadas estipulaciones convenidas por todos. Seamos más explícitos. Si uno quiere ser un tipo coherente debe medir su conducta, y la de sus semejantes, siempre con la misma e idéntica vara. No puede hacer excepciones, pues de lo contrario bastardea su juicio ético, su conciencia crítica, su criterio legítimo.

Uno no puede andar por la vida reprobando a sus rivales y disculpando a sus amigos por el sólo hecho de serlo. Tampoco soy tan ingenuo como para suponer que uno es capaz de sustraerse a sus afectos y a sus pasiones, que uno tiene la idoneidad como para sacrificarlos en el altar de una imparcialidad impoluta. Digamos que uno va por ahí intentando no apartarse demasiado del camino debido, tratando de que los amores y los odios no le trastoquen irremediablemente la lógica.

Pero me van a tener que disculpar, señores. Hay un tipo con el que no puedo. Y ojo que lo intento. Me digo: no puede haber excepciones, no debe haberlas. Y la disculpa que requiero de ustedes es todavía mayor, porque el tipo del que hablo no es un benefactor de la humanidad, ni un santo varón, ni un valiente guerrero que ha consolidado la integridad de mi patria. No, nada de eso. El tipo tiene una actividad mucho menos importante, mucho menos trascendente, mucho más profana. Les voy adelantando que el tipo es un deportista. Imagínense, señores. Llevo escritas doscientas sesenta y tres palabras hablando del criterio ético y sus limitaciones, y todo por un simple caballero que se gana la vida pateando una pelota. Ustedes podrán decirme que eso vuelve mi actitud todavía más reprobable. Tal vez tengan razón. Tal vez por eso he iniciado estas líneas disculpándome.

No obstante, y aunque tengo perfectamente claras esas cosas, no puedo cambiar mi actitud. Sigo siendo incapaz de juzgarlo con la misma vara con la que juzgo al resto de los seres humanos. Y ojo que no sólo no es un pobre muchacho saturado de virtudes. Tiene muchos defectos. Tiene tal vez tantos defectos como quien escribe estas líneas, o como el que más. Para el caso es lo mismo. Pese a todo, señores, sigo sintiéndome incapaz de juzgarlo. Mi juicio crítico se detiene ante él, y lo dispensa.

No es un capricho, cuidado. No es un simple antojo. Es algo un poco más profundo, si me permiten calificarlo de ese modo. Seré más explícito. Yo lo disculpo porque siento que le debo algo. Le debo algo y sé que no tengo forma de pagárselo. O tal vez ésta sea la peculiar moneda que he encontrado para pagarle. Digamos que mi deuda halla sosiego en este hábito de evitar siempre cualquier eventual reproche.

El no lo sabe, cuidado. Así que mi pago es absolutamente anónimo. Como anónima es la deuda que con él conservo. Digamos que él no sabe que le debo, e ignora los ingentes esfuerzos que yo hago una vez y otra por pagarle.

Por suerte o por desgracia, la oportunidad de ejercitar este hábito se me presenta a menudo. Es que hablar de él, entre argentinos, es casi uno de nuestros deportes nacionales. Para enzalzarlo hasta la estratosfera, o para condenarlo a la parrilla perpetua de los infiernos, los argentinos gustamos, al parecer, de convocar su nombre y su memoria. Ahí es cuando yo trato de ponerme serio y distante, pero no lo logro. El tamaño de mi deuda se me impone. Y cuando me invitan a hablar prefiero esquivar el bulto, cambiar de tema, ceder mi turno en el ágora del café a la tardecita. No se trata tampoco de que yo me ubique en el bando de sus perpetuos halagadores. Nada de eso. Evito tanto los elogios superlativos y rimbombantes como los dardos envenenados y traicioneros. Además, con el tiempo he visto a más de uno cambiar del bando de los inquisidores al de los plañideros aplaudidores, y viceversa, sin que se les mueva un pelo. Y ambos bandos me parecen absolutamente detestables, por cierto.

Por eso yo me quedo callado, o cambio de tema. Y cuando a veces alguno de los muchachos no me lo permite, porque me acorrala con una pregunta directa, que cruza el aire llevando específicamente mi nombre, tomo aire, hago como que pienso, y digo alguna sandez al estilo de «y, no sé, habría que pensarlo»; o tal vez arriesgo un «vaya uno a saber, son tantas cosas para tener en cuenta». Es que tengo demasiado pudor como para explayarme del modo en que aquí lo hago. Y soy incapaz de condenar a mis amigos al tórrido suplicio de escuchar mis argumentos y mis justificaciones.

Por empezar les tendría que decir que la culpa de todo la tiene el tiempo. Sí, como lo escuchan, el tiempo. El tiempo que se empeña en transcurrir, cuando a veces debería permanecer detenido. El tiempo que nos hace la guachada de romper los momentos perfectos, inmaculados, inolvidables, completos. Porque si el tiempo se quedase ahí, inmortalizando a los seres y a las cosas en su punto justo, nos libraría de los desencantos, de las corrupciones, de las ínfimas traiciones tan propias de nosotros los mortales.

Y en realidad es por ese carácter tan defectuoso del tiempo que yo me comporto como lo hago. Como un modo de subsanar, en mis modestos alcances, esas barbaridades injustas que el tiempo nos hace. En cada ocasión en la cual mencionan su nombre, en cada oportunidad en la cual me invitan al festín de adorarlo y denostarlo, yo me sustraigo a este presente absolutamente profano, y con la memoria que el ser humano conserva para los hechos esenciales me remonto a ese día, al día inolvidable en que me vi obligado a sellar este pacto que, hasta hoy, he mantenido en secreto. Un pacto que puede conducirme (lo sé), a que alguien me acuse de patriotero. Y aunque yo sea de aquellos a quienes desagrada la mezcla de la nación con el

deporte, en este caso acepto todos los riesgos y las potenciales sanciones.

Digamos que mi memoria es el salvoconducto para volver el tiempo al lugar cristalino del cual no debió moverse, porque era el exacto sitio en que merecía detenerse para siempre, por lo menos para el fútbol, para él y para mí. Porque la vida es así, a veces se combina para alumbrar momentos como ése. Instantes después de los cuales nada vuelve a ser como era. Porque no puede. Porque todo ha cambiado demasiado. Porque por la piel y por los ojos nos ha entrado algo de lo cual nunca vamos a lograr desprendernos.

Esa mañana habrá sido como todas. El mediodía también. Y la tarde arranca, en apariencia, como tantas otras. Una pelota y veintidós tipos. Y otros millones de tipos comiéndose los codos delante de la tele, en los puntos más distantes del planeta. Pero ojo, que esa tarde es distinta. No es un partido. Mejor dicho: no es sólo un partido. Hay algo más. Hay mucha rabia, y mucho dolor, y mucha frustración acumuladas en todos esos tipos que miran la tele. Son emociones que no nacieron por el fútbol. Nacieron en otro lado. En un sitio mucho más terrible, mucho más hostil, mucho más irrevocable. Pero a nosotros, a los de acá, no nos cabe otra que contestar en una cancha, porque no tenemos otro sitio, porque somos pocos, porque estamos solos, porque somos pobres. Pero ahí está la cancha, el fútbol, y son ellos o nosotros. Y si somos nosotros el dolor no va a desaparecer, ni la humillación ha de terminarse. Pero si son ellos. Ay, si son ellos. Si son ellos la humillación va a ser todavía más grande, más dolorosa, más intolerable. Vamos a tener que quedarnos mirándonos las caras, diciéndonos en silencio «te das cuenta, ni siquiera aquí, ni siquiera esto se nos dio a nosotros».

Así que están ahí los tipos. Los once nuestros y los once de ellos. Es fútbol, pero es mucho más que fútbol. Porque cuatro años es muy poco tiempo como para que te amaine el dolor y se te apacigüe la rabia. Por eso no es sólo fútbol.

Y con semejantes antecedentes de tarde borrascosa, con semejante prólogo de tragedia, va este tipo y se cuelga para siempre del cielo de los nuestros. Porque se planta enfrente de los contrarios y los humilla. Porque los roba. Porque delante de sus ojos los afana. Y aunque sea les devuelve ese afano por el otro, por el más grande, por el infinitamente más enorme y ultrajante. Porque aunque nada cambie allá están ellos, en sus casas y en sus calles, en sus pubs, queriéndose comer las pantallas de pura rabia, de pura impotencia de que el tipo salga corriendo mirando de reojito al árbitro que se compra el paquete y marca el medio.

Hasta ahí, eso solo ya es historia. Ya parece suficiente. Porque le robaste algo al que te afanó primero. Y aunque lo que él te robó te duele más, vos te regodeas porque

sabes que esto, igual, le duele. Pero hay más. Aunque uno desde acá diga bueno, es suficiente, me doy por hecho, hay más. Porque el tipo además de piola es un artista. Es mucho más que los otros.

Arranca desde el medio, desde su campo, para que no queden dudas de que lo que está por hacer no lo ha hecho nadie. Y aunque va de azul, va con la bandera. La lleva en una mano, aunque nadie la vea. Empieza a desparramarlos para siempre. Y los va liquidando uno por uno, moviéndose al calor de una música que ellos, pobres giles, no entienden. No sienten la música, pero sí sienten un vago escozor, algo que les dice que se les viene la noche. Y el tipo sigue adelante.

Para que empiecen a no poder creerlo. Para que no se lo olviden nunca. Para que allá lejos los tipos dejen la cerveza y cualquier otra cosa que tengan en la mano. Para que se queden con la boca abierta y la expresión de tontos, pensando que no, que no va a suceder, que alguno lo va a parar, que ese morochito vestido de azul y de argentino no va a entrar al área con la bola mansita a su merced, que alguien va a hacer algo antes de que le amague al arquero y lo sortee por afuera, de que algo va a pasar para poner en orden la historia y que las cosas sean como Dios y la reina mandan, porque en el fútbol tiene que ser como en la vida, donde los que llevan las de ganar ganan, y los que llevan las de perder pierden. Se miran entre ellos y le piden al de al lado que los despierte de la pesadilla. Pero no hay caso, porque ni siquiera cuando el tipo les regala una fracción de segundo más, cuando el tipo aminora el vértigo para quedar de nuevo bien parado de zurdo, ni siquiera entonces van a evitar entrar en la historia como los humillados, los once ingleses despatarrados e incrédulos, los millones de ingleses mirando la tele sin querer creer lo que saben que es verdad para siempre, porque ahí va la bola a morirse en la red para toda la eternidad, y el tipo va a abrazarse con todos y a levantar los ojos al cielo. Y no sé si él lo sabe, pero hace tan bien en mirar al cielo.

Porque el afano estaba bien, pero era poco. Porque el afano de ellos era demasiado grande. Así que faltaba humillarlos por las buenas. Inmortalizarlos para cada ocasión en que ese gol volviese a verse una vez y otra vez y para siempre, en cada rincón del mundo. Ellos volviendo a verse una y mil veces hasta el cansancio en las repeticiones incrédulas. Ellos pasmados, ellos llegando tarde al cruce, ellos viéndolo todo desde el piso, ellos hundiéndose definitivamente en la derrota, en la derrota pequeña y futbolera y absoluta y eterna e inolvidable.

Así que señores, lo lamento. Pero no me jodan con que lo mida con la misma vara con la que se supone debo juzgar a los demás mortales. Porque yo le debo esos dos goles a Inglaterra. Y el único modo que tengo de agradecérselo es dejarlo en paz con sus cosas. Porque ya que el tiempo cometió la estupidez de seguir transcurriendo, ya que optó por acumular un montón de presentes vulgares encima de ese presente perfecto, al menos yo debo tener la honestidad de recordarlo para toda la vida. Yo

conservo el deber de la memoria.

La promesa

Decíme vos para qué cuernos te hice semejante promesa. Se ve que me agarraste con la defensa baja y te dije que sí sin pensarlo. Pero esta mañana, cuando me levanté, y tenía un nudo en la garganta, y una piedra que me subía y me bajaba desde la boca hasta las tripas, empecé como loco a buscar alguna excusa para hacerme el otario. Pero no me animé a fallarte, y a los muchachos los había casi obligado a combinar para hoy, así que no podía ser yo quien se borrara.

—¿Adonde vas? —me preguntó Raquel, cuando vio que a las doce dejaba el mate e iba a vestirme.

—A la cancha, con los muchachos —le dije. No agregué palabra. Ella, que no sabía nada, pobre, se moría por preguntarme. De entrada había pensado en contarle. Pero viste cómo son las minas. Capaz que las agarras torcidas y te empiezan con que no, con que cómo se te ocurre, con que yo que Rita los saco a escobazos, a vos te parece hacer semejante cosa. Y yo no estaba de ánimo como para andar respondiendo cuestionamientos. Por eso no abrí la boca. Y Raquel daba vueltas por la pieza mientras yo me ponía la remera y me ataba los cordones. Me ofrecía un mate más para el estribo. Me decía te preparo unos sandwiches y te los comés por el camino. Me seguía por la casa secundando mis preparativos. A la altura del zaguán no pudo más:

—Pensé que habían dejado de ir —me soltó. Me volví a mirarla. No era su culpa.

—Pero hoy vamos —respondí. La besé y me fui.

Eran las doce y cuarto. Llegué a lo de Beto a la una menos veinte.

—Pasa que estoy terminando de embolsar el papel. Dame una mano. —Me hizo pasar a un comedor sombrío, donde el rigor del mediodía de noviembre se había convertido en una penumbra agradablemente fresca—. Llená esa bolsa, que yo termino con ésta. —Lo obedecí. Al salir pasó llave a la puerta y me dio una de las dos bolsas para que cargara—. Metéle pata que llegamos al de menos cinco.

Con la lengua afuera subimos al tren y nos tiramos en un asiento de cuatro. Casi no hablamos en todo el viaje. Cuando bajamos, el Gordo estaba sentado en los caños negros y amarillos del paso a nivel. Nos hizo una seña de saludo y se desencaramó como pudo.

—Quedé con Rita que pasábamos una y media. Métanle que vamos retrasados. ¿Se puede saber por qué tardaron tanto?

—Cómo se ve, Gordo, que esta mañana no tuviste que hacer un carajo —le marcó Beto, con un gesto hacia las bolsas repletas de papelitos.

Caminamos las tres cuadras en silencio. Rita estaba esperándonos, porque apenas el Gordo hizo sonar el timbre nos abrió y nos hizo pasar a la sala. Nos turnamos para intercambiar besos y palmadas, pero después no supimos qué decir y nos quedamos

callados. En eso se sintió ruido de tropilla por el pasillo, y entró Luisito hecho una tromba pateando la número cinco contra las paredes y vociferando goles imaginarios. Cuando nos vio, largó la pelota y vino a abrazarnos entre gritos de alegría.

—¿Te gusta, tío Ernesto? —me preguntó mientras estiraba con ambas manos la camiseta lustrosa que tenía puesta.

—Che, dejáme mirarte un poco. —Hice un silencio de contemplación admirativa —. Pero ya parecés de la Primera, Luisito. ¿Vieron muchachos?

Los otros asintieron con ademanes grandilocuentes.

—Andá a buscarte el abrigo, Luis —mandó Rita, y dirigiéndose a nosotros—: ¿Toman algo, chicos?

—No, nena, gracias. Vamos un poco atrasados —respondí por todos.

—Vení, Ernesto, acompañáme.

Rita me hizo seguirla hasta el dormitorio, mientras el Gordo y Beto le tomaban lección a Luisito sobre la formación del equipo en las últimas dos campañas.

—La verdad, es que mucho no lo entiendo, Ernesto. Pero bueno, si te lo pidió habrá sido por algo.

Yo, para variar, no supe qué decir. Preferí preguntar:

—¿A Luisito qué le dijiste?

Me miró con ojos húmedos.

—Le dije la verdad. —Y luego, dudando—: ¿Hice mal?

¿Y yo qué sé?, pensé.

—Quedáte tranquila, nena. Hiciste bien —respondí.

Cuando volvimos a la sala, el Gordo me informó en tono solemne que el pibe se había trabucado únicamente con el reemplazante de Cajal entre la quinta y la décima fecha del torneo anterior.

—Por lo demás estuvo perfecto —concluyó sonriendo.

Nos turnamos para estrechar, ceremoniosos, la mano del aprendiz, que no cabía en sí del orgullo. Después nos despedimos de Rita y partimos.

En la esquina compramos una Coca grande. Nos la fuimos pasando mientras esperábamos el colectivo.

—El que toma el último sorbo, la liga —lancé.

—No seas asqueroso —me reconvino Beto.

—Y vos no seas pelotudo —lo cortó el Gordo. Valió la pena la chanchada sólo por verle la cara de repugnancia al pobre Beto. Como es de práctica en estos casos, el último trago se fue prolongando hasta límites inverosímiles. Y se cruzaron acusaciones recíprocas de: «¡Che, vos no tomaste, escupiste!», y otras por el estilo. El Gordo, en un acto de arrojo, terminó con el suplicio cerrando los ojos y bebiendo de un trago. Ahí Beto pudo desquitarse con cinco o seis cachetazos a la espalda monumental del otro. Luisito se reía como loco. Y yo por un ratito me olvidé del

asunto que traíamos entre manos.

Bajamos del colectivo a cuatro cuadras de la cancha, en la parada de siempre. Eran las dos y media, más o menos.

—¿Alguno sabe cómo cuernos vamos a pasar los controles de la cana? —A veces Beto y su buen criterio me sacan de quicio.

—Dame una de las dos bolsas —le contesté haciéndome el impaciente.

Porque en el fondo tenía razón. Si nos paraba la cana, ¿qué decíamos? Disimulé el asunto cuanto pude, entre los rollos de cinta y papel de diario picado. Se la di a Luisito. Rita tenía razón, pensé. Mejor que el pibe sepa.

—Ustedes esperen acá a que entremos. Nos vemos en la puerta tres.

Si pasamos acá ya está, me dije mientras nos acercábamos al cordón policial. Caminábamos sin apurarnos. Mi mano descansaba en el hombro de Luisito. Me nacía llevarlo de la mano, pero como ya cumplió los diez pensé que a lo mejor lo ponía incómodo. A él lo revisó una mujer policía, que apenas hojeó por encimita el contenido de la bolsa. A mí faltó que me sacaran radiografía de tórax y me pidieran el bucodental, pero finalmente pasé. En el acceso mostré los carnets y seguimos viaje. Menos mal que había ido a pagar las cuotas atrasadas en la semana, porque cuando pasamos por la ventanilla vi que la cola era un infierno. Entramos a la cancha y me fui derechito adonde me pediste: contra el alambrado, debajo del acceso tres, a mitad de camino entre el mediocampo y el área. Un lugar de mierda, bah. Para el arco más cercano te da el sol de frente desde media tarde. El otro arco no se ve, apenas se adivina. Desde esa altura te lo tapa desde el juez de línea hasta el pibe que alcanza la pelota. Además, cualquier tumulto que haya en las gradas se te vienen encima y te dejan hecho puré contra los alambres. Pero al mismo tiempo es un lugar histórico: el único sitio que supimos conseguir aquella tarde gloriosa en que salimos campeones por primera (y hasta ahora única) vez en nuestra perra y sufrida vida. Por eso me lo pediste. Y por eso enfilamos para ahí apenas entramos.

Beto y el Gordo llegaron a los cinco minutos.

—¿Cuándo empieza la reserva? —preguntó el Gordo, que venía jadeando.

—En diez minutos —contesté.

—No es por nada, pero ¿vieron la altura que tiene el alambrado? —Beto seguía empeñado en su maldito sentido común.

—Ya veremos —lo fulminé con una mirada de no hinches más, te lo pido por lo que más quieras.

—Déjense de pavadas y vamos a jugar a algo. —El Gordo estaba decidido a cumplir los rituales adecuados. Se plantó contra el alambrado y nos invitó a acompañarlo.

—Ahora vas a ver cómo matan el tiempo los turros de tus tíos —le expliqué a Luisito.

—¿Cuál querés? —El Gordo le cedió la iniciativa a Beto.

—Dame al cuatro de ellos.

—Como quieras. Yo me quedo con el diez nuestro.

—¿A qué juegan, tío?

—Esperá —contesté—. Esperá y vas a ver.

Apenas empezó el partido de reserva le vino un cambio de frente al diez de nuestro equipo. Como la cancha es un picadero, la pelota tomó un efecto extraño y se le escapó por debajo de la suela.

—¡Dale pibe! —tronó la voz frenética del Gordo—. ¡A ver si te metés un poco en el partido! —El muchacho pareció no darse por enterado.

Al rato el cuatro visitante pasó como una exhalación pegado al lateral y tiró un centro precioso, aunque ningún compañero llegó a cabecearlo. Beto se colgó bien del alambrado e inició su participación en la competencia.

—¡Levantá la cabeza, pescado! ¡Hacé la pausa! ¿Siempre el mismo atorado? ¿Será posible? —Beto vociferaba mientras el cuatro intentaba volver a recuperar las marcas.

Luego el diez nuestro eludió a un par de tipos y largó la pelota a tiempo. Enseguida se volvió hacia el alambrado y buscó al que lo había increpado, como diciendo a ver qué pavada decís ahora. El Gordo no perdió tiempo.

—¡Por fin, muerto! ¡Por fin diste un pase como la gente, finadito!

Beto estaba nervioso. Su candidato estaba muy tirado atrás, y no frecuentaba nuestro territorio. El Gordo se encaminaba a una victoria indiscutible. Su hombre recibió el balón cerquita nuestro, lo protegió, y antes de que pudiera hacer más recibió la atropellada de un rival que lo dejó tendido encima de la línea de cal.

—¡Ma sí! ¡Lo mejor de la tarde! ¡Partílo en dos, total, pa’ lo que sirve...! ¿Qué hacés juez? ¿A quién vas a amonestar? ¿Por qué mejor no lo echas al petiso ése, que tiene menos huevos que mi tía la soltera?

El diez, pobre pibe, saturado, apenas se puso de pie se acercó al alambrado, lo ubicó al Gordo y le vomitó todos los insultos que pudo antes de que el línea lo llamara al orden. Era el final.

—¡Tiempo! —gritó el Gordo, con los brazos en alto—. ¡Beto, pagá los panchos!

—Si serás turro, Gordo, no te gano desde el año pasado...

—Es una ciencia, pibe, es una ciencia —agregó el Gordo con aires de importancia, mientras se sacaba la camisa empapada en el sudor del esfuerzo.

La verdad es que mientras los escuchaba me divertí de lo lindo. Creo que hasta por un momento me olvidé de toda nuestra tormenta, de toda la bronca que teníamos adentro, de toda la rabia que juntamos desde abril hasta la semana pasada. Pero apenas volvimos de comprar los panchos y nos tiramos en las gradas a comerlos, el asunto se impuso en todo su tamaño.

—Vamos a tener que hacernos caballito —de nuevo la voz de Beto, llamándome a la realidad. Miraba el alambrado de arriba a abajo, tratando de calcular la altura—. Está mucho más alto que cuando dimos la vuelta, ¿no?

—No, lo que pasa es que ahora sos quince años más viejo, nabo. —El Gordo era un optimista de raza, no cabían dudas.

—Déjate de joder, que hablo en serio. Cuando salimos campeones nos hicimos caballito y saltamos enseguida. Y aparte no estaba el de púas arriba de todo. ¡Mirá ahora!

—Tiene razón, Gordo —intervine—. Por las púas no te preocupes. Para eso me traje la campera gruesa. Lo que me da miedo es la cana. No nos van a dejar ni mamados.

Pero el Gordo no era hombre de dejarse derrotar rápidamente.

—¿Y vos te pensás que con la gente que va a haber a la hora del partido se van a andar fijando? No te calentés, Ernesto.

—Ojalá, Gordo. Ojalá sea como vos decís.

—La única es hacerlo rápido, en medio del kilombo de la entrada. —Beto hablaba mirándose los zapatos. Estaba tenso.

—Creo que Beto tiene razón —concedí—. Igual tenemos que apurarnos.

Terminamos los panchos y volvimos al alambrado. La cancha se iba llenando de a poco. Pensé que era una suerte. Porque así, a cancha llena, era mejor. Somos una manga de ilusos, me dije: ganamos tres partidos y venimos como chicos a esperar que rompan la piñata. Cuando terminó el preliminar, la gente que estaba sentada tuvo que pararse porque ya no se veía nada. Habían llegado las banderas. Un par de pibitos las ataban en la parte alta del alambrado. Estaban sonando los bombos. De repente, un cantito nació del codo más cercano a la platea. La gente empezó a prenderse. Nosotros también cantamos. Cuando Luisito se sacó la camiseta y empezó a revolearla por sobre su cabeza, y le vi los hombritos pálidos y las pecas, retrocedí treinta años, me acordé de vos y me puse a llorar como un boludo. Beto me pegó dos bifes y me sacudió la melancolía:

—No seas imbécil, a ver si te ve el pibe.

El Gordo cantaba como un poseído. Desde el codo llegó otro canto a encimarse con el primero. Pero ahora la gente saltaba. Y yo sentí esa sensación indescriptible de estar en una cancha envuelto por el canto de la hinchada nuestra, el vértigo del piso moviéndose bajo los pies y ese canto que cinco mil tipos vociferan desafinados pero que todo junto suena precioso, como si hubiesen estudiado música.

Corrieron la tapa del túnel y el Gordo hizo una seña. Se plantó bien firme sobre las dos piernas abiertas y se agarró fuerte del alambrado. Beto se le trepó como pudo, escalando la carne rosada de la espalda del otro.

—¡Aaaaayyyyyy! ¿Para qué mierda venís a la cancha en mocasines, tarado?

—¡Calláte y quedáte quieto, Gordo, que me estoy cayendo al carajo!

—¡Metanlé, metanlé! —Yo miraba para todos lados buscando a los canas, pero no se veía nada.

Beto llegó por fin hasta los hombros del otro, atenazó el alambrado con las manos finitas y me gritó que subiera. Me di vuelta hacia Luisito, que interrumpió la revoleada de camiseta para darme un abrazo tan fuerte que me temblaron de vuelta las piernas.

—Gracias, tío —me dijo. ¿Te das cuenta, el mocoso? Va y me dice gracias, tío. Y yo con esta cara de boludo, llorando como una madre, semejante grandulón de cuarenta y tres pirulos, pelado como felpudo de ministerio, socio conocido y respetado de la institución, subiéndome a babuchas de un gordo que insulta en dos idiomas mientras sostengo entre los dientes una bolsa de papel picado.

Pero por otro lado, mejor, porque el llanto y la sensación de ridículo me lavan, ¿entendés?, me purifican. Porque mientras le piso la cabeza al Gordo suelto una risita al escuchar su puteada, y mientras flameo a punto de caerme, y me agarro como puedo de la camisa de Beto y siento cómo ceden las costuras, empiezo a ver la cancha como aquella vez, hasta las manos de gente, ¿te acordás? Un gentío increíble, mientras subíamos al alambrado para tirarnos a dar la vuelta. La soñada, la prometida, la imprescindible vuelta olímpica que nos juramos dar cuando fuimos por primera vez a la cancha los cuatro, un miércoles que nos rateamos de séptimo grado, y aunque perdimos tres a cero dijimos «el fin de semana volvemos», y volvimos a perder como perros, pero de nuevo juramos «hasta que salgamos campeones vamos a seguir viniendo». Y ese día, el glorioso, vos me decías: «¿Viste, Ernesto?, ¡mira lo que es esto, mira lo que es esto!», y desde lo alto del alambre me mostrabas las dos cabeceras llenas, el hervidero del sector Socios, la platea enloquecida. Y ahora es casi igual, porque mientras me acomodo en los hombros de Beto y trato de recuperar el aliento veo a todo el mundo saltando y gritando, y escucho los petardos, y veo las banderas que brillan en el sol de noviembre y es casi lo mismo, porque viendo la cancha así pienso que si salimos campeones una vez podremos salir de nuevo, y me duelen los dientes de tan apretados que los tengo sobre la bolsa pero no me importa, ni me importan los cuatro policías que vienen abriéndose paso entre la gente para bajar a esos tres boludos que se creen equilibristas soviéticos. Porque al final entiendo todo, porque ahora se me borra el dolor de tu ausencia, o mejor dicho ahora te encuentro, y me parece que todo cierra, que nos rateamos en séptimo y que vinimos en las buenas y en las malas y que te enfermaste y que me pediste y que te prometí solamente para esto, para que yo me estire y me agarre del alambre de púas y con la mano libre abra la bolsa y hurgue en el fondo y encuentre bien guardada la cajita. Para que vocifere dale campeón, dale campeón, junto con el Gordo, con Beto, con Luisito y con los otros cinco mil enajenados; para que la abra mientras miro al

cielo y al sol que se recuesta sobre la tribuna visitante, para que entienda al fin que allí te vas y te quedás para siempre, en ese grito tenaz, en ese amor inexplicable, en las camisetas que empiezan a asomar desde el túnel, y en ese vuelo último y triunfal de tus cenizas.

Valla invicta

Rómulo Lisandro Benítez: un nombre que dicho fuera de mi pueblo tal vez no signifique nada. Pero en mis pagos esas tres palabras tienen una resonancia casi mágica. Los ancianos, al oírlas, asienten silenciosa y repetidamente, con los ojos perdidos en la nebulosa del tiempo. Los chicos adoptan el aire artificioso y solemne que suponen adecuado para las ocasiones sublimes, como cuando suenan las estrofas del Himno, o se iza la bandera. Basta mencionar ese nombre en cualquier reunión para que los presentes se lancen a una competencia desenfrenada por demostrar que cada cual es casi un amigo íntimo del héroe. Todo detalle intrascendente vale en esas ocasiones. Desde haber sido vecinos en la infancia, hasta estar casado con una prima segunda de su mujer, pasando por haber compartido la fiesta de casamiento de un ignoto conocido en común, o haber enviado a los chicos al mismo colegio en el que estudiaron los suyos.

El lector podrá preguntarse el motivo de semejante orgullo. La causa es sencilla. Rómulo Lisandro Benítez es, según nuestras estadísticas, nada menos que el arquero que posee el récord mundial de valla invicta en partidos oficiales. Cualquiera de nuestros niños puede recitar la cifra pasmosa: tres mil ciento veintidós minutos sin recibir tantos en contra, defendiendo la valla del Atlético Fútbol Club. En la confitería del club, en el atrio de la iglesia, en el salón de actos de la delegación municipal, perduran al amparo de los siglos tres idénticas placas de bronce que celebran la memoria del evento. En grandes letras se lee: «A RÓMULO LISANDRO BENÍTEZ, SU PUEBLO AGRADECIDO». Inmediatamente debajo, la cifra de su récord, en números y en letras. Por último, la fecha inolvidable: 4 de diciembre de 1942.

Ahora que ya voy ingresando en los vericuetos de la vejez, de vez en cuando se me da por acordarme de cómo fueron las cosas. Y cuanto más me las acuerdo, más increíble me parece el modo en que Rómulo cruzó el umbral de la historia. La peculiar concatenación de circunstancias, azares, confabulaciones y mentiras que lo fueron poniendo de cara a la posteridad. Esto que voy a relatar quedará escrito aquí, en mi estudio, entre tantos y tantos papeles inútiles. Jamás osaría darlo a publicidad, Dios me libre y guarde. En mi pueblo sería tomado por una traición insoslayable, que terminaría pesando con un manto de oprobio sobre mi descendencia. Se me acusaría de mentiroso, de artero, de dañino, de envidioso. Se diría que me he vendido, que he sido corrompido para mancillar los lauros indelebles de mi raza. Por eso le pido a aquel de mis hijos que luego de mi muerte emprenda la tórrida tarea de revisar mis escritos que, por amor a su padre, tenga la prudencia de mantener éste en secreto, o al menos cambie a su antojo las fechas, los nombres, los lugares.

Lo primero que debe ser dicho es que hay un fondo de verdad en el mito de

Rómulo. Es absolutamente cierto que el arco del Atlético Fútbol Club permaneció invicto durante tres mil ciento veintidós minutos, más o menos. Y digo más o menos porque de entrada nadie supuso que había que empezar a contar los minutos, de modo que ninguno supo nunca a ciencia cierta cuánto duraron los primeros quince o dieciséis partidos. El Atlético jugaba en un torneo regional de diez equipos, con partidos de ida y vuelta. Todos ellos eran endemoniadamente pésimos, y la única excepción —el Club Esperanza, de la cabecera del municipio— había ascendido tras el campeonato 1940.

En 1941 nuestro *team* consiguió el título sin derrotas y, por añadidura, sin recibir goles en contra. En el júbilo del campeonato obtenido nadie se detuvo demasiado a considerar que se habían jugado unos mil seiscientos veinte minutos sin tantos del adversario. Se lo mencionó como un dato más entre otros que hablaban de nuestra superioridad manifiesta. Pero fue entonces cuando desde la capital llegó la noticia de que el gobernador había suspendido los descensos en el torneo provincial «por única vez y como medida de excepción» y con el objeto de «evitar males mayores». Los males mayores eran que descendiese al torneo local el Esperanza, el club del pueblo del que era oriundo, precisamente, el citado gobernador. De modo que en 1941 no hubo descensos, pero tampoco ascensos.

La desolación hizo presa de nuestras gentes. La rabia y el dolor se mezclaron con fuerza explosiva, y hasta el jefe de policía debió intervenir en persona para disuadir a los miembros de una logia secreta que planeaba el magnicidio del insolente mandatario provincial.

Fue entonces cuando algún iluminado, en medio de la desolación y el tormento, llamó la atención sobre el récord incipiente de nuestro guardavalla. En aquellos años, cuando no había pasado más de una década desde la creación de una liga profesional en el país, la estadística no interesaba demasiado. Pero mi compinche Lito Gutiérrez, que hacía por entonces sus primeras armas en un diario de Buenos Aires, demostrando una ejemplar capacidad de anticipación a los tiempos futuros, insistió en que había que machacar con la consumación de un récord histórico. En arengas memorables porfió que la marca de «valla invicta», como la denominó desde entonces, sería un galardón indeleble que los otros clubes argentinos envidiarían por los siglos de los siglos.

Convocado por nuestros prohombres más esclarecidos —el párroco, el delegado municipal, el comisario, el presidente del club, el dueño de la acopiadora y el de la tienda— Lito consideró que los mil seiscientos minutos acumulados eran una marca notable. Y añadió que si el club podía doblar esa cantidad, mediante otra performance similar en 1942, era asunto liquidado. En un panorama de creciente emparejamiento de las potencias futbolísticas de unos y otros (y en este diagnóstico mi amigo del alma era casi profético), el Atlético Fútbol Club de Loma Baja se pondría a salvo de

cualquier impugnación futura.

Rápidos cálculos hicieron pensar que otra ronda similar, teniendo enfrente a una manga semejante de matungos como los que abundaban en el regional, no era cosa de otro mundo. En la tranquilidad de estar sembrando para futuras abundancias, mi pueblo durmió dulcemente el sopor del verano.

No obstante, al llegar marzo se planteó el problema del arquero. Esta es la primera de las trampas hechas a la historia. Rómulo no fue el arquero durante todo el tiempo de la racha. De hecho, durante 1941 ni siquiera integró el banco de los suplentes. El guardameta era Diego Pórtela, un hijo de portugueses calladito y ágil que a principios del 42 se cayó de la moto y se lastimó una rodilla. No lo sabía, pero el porrazo le costaría que las puertas de la inmortalidad se le cerrasen en las narices. Tres meses de yeso, varios más de rehabilitación, asunto terminado. Podrá el lector sospechar que entonces sí apareció en escena nuestro prócer. Pero no, aún no.

El arco fue ocupado por Ernesto «Tito» Lorenzo, cuyas proezas en el fútbol sobre pista lo condujeron casi en andas a la titularidad. Ahí sí, al menos, Rómulo Benítez accedió al banco de suplentes. Lorenzo tuvo poco trabajo en los catorce partidos que debió jugar, pero cuando lo exigieron respondió con suficiencia. No obstante, en su camino (y en el de nuestro sino glorioso) se interpusieron problemas de índole bien disímil. En los carnavales conoció a la hija menor de los Pastuzzi, los de la ferretería. En abril empezaron a afilar casi en secreto, ya que don Pastuzzi se negaba de plano a casar a su niña con un nada próspero ayudante de gomero. El temperamental italiano era insensible, por lo visto, a la fastuosidad de ganar un yerno estadísticamente irreprochable. De modo que en septiembre, con cuatro partidos por delante, Ernesto Lorenzo y su furtiva prometida huyeron del pueblo con el firme propósito de casarse lejos de allí, y dejar que el tiempo ablandase los resquemores del belicoso ferretero.

Ni las redadas del comisario (más interesado en volver a colocar a Lorenzo bajo los tres palos que en castigar el ultraje) ni las que encabezó el propio Pastuzzi (firmemente decidido a ultimar a escopetazos al insolente) dieron resultado alguno. La feliz pareja habría de volver al pueblo sólo cuatro años después, con dos hermosos hijos a bordo de un Ford destartalado. Enternecido, Pastuzzi acabaría perdonándolos, y ascendiendo a Ernesto «Tito» Lorenzo al preciado rango de habilitado en la ferretería. Lo cierto es que con su huida Lorenzo había ganado la felicidad doméstica, pero había dado la espalda para siempre a la oportunidad única de vivir eternamente en el recuerdo de sus coterráneos.

Entonces sí, por fin, llegó la oportunidad de Rómulo Lisandro Benítez. La foto futbolera más antigua que de él se conserva —la única, por otra parte— lo inmortaliza con una gorra echada sobre los ojos, un buzo estrecho, los pantalones cortos y anchos, las medias bajas, el balón oscuro bajo el brazo. La pinta esperable del arquero nato. La mirada confiada, el gesto firme, la apostura segura. De nuevo

aquí el tiempo ha torcido las cosas. En septiembre de 1942 Rómulo era un yuyo mal germinado: las espaldas estrechas, el rostro enjuto, las patas chuecas, el espanto de la responsabilidad dibujado en su cara de pibe. Cuando se plantó bajo los tres palos, en su debut, parecía una mosca posada en un mar de leche: el arco le quedaba inmenso, le sobraba por todos lados. La famosa fotografía, de hecho, la tomarían recién el día de su consagración definitiva como *recordman* inalcanzable, cuando la historia ya estuviese borrada y escrita de nuevo, e hiciera falta un Rómulo gallardo y arrogante, capaz de atajarle pelotazos al destino mismo.

Por suerte o por desgracia, los defensores del Atlético eran una mezcla inestable de virtuosos futbolistas y feroces carniceros. Ellos, los verdaderos héroes anónimos de la saga legendaria, hacían su trabajo con la parsimonia natural de los de su oficio, al cobijo de una lógica de hierro: si pasa el hombre, no pasa el balón; si pasa el balón, no pasa el hombre. A otra cosa. Tal vez árbitros más solícitos para con las estipulaciones reglamentarias hubiesen diezmado nuestras filas. Pero los dirigentes del Atlético sabían hacerse entender: ¿quién sería capaz de echar a perder semejante fiesta popular? De modo que en los dos primeros partidos ni se le acercaron al área. Rómulo tocó dos veces la pelota, y fue para sacar del arco.

Pero allí no terminaron las complicaciones. Lito vino desde la capital con la terrible novedad de que le habían dicho que en España había un equipo de segunda división con un «récord conjunto» de más de tres mil quinientos minutos. No era una versión confirmada, pero de todos modos sembró el pánico. ¿Cuánto podía aguantar el alfeñique ese que se las daba de arquero? A duras penas pasaría el resto del campeonato. Pero... ¿y el año siguiente, en el provincial?

En la reunión de comisión directiva al párroco se le ocurrió preguntar qué quería decir eso de «récord conjunto», concepto que hasta entonces se había repetido hasta el hartazgo en boca de los apesadumbrados coterráneos sin entender muy bien su significado. Lito aclaró que se trataba de un récord por equipo, que incluía cambios sucesivos —tres o cuatro, creía— en el puesto de arquero titular.

Fue entonces cuando se decidió torcer la historia. Rómulo Lisandro Benítez fue titularizado desde el antepenúltimo partido de la campaña de 1940. Portela y Lorenzo fueron sepultados en la negritud del silencio eterno. Se enmendaron planillas, se adornaron veedores, se injertaron crónicas de atajadas memorables en las reseñas deportivas de los diarios de los lunes. Lito, mi amigo del alma, se desentendió del asunto para siempre, asqueado de la voluptuosa hipocresía de los nuestros. Desde entonces se desahogó conmigo, refiriéndome los pormenores del engaño tal como aquí los vuelco.

En medio del torbellino, Rómulo Lisandro Benítez se dejaba llevar sin resistencias por la senda de la gloria prometida. Mejoró su vestimenta, se hizo pulir la dentadura, compró una motoneta. El codo de los tres mil cien minutos se dobló sin

estridencias en noviembre, con el título asegurado, y con dos partidos pendientes.

En la penúltima fecha Rómulo debió embolsar un cabezazo. Fue un centro intrascendente, mal conectado por un centroforward carente de convicciones. El *recordman* dio dos pasos y abrigó el balón en su pecho. Yo estaba en la tribuna, y aún hoy recuerdo el quejido de alivio que, como una brisa súbita, recorrió a la concurrencia. Después del match Rómulo aseguró que pensaba retirarse al finalizar la temporada. Era entendible: le habían prometido un puesto en la delegación municipal, mucho mejor remunerado que su antigua y sacrificada profesión de cadete en la tienda Los Constituyentes. En aquel entonces no comprendí muy bien los motivos que llevaron a nuestros prohombres a proponerle tan veloz retiro. Fue Lito, por supuesto, quien me sacó de mi ignorancia. Cuanto más durase el tole tole, me dijo, más chances había de que saltara la liebre. De modo que una vez sellado el récord, lo más aconsejable era fijarlo para siempre en el bronce y salvarlo así de futuras impugnaciones.

La última fecha del campeonato fue inolvidable. Éramos locales ante el Sport Cañada y ellos, que estaban al tanto de nuestro milagro doméstico, vinieron dispuestos a cortar la racha. El cálculo era sencillo. Nuestro pueblo entraba en la historia, pero el de ellos también, como la cuna de los comehombres que habían puesto fin a tanta *hazaña*. Decididos a penetrar en el bronce aunque fuese a los codazos, los energúmenos suplían con tesón lo que les faltaba de condiciones, y si no llegaban a posiciones de peligro se debía a la peculiar combinación de energía en la marca y comprensión en el arbitraje que tan buenos resultados nos había deparado en esas dos temporadas.

Pese a todos los recaudos, a dos minutos del final se escapó el win izquierdo. Era un gurí chiquito, veloz, entrometido, que dejó pagando sucesivamente a los dos centrales y encaró al desprevenido Rómulo, que para entonces ya estaba pensando en cómo sería la vida detrás de la gloria. El pibe lo midió, esperando que saliese a achicar, pero Rómulo al verlo quedó estático sobre la línea de cal. Nadie le había dicho que podía ocurrir semejante percance, y ese chiquitín era, a juzgar por el rojo gastado de la camiseta, un contrario, el primero que pisaba su área con posibilidades ciertas de mandarla a guardar.

Rómulo intentó pensar rápido, pero ni aún la promesa de la fama podía ponerlo a salvo de sí mismo. Era un paquete. No había caso. Jugaba al arco porque con las piernas era aún más torpe que con las manos. Hubiera querido echarse a llorar, pero no había tiempo ni para eso. El win lo medía con delectación, listo para sacudirlo. Rómulo avanzó un par de pasos, tropezando, con los brazos en alto, contra toda la ortodoxia escrita a lo largo de las centurias para el buen arte del golero, y se quedó de nuevo tieso y con cara de bobo.

El delantero sacó el zapatazo al palo izquierdo. Rómulo se lanzó tras el balón,

más persuadido por la fuerza del deber que por el consejo de su intuición. Llegó tarde, por supuesto. Cuando aterrizó, sus manos se cerraron sobre la nube de polvo dejada por la pelota. En la tribuna muchos cerraron los ojos. Yo los mantuve abiertos. Y vi con ellos cómo la bola pegaba en la base del poste y volvía a la cancha. Cualquier arquero mediocre hubiese seguido la trayectoria del balón con la cabeza vuelta hacia el arco, aún desde el suelo, y lo habría atrapado en su camino de retorno. Pero Rómulo no sabía ni hacia dónde quedaba su propio arco, de modo que permaneció tirado en el área chica, con los ojos apretados y la boca abierta. Al instante siguiente la pelota le pegaba en la nuca y volvía hacia la valla, dispuesta a enmendar el aparente error de la Providencia. En medio de una tribuna aterrada, contemplé el instante histórico en el que el balón detenía su marcha sobre la propia línea de cal bajo los tres palos, y ahí quedaba mansito.

El win, sin poder creer su mala suerte, emprendió veloz carrera desde el punto penal para terminar con el suplicio de una vez por todas. Si en primera instancia Rómulo desconocía para qué lado quedaba su arco, a esta altura ignoraba para qué lado quedaba el mundo. En medio del pánico, atinó a advertir que lo que tenía debajo era el piso, y que debía ponerse de pie cuanto antes, como para orientarse mínimamente. Con la fanática esperanza de que, si se apuraba, todo volvería a estar en orden, dio un brinco rápido y quedó de espaldas a la cancha, de cara a la red de su propio arco. Después diría que todo fue premeditado. Pero yo puedo jurar que fue pura chiripa. Aún conservo recortes de *La Verdad* en los que afirma que vio el balón sobre la línea y que, advirtiendo la carrera del win por el rabillo del ojo izquierdo, se lanzó en palomita para atesorar la pelota antes de que el delantero lo sobrepasara. Todo eso es mentira. Simplemente sucedió que Rómulo se puso de pie en el instante mismo en que su adversario se disponía a saltar por sobre su cuerpo para abreviar camino. De modo que cuando el otro se levantó, el delantero se lo llevó puesto en velocidad, y ambos rodaron hacia el arco.

Ni aún entonces Rómulo tomó cabal conciencia de lo que estaba pasando. Tal vez pensase que se trataba de un castigo celestial por participar en la impostura, por el cual se lo condenaba a vivir el resto de su vida en medio una tormenta de polvo. O quizá intuyó erróneamente que el delantero era parte de la conjura, y que simplemente porfiaba con el gol por un exceso de celo en guardar las apariencias. Lo cierto es que la pelota la terminó sacando el gordo García, uno de los famosos backs sanguinarios, que para cumplir su cometido tuvo que meterse dentro del arco y despejar desde allí, tan sobre la línea había quedado la pelota. Ahí terminó todo. El arbitro, asustado tal vez por el imprevisto cariz que habían tomado los acontecimientos, pitó tres veces y concluyó el asunto. Rómulo fue subido en andas, y paseado en torno de la cancha por una multitud fervorosa que coreaba su nombre y festejaba el ingreso definitivo del pueblo en la historia del fútbol moderno. Nuestros

dirigentes se regocijaron al comprobar el modo en el que habían conducido el asunto: el gobernador había vuelto ese año a suspender los descensos, con lo que ellos, sabiamente, habían sabido trocar una nueva frustración en una hazaña inolvidable.

Recuerdo todo aquello con la precisión con la que atesoramos las cosas de la juventud. Pero entre todas las imágenes que puedo evocar se destaca por sobre todas las demás la de las primeras palabras que escuché de boca de Rómulo una vez consumada la fábula. Era casi de noche. Recuerdo unas grandes nubes encendidas de fuego sobre la inmensidad del horizonte. Entramos al campo de juego con Lito, quien, libreta en mano, se disponía a realizar el reportaje de rigor a regañadientes. El héroe, con la cara aún pintada de polvo, estrechaba algunas manos, posaba para las últimas fotos, esas que con los años se han constituido en la prueba indiscutible del milagro consumado, y en las cuales Rómulo sonríe a la cámara desde el promontorio de la gloria.

Lito avanzó hacia él y yo lo seguí. Ellos se conocían desde tiempo antes, a través de una o dos amistades comunes. Se saludaron, y Lito, con naturalidad, intentó iniciar la charla medio en broma, como le habían enseñado en la redacción de la capital en la que hacía sus primeras armas. «Qué suerte esa salvada sobre el final, ¿no, Rómulo?», dijo.

El otro lo observó con una mirada extraña. Era una mezcla de sorpresa, de profunda perplejidad, de cierta conmiseración. Terminó por sonreír compasivamente. Sacudió la cabeza, carraspeó un par de veces y escupió a un costado, como meditando una respuesta. Al final nos miró a ambos y luego levantó los ojos más allá de nosotros, hacia el campo de juego que empezaba a sumirse en las tinieblas.

«La pucha», empezó, y volvió a sacudir la cabeza. «Al saber lo llaman suerte», concluyó. Después nos dio la espalda, y nos olvidó para siempre. La última imagen que me viene a la memoria es la de Rómulo Lisandro Benítez, con la gorra estrujada en la mano derecha, la ropa sucia y el paso confiado, alejándose de nosotros, perdiéndose en las sombras de la noche junto al banderín del córner, escalando sin prisa los peldaños de la eternidad.

De chilena

Ayer a Anita se la llevaron un rato largo a firmar un montón de papeles. Al volver, ella dijo que no había entendido muy bien, porque eran muchos formularios distintos, con letra chica y apretada. Supongo que me habrá mirado varias veces, buscando un gesto que le calmara las angustias. Pero yo estaba de un ánimo tan sombrío, tan espantado por el olor a catástrofe en ciernes, que evité con cierto éxito el cruce inquisitivo de sus ojos.

Los doctores dicen que, prácticamente, no hay manera casi de que salgas de ésta. Y lo dicen muy serios, muy calmos, muy convencidos. Con la parsimonia y la lejanía de quienes están habituados a transmitir pésimas noticias. El más claro, el más sincero, como siempre, fue Rivas, cuando salió a la tarde tempranito de revisarte. Cerró la puerta despacio para no hacer ruido, y le dijo a Anita que lo acompañara a la sala del fondo y la tomó del brazo con ese aire grave, casi de pésame anticipado. Yo me levanté de un brinco y me fui con ellos, pobre Anita, para que no estuviera sola al escuchar lo que el otro iba a decirle.

Rivas estuvo bien, justo es decirlo. Nos hizo sentar, nos sirvió té, nos explicó sin prisa, y hasta nos hizo un dibujito en un recetario. Anita lo toleró como si estuviera forjada en hierro. Y te digo la verdad, si yo no me quebré fue por ella. Yo pensaba ¿cómo me voy a poner a llorar si esta piba se lo está bancando a pie firme? Cuando Rivas terminó, supongo que algo intimidado ante la propia desolación que había desnudado, Anita, muy seria y casi tranquila (aunque me tenía aferrado el brazo con una mano que parecía una garra, de tan apretada), le pidió que le especificara bien cuáles eran las posibilidades. El médico, que garabateaba el dibujo que había estado haciendo, y que había hablado mirando el escritorio, levantó la cabeza y la miró bien fijo, a través de sus lentes chiquitos. «Es casi imposible». Así nomás se lo dijo. Sin atenuantes y sin preámbulos. Anita le dio las gracias, le estrechó la mano y salió casi corriendo. Ahora quería estar sola, encerrarse en el baño de mujeres a llorar un rato a gritos, pobrecita. Yo estaba como si me hubiera atropellado un tren de carga. Me dolía todo el cuerpo, y tenía un nudo bestial en la garganta. Pero como Anita se había portado tan bien, me sentí obligado a guardar compostura. Le di las gracias por las explicaciones, y también por no habernos mentido inútilmente. Ahí él se aflojó un poco. Hizo una mueca parecida a una sonrisa y me dijo que lo sentía mucho, que iba a hacer todo lo posible, que él mismo iba a conducir la operación, pero que para ser sincero la veía muy fulera.

A la tarde, la familia en pleno ganó tu habitación y desplegó un aquelarre lastimoso. Todos daban vueltas por la pieza, casi negándose a irse, como si quedándose pudieran torcer al destino y enderezarte la suerte. Vos seguías en tu sopor distante, en esa modorra quieta que te había ido ganando con el transcurso de los días.

Ni siquiera comer querías. Dormías casi todo el día. Con Anita apenas cruzabas dos palabras. Y a mí te me quedabas mirando fijo, como sabiendo, como esperando que yo me aflojara y terminara por desembuchar todo lo que me dijo Rivas y que a vos te conté nomás por arriba para que no te asustases. Cuando me clavabas los ojos yo miraba para otro lado, o salía disparado con la excusa de irme a fumar al baño del corredor. Y encima ese cónclave familiar que armamos sin proponérnoslo, pero que tampoco fuimos capaces de ahorrarte. Ayer estaban todos: papá, Mirta, José, el Cholo, y hasta la madre de Anita que no tuvo mejor idea que traer a los chicos para que te saludaran. Menos mal que a Diego y a su mujer los atajé a tiempo saliendo del ascensor y los despaché de vuelta. Venían con cara de pánico, como queriendo rajar en seguida. Así que les di las gracias por pasar y les evité el mal trago.

Después llegó la hora macabra del atardecer. No hay peor hora en un hospital que ésa. La luz mortecina estallando en el vidrio esmerilado. El olor a comida de hospicio colándose bajo las puertas. Los tacos de las mujeres alejándose por el corredor. La ciudad calmándose de a poco, ladrando más bajo, con menos estridencia, dejando a los enfermos sin siquiera la estúpida compañía de su bullicio.

Para entonces, la pieza era un velorio. Faltaba sólo la luz de un par de cirios, y el olor marchito de las flores tristes. Pero sobraban caras largas, susurros culposos, miradas compasivas hacia tu lecho. Justo ahí fue cuando abriste los ojos. Yo pensé que era una desgracia. Anita trataba de convencerlo a papá de que se volviera a Quilmes, y él porfiaba que de ninguna manera. Mirta hojeaba una revista con cara de boba. José te miraba con expresión de «que en paz descanse». Era cosa de que si hasta ese momento no te habías dado cuenta, de ahora en adelante no te quedase la menor duda de lo que estaba pasando. Y vos miraste para todos lados, levantando la cabeza y tensando para eso los músculos del cuello. Se ve que te costaba, pero te demoraste un buen rato en vernos a todos, y al final me miraste a mí y yo no sabía qué hacer con todo eso. Yo temía que me dijeras vení para acá y contámelo todo, pero en cambio me dijiste dame una mano para levantar un poco el respaldo. Y mientras yo le daba a la manija a los pies de la cama de hierro, vos le ordenaste a Mirta que encendiera la luz, que no se veía un pepino. Con la luz prendida todos se quedaron quietos, como descubiertos en medio de un acto vergonzoso y hasta imperdonable, como incómodos en la ruptura de ese ensayo general de velorio inminente.

Y para colmo, como para ponerlos aún más en evidencia, como para que nadie se confundiera antes de tiempo, empezaste a dar órdenes casi gritando, estirando el brazo con el suero que bailaba con cada uno de tus ademanes, que vos papá te vas a casa, que vos José te la llevás a Mirta que para leer revistas bastante tiene en su propio living, que ya mismo alguien se ocupa de darle de cenar a Anita o se va a caer redonda en cualquier momento, y que se dejan de joder y me vacían la pieza. Tu voz

tronó con tal autoridad que, en una fila sumisa y monocorde, fueron saliendo todos. Y cuando yo me disponía a seguirlos sin mirar atrás, me frenaste en seco con un «vos te quedás acá y cerrás la puerta». Como un chico que trata de pensar rápido una disculpa verosímil, gané el tiempo que pude moviendo el picaporte con cuidado, corriendo las cortinas para acabar de una vez por todas con la luz moribunda de las siete, pateando y volviendo a su lugar la chata guarecida bajo la cama. Pero al final no tuve más remedio que sentarme al lado tuyo, y encontrarme con tus ojos preguntándome. Te lo conté todo. Primero traté de ser suave. Pero después supongo que me fui aflojando, como si necesitara hablar con alguien sin eufemismos tontos, sin buscar y rebuscar atenuantes tranquilizadores, sin inventar al voleo ejemplos creíbles de sanaciones milagrosas. Te relaté cada uno de los diagnósticos sucesivos, el inútil anecdotario del periplo de locos de los últimos dos meses, el puntilloso pésame velado de los especialistas.

Vos te tomaste tu tiempo. Llorabas mientras yo seguía el monótono detalle de nuestra pesadilla. Llorabas con lágrimas gruesas, escasas, de esas que a veces sueltan los hombres. Después, cuando por fin me callé, cerraste los ojos y estuviste un largo rato respirando muy hondo. Yo empecé a levantarme de a poquito, casi sin ruido, como para dejarte descansar, queriendo convencerme de que te habías dormido. Y ahí pasó. Te incorporaste en la cama con tal violencia que casi me tumbas de nuevo a la silla del susto. Me agarraste casi por el cuello, haciendo un guiñapo con mi camisa y mi corbata, y miraste al fondo de mis ojos, como buscando que lo que ibas a decirme me quedara absolutamente claro. Tu cara se había transformado. Era una máscara iracunda, orgullosa, llena de broncas y rencores. Y tan viva que daba miedo. Ya no quedaban en tu piel rastros de las lágrimas. Sólo tenías lugar para la furia. En ese momento me acordé. Te juro que hacía veinte años por lo menos que aquello ni se me pasaba por la cabeza. Parece mentira cómo uno, a veces, no se olvida de las cosas que se olvida. Porque cuando me miraste así, y me agarraste la ropa y me la estrujaste y me sacudiste, el dique del tiempo se me hizo trizas, y el recuerdo de esa tarde de leyenda me ahogó de repente. Ahora, en el hospital, no dijiste nada. Como si fuesen suficientes las chispas que salían de tus ojos, y el rojo furioso de tu expresión crispada. Aquella vez, la primera, cuando me agarraste, también era casi de noche. Y también yo estaba cagado de miedo. Me habías mirado fijo y me habías gritado: «Todavía no perdimos, entendés. Vos atajálo y dejáme a mí».

Jugábamos de visitantes, contra el Estudiantil, en cancha de ellos. La pica con el Estudiantil era uno de esos nudos de la historia que, para cuando uno nace, ya están anudados. Lo único que le cabe al recién venido al mundo, si nació en el barrio, es tomar partido. Con el Estudiantil o con el Belgrano. Sin medias tintas. Sin chance alguna de escapar a la disyuntiva. De ahí para adelante, el destino está sellado. La línea divisoria no puede ser traspuesta.

Ambos clubes jugaban en la misma Liga, y los dos cruces que se producían cada año solían tener derivaciones tumultuosas. Para colmo, ese año era más especial que nunca. Nosotros, en un derrotero inusitado para nuestras campañas ordinarias, estábamos a un punto del campeonato. Quiso el destino que nos tocara el Estudiantil en la última fecha. Con cualquier otro equipo la cosa hubiese sido sencilla. Nos bastaba un simple empate, y ningún osado delantero contrario iba a estar dispuesto a amargarnos la fiesta a cambio de una fractura inopinada, y menos con el verano por delante y el calor que dan los yesos desde el tobillo hasta la ingle. Pero con el Estudiantil la cosa era distinta.

Entre argentinos hay una sola cosa más dulce que el placer propio: la desgracia ajena. Dispuestos a cumplir con ese anhelo folklórico, ellos se habían preparado para el partido con un fervor sorprendente, que nada tenía que ver con el magro décimo puesto en la tabla con el que despedían la temporada.

Lo malo era que lo nuestro, en el Belgrano, era por cierto limitado: dos wines rápidos, un mediocampo ponedor, y dos backs instintivamente sanguinarios, capaces de partir por la mitad hasta a su propia madre, en el caso de que ella tuviera la mala idea de encarar para el área con pelota dominada. Para colmo, de árbitro lo mandaron al negro Pérez, un cabo de la Federal que partía de la base de que todos éramos delincuentes salvo demostración irrefutable de lo contrario. Un árbitro tan mal predispuesto a dejar pasar una pierna fuerte era lo peor que podía sucedernos. Igual nos juramentamos vencer o vencer. También nosotros éramos argentinos: y darles la vuelta olímpica en las narices, y en cancha de ellos, iba a ser por completo inolvidable.

El partido salió caldeado. Nos quedamos sin uno de los backs a los quince del primer tiempo, y si tengo que ser sincero, Pérez estuvo blando. A los diez minutos el tipo ya había hecho méritos suficientes como para ir preso. Pero su sacrificio no fue en vano: a los delanteros de ellos les habrán dolido esos quince minutos, porque después entraron poco, y prefirieron probar desde lejos. Las gradas eran un polvorín, y había como doscientos voluntarios listos para encender la mecha. La cancha tenía una sola tribuna, en uno de los laterales, que estaba copada por la gente de ellos. Los nuestros se apiñaban en el resto del perímetro, bien pegados al alambrado. Encima el gordo Nápoli, que tenía al pibe jugando de ocho en nuestro cuadro, les sacaba fotos a los del Estudiantil y, aprovechando los pozos de silencio, para que lo oyeran con claridad, les gritaba las gracias porque las fotos le servían para el insectario que estaba armando.

El partido fue pasando como si los segundos fueran de plomo. Yo me daba vuelta cada medio minuto y preguntaba cuánto faltaba. Don Alberto estaba pegado al alambre, y me gritaba que me dejara de joder y mirara el partido o me iba a comer un

gol pavote. Pero yo no preguntaba por idiota. Preguntaba porque sentía algo raro en el aire, como si algo malo estuviese por pasar y yo no supiera cómo cuernos evitarlo. Cuando terminaba el primer tiempo, mis dudas se disiparon abruptamente: el nueve de ellos me la colgó en un ángulo desde afuera del área. Sacamos del medio y Pérez nos mandó al vestuario. La hinchada del Estudiantil era una fiesta, y yo tenía unas ganas de llorar que me moría.

Ahora me acuerdo como si fuera hoy. Vos jugabas de cinco, y eras de lo mejorcito que teníamos. Pero en todo el primer tiempo la habías visto pasar como si fueras imbécil. Las pocas pelotas que habías conseguido, o te habían rebotado o se las habías dado a los contrarios. Chiche no lo podía creer, y te gritaba como loco para hacerte reaccionar. Trataba de que te calentaras con él, aunque fuera, como cuando jugábamos en la calle. Pero vos seguías ahí, mirando para todos lados con cara de estúpido. Siempre parado en el lugar equivocado, tirando pases espantosos, cortando el juego con fules innecesarios.

En el entretiempo el gordo Nápoli guardó la cámara y nos improvisó una charla técnica de emergencia. La verdad es que habló bastante bien. Con su tradicional estilo ampuloso, y sin demorarse en falsas ternuras, nos recordó lo que ya sabíamos: si perdíamos el partido, y Estudiantil nos sonaba el campeonato, que ni aportáramos por el barrio porque seríamos repudiados con justa razón por las fuerzas vivas de nuestra comunidad belgraniana. Vos seguías ahí, sentado en un banco de listones grises, con las piernas estiradas y la cabeza baja. Cuando nos llamaron para el segundo tiempo, tuve que ir a buscarte porque ni aún entonces te incorporaste. No sé si fue el miedo o una inspiración mística y repentina, pero de pronto me vi casi llorándote y pidiéndote que me dieras una mano, que no arrugaras, que te necesitaba porque si no íbamos al muere. Se ve que te impresioné con tanta charla y tanto brote emotivo (yo que siempre fui tan tímido), porque después te levantaste y me dijiste solamente vamos, pero tu tono ya era el tuyo.

El segundo tiempo fue otra historia. Ese se me pasó volando. Parece mentira como corre la vida cuando vas perdiendo. Yo ya no preguntaba la hora. Don Alberto nos gritaba que le metiéramos pata, que faltaba poco. Y a vos se te había acomodado la croqueta. Todas las que te rebotaban en el primer tiempo, ahora las amansabas y las distribuías con criterio. En lugar de regalar pelotas ponías pases profundos, bien medidos. Pero no alcanzaba. Pegamos dos tiros en los palos, y el pibe de Nápoli se comió dos mano a mano con el arquero (que encima andaba inspirado). Y para colmo, a los treinta minutos a mí me empezó de nuevo la sensación de catástrofe inminente.

No andaba mal encaminado. Jugados al empate como estábamos, nos agarraron mal parados de contraataque: se vinieron tres de ellos contra el back sobreviviente (Montanaro se llamaba) y yo. La trajo el nueve y cerca del área la abrió a la izquierda

para el once. Montanaro se fue con él y lo atoró unos segundos, pero el otro logró sacar el centro que le cayó a los pies de nuevo al nueve, y yo no tuve más remedio que salir a achicarle. Parece mentira cómo a veces el hombre sucumbe a su propia pequeñez: si el tipo la toca a la derecha para el siete, es gol seguro. Pero la carne es débil: los gritos de la hinchada, el arco enorme de grande, el sueño de ser él quien nos enterrase definitivamente en el oprobio. Mejor amagar, quebrar la cintura, eludir al arquero, estar a punto de pasar a la inmortalidad con un gol definitivo, y recibir una patada asesina en el tobillo izquierdo que lo tumbó como un hachazo.

Pérez cobró de inmediato. El petiso seguía aullando de dolor en el piso, pobre. Pero no me echaron. Tal vez fuese el propio ambiente el que me puso a salvo.

En efecto, se respiraba una ominosa atmósfera de asunto concluido. Ellos se abrazaban por adelantado. Su hinchada enfervorizada se regodeaba en el sueño hecho realidad. El gordo Nápoli lloraba aferrado a los alambres. Don Alberto insultaba entre dientes. La verdad es que en ese momento, si me hubiesen ofrecido irme, hubiese agarrado viaje. Intuía ya el grito feroz que iban a proferir cuando convirtieran el penal. Ya me veía tirado en el piso, con esos mugrientos saltando y abrazándose alrededor mío, pateando una vez y otra la pelota contra la red. Me volví a buscar la cara de Don Alberto en medio de los rostros entristecidos. «Faltan tres», me dijo cuando nuestros ojos por fin se encontraron. Y era como una sentencia inquebrantable. Ahí bajé definitivamente los brazos. Un dos a cero es definitivo cuando faltan tres minutos y uno es visitante. De local vaya y pase, aunque tampoco. ¿Cómo dar vuelta semejante cosa?

Me fui a parar a la línea como quien se dirige al cadalso. Lo único que quería ahora era que pasara pronto. Sacarme de una vez por todas a esos energúmenos borrachos en la arrogancia de la victoria.

Y entonces caíste vos. Nunca supe qué habías estado haciendo todo ese tiempo. O tal vez fueron sólo segundos, que a mí me parecieron siglos. Pero lo cierto es que cuando levanté la cabeza te tenía adelante. Me agarraste el cuello del buzo y me lo retorciste. Me zarandeaste de lo lindo, mientras me gritabas: «¡Reacciona, carajo, reacciona!». Tu cara metía miedo. Era una mezcla explosiva de bronca y de rencor y de determinación y de certeza. La misma que pusiste ayer en la cama, y que me hizo acordar de todo esto. Me miraste al fondo de los ojos, como para que no me distrajera en el batifondo de los gritos y los cohetes y los consejos de tiráte para acá, arquero, tiráte para el otro lado, pibe. Cuando te aseguraste de que te estaba mirando y escuchando, y teniéndome bien agarrado del cuello me dijiste: «Atajálo, Manuel. Atajálo por lo que más quieras. Si vos lo atajás yo te juro que lo empato. Prométeme que lo atajás, hermanito. Yo te juro que lo empato».

Me encontré diciéndote que sí, que te quedaras tranquilo. Y no por llevarte la corriente, nada de eso. Era como si tu voz hubiese llevado algo adherido, como un

perfume a cosa verdadera que apaciguaba al destino y era capaz de enderezarlo. De ahí en más ya fui yo mismo.

Cumplí todos los ritos que debe cumplir un arquero en esos casos límite. Iba a patearlo Genaro, el dos de ellos, un taño bruto y macizo que sacaba unos chumbazos impresionantes. Me acerqué a acomodarle la pelota, arguyendo que estaba adelantada. La giré un par de veces y la deposité con gesto casi delicado, en el mismo lugar de donde la había levantado. Pero a Genaro le dejé la inquietante sensación de habérsela engualichado o algo por el estilo. Volvió a adelantarse y a acomodarla a su antojo. De nuevo dejé mi lugar en la línea del arco y repetí el procedimiento. Pero esta vez, y asegurándome de estar de espaldas al árbitro, lo enriquecí con un escupitajo bien cargado, que deposité veloz sobre uno de los gajos negros del balón. Genaro, francamente ofuscado, volvió hasta la pelota, la restregó contra el pasto, y me denunció reiteradas veces al juez Pérez. Sabiéndome al límite de la tolerancia, e intuyendo que el tipo ya iba incubando ganas de asesinarme, volví a acercarme con ademanes grandilocuentes. Invoqué a viva voz mis derechos cercenados, y mientras le tocaba de nuevo la pelota le dije a Genaro, lo suficientemente bajo como para que sólo él me escuchara, que después de errar el penal mi hermano iba a empatarle el partido, que se iba a tener que mudar a La Quiaca de la vergüenza, pero que en agradecimiento yo le prometía que iba a dejar de afilar con su novia. Genaro optó por putearme a los alaridos, como era esperable de cualquier varón honesto y bien nacido. Pérez lo reprendió severamente, y a mí me mandó a la línea del arco con un gesto que ya no admitía dilaciones.

En ese momento empezó a rodar el milagro. Me jugué apenas a la izquierda, pero me quedé bien erguido: Genaro le pegaba muy fuerte pero sin inclinarse, y la pelota solía salir más bien alta. Le dio con furia, con ganas de aplastarme, de humillarme hasta el fondo de mi alma irredenta. Tuve un instante de pánico cuando sentí la pelota en la punta de mis guantes: era tal la violencia que traía que no iba a poder evitar que me venciera las manos. De hecho así fue, pero había conseguido cambiarle la trayectoria: después de torcerme las muñecas la pelota se estrelló en el travesaño y picó hacia afuera, a unos veinte centímetros de la línea. Me incorporé justo a tiempo para atraparla, y para que los noventa y cinco kilos de Genaro me aplastaran los huesos, la cabeza, las articulaciones. Pérez cobró el tiro libre y me gritó: «Juegue».

No me detuve a escuchar los gritos de alegría de los nuestros. Me incorporé como pude y te busqué desesperado. Estabas en el medio campo, totalmente libre de marca: ellos volvían desconcertados, como no pudiendo creer que tuvieran todavía que aplazar el grito del triunfo. Te la tiré bastante mal por cierto; pero como andabas inspirado la dominaste con dos movimientos. Levantaste la cabeza y se la tiraste al pibe de Nápoli que corrió como una flecha por la izquierda. Sacó un centro hermoso, bien llovido al área, pero alguno de ellos consiguió revolearla al córner.

Era la última. Pérez ya miraba de reojo su muñeca, con ganas de terminarlo. Fuimos todos a buscar el centro. Lo mío era un acto simbólico. Si me hubiese caído a mí hubiera sido incapaz de cabecear con puntería. Al arco me defendía, pero afuera era una tabla con patas. El centro lo tiró de nuevo Nápoli, pero esta vez le salió más pasado y más abierto, y bajó casi en el vértice del área. Vos estabas de espaldas al arco. El sol ya se había ido, y no se veía bien ni la cancha ni la pelota. Mientras estuvo alta, donde el aire todavía era más claro, la vi pasar encima mío sin esperanza. Cuando te llegó a vos, supongo que debía ser poco más que una sombra sibilante.

Parece mentira cómo todos estos años lo tuve olvidado, porque mientras avanzo en el recuerdo los detalles se me agolpan con una vigencia pasmosa. Porque fue justo ahí, mientras yo pensaba sonamos, pasó de largo, ahora la revienta alguno de ellos y Pérez lo termina, fue ahí que el milagro concluyó su ciclo legendario. La camiseta con el cinco en la espalda, las piernas volando acompasadas, la izquierda en alto, después la derecha, la chilena lanzada en el vacío, y la sombra blanquecina cambiando el rumbo, torciendo la historia para siempre, viajando y silbando en una parábola misteriosa, sobrevolando cabezas incrédulas, sorteando con lo justo el manotazo de un arquero horrorizado en la certidumbre de que la bola lo sobraba, de que caía para siempre contra una red vencida por el resto de la eternidad, de que era uno a uno y a cobrar. Y nada más en el recuerdo, porque ya con eso era demasiado, apenas un vestigio de energía para salir corriendo, para treparse al alambrado, para tirarse al piso a llorar de la alegría, para encontrarme con vos en un abrazo mudo y sollozante, para que el gordo Nápoli resucitara la cámara y las fotos para el insectario, y los gestos obscenos, y el grito multiplicado en cien gargantas, y el tumulto feliz en el mediocampo, y la vuelta olímpica lejos del lateral para librarnos de los gargajos.

Ayer a la nochecita, con esa cara de loco y ese puño arrugándome la ropa, me hiciste retroceder veinte años, a cuando vos tenías quince y yo dieciséis, a tu fe ciega y al exacto punto de tu chilena legendaria, heroica, repentina, capaz de torcer los rumbos sellados del destino. Ni vos ni yo tuvimos, ayer, ganas de hablar de aquello. Pero yo sabía que vos sabías que ambos estábamos pensando en lo mismo, recordando lo mismo, confiando en lo mismo. Y nos pusimos a llorar abrazados como dos minas. Y moqueamos un buen rato, hasta que me empujaste y te dejaste caer en la cama, y me dijiste dejáme solo, andá con los demás que van a preocuparse. Y yo te hice caso, porque en la penumbra de la pieza te vi los ojos, llenos de bronca y de rencor, llenos de una furia ciega. Y me quedé tranquilo.

La noche me la pasé en la capilla de la clínica, rezando y cabeceando de sueño pero sin darme por vencido. Recién cuando te llevaron al quirófano me fui hasta la cafetería a tomar un café con leche con medialunas. Me la llevé a Anita, que estaba hecha un trapo, pobrecita. Lógicamente no le dije nada de lo de anoche, porque pensé

que con el batuque que debía tener ahora en el balero me iba a sacar rajando si empezaba a desempolvar historias antiguas. A los demás tampoco les dije nada. Los dejé que volvieran con su velorio portátil, esta vez improvisado en la sala de espera del quirófano, a dejar pasar las horas, a consolarla a Anita y a los chicos, a murmurar ensayos de resignación y de entereza.

Ni siquiera dije nada cuando salió Rivas hecho una tromba, cuando la agarró a Anita del brazo y ella lo escuchó llorando pero maravillada, agradecida, incrédula, ni cuando él habló y gesticuló y dejó que se le desordenara el pelo engominado, ni cuando la voz entró a correr entre los presentes, ni cuando empezaron a oírse exclamaciones contenidas y risitas tímidas buscando otras risas cómplices para animarse a tronar en carcajadas y gritos de júbilo, ni cuando Anita me lo trajo a Rivas para que lo oyera de sus labios.

Ahí tampoco dije nada, aunque lloré de lo lindo. Yo lloraba de emoción, es claro. Pero no de sorpresa. No con la sorpresa todavía descreída, todavía tensa y desconfiada de José, de Mirta, de los chicos, de la propia Anita. Yo también, en su lugar, hubiese estado sorprendido. Para ellos este milagro es el primero. Al fin y al cabo, ellos no vivieron aquel partido de epopeya. Y no le dieron la vuelta olímpica al Estudiantil en cancha de ellos, con el gol tuyo de chilena.

El cuadro del Raulito

El decidió, de entrada nomás, dejarlo en libertad. Tenía la idea de que los amores no se imponen, ni siquiera se eligen. Pensaba que en todo caso eran los amores los que optan, los que se le imponen a uno. Por eso, con cierta prescindencia fatalista pensó que si tenía que ser, sería, y que si no, era inútil gastar pólvora en chimangos.

No le fue fácil, sin embargo. Sobre todo cuando en sus narices otros rivales se lanzaron a tratar de convencerlo. Le costó sobreponerse, y aceptar sonriendo a tíos y primos y cuñados y amigos y vecinos tentándolo al Raulito, ofreciéndole camisetas y pelotas y gorritos, a cambio de promesas de fidelidad a sus propios cuadros. Tampoco dijo nada cuando sorprendió a más de uno de esos buitres futboleros enseñándole al chico los canutos de la cancha, instruyéndolo subrepticiamente en las rivalidades históricas, ensalzando las hipotéticas virtudes de los unos, y vilipendiando las supuestas taras infames de los otros.

El los dejó. Un poco por esa resignación que era tan suya. Y otro poco porque a veces, en sus días tristes, sospechaba que tal vez fuese mejor así, que la cadena de afectos inexplicables se cortase con él, sin involucrar a su hijo. Que tal vez el chico terminase siendo más feliz siendo hincha de algún grande, saliendo campeón de vez en cuando, viendo la cancha llena, comprando *El Gráfico* con su ídolo en la tapa. Si al fin y al cabo él venía sufriendo hacía... ¿cuánto? Más de veinte años desde aquel campeonato. Y después la debacle. Hasta el descenso había tenido que sufrir, hasta el descenso. Y a la vuelta, la desilusión grande del 94. Justo en la última fecha, será de Dios, en la última fecha. Si faltaba tan poquito, un empate y listo. Pero ni siquiera.

Por eso, seguramente, aceptó con entereza que Raulito, desde los nueve, más o menos, empezase a decir que era de River, «como el tío Hugo»; aunque en el fondo más recóndito de su ser, él sintiese sinceros deseos de pasar al «tío Hugo», lenta, dulcemente, por la picadora de carne y la máquina de hacer chorizos.

Es que, a solas consigo mismo, en el resto de los días, sabía que era todo grupo. Que le hubiese encantado que Raulito saliese de los suyos. Que ahora que ya tenía trece, ahora que era todo un hombrecito, habría sido lindo ir juntos a la cancha. A la tarde, tempranito, en el tren y el 118, hablando de bueyes perdidos, mirando el partido de tercera acodados en el escalón de arriba, dejando pasar la vida.

Pero igual no cambiaba de idea. No señor. Que si tenía que ser que fuese, y si no, no. Igual, y por si acaso, cultivó su propia planta de leyendas mentirosas, como para mantener viva su persistente esperanza. Y aunque le daba un poco de vergüenza comparar al equipo del 73 con la Selección del 86, igual seguía adelante, envalentonado en su propia pirotecnia falaz, enternecido en la admiración dibujada en los ojos del Raulito.

Esa tarde, la inolvidable, la definitiva, empezó como todas, con el mate y la radio

en la mesita de hierro del patio. El padre decidió prevenirlo de entrada:

—Mira, Raulito, que hoy juegan contra nosotros. El hijo lo miró con curiosidad.

—¿Y qué problema hay, pa?

El padre, feliz en la sencillez del chico, terminó sonriendo:

—Tenés razón, Raulito, ¿qué problema hay?

A los veinte minutos penal para River. El chico lo miró al padre, como dudando. El lo tranquilizó, a pesar de sí mismo:

—Gritálo tranquilo, Raulito. Eso sí: si después hay un gol nuestro, no te enojés si yo lo grito.

—No, papá, si no me enojo —le aclaró, muy serio. Después gritó el gol, pero no mucho. Fue un grito breve, un poco tímido. El padre lo palmeó.

—No seas tonto, Raúl, gritálo todo lo que quieras.

—Así está bien, pa —fue toda su respuesta. Al rato vino el dos a cero. Ahí el chico lo miró primero, y después dio un par de aplausos, y eso fue todo.

—Che, ¿qué clase de hincha sos vos? ¿Así te enseñó tu tío Hugo a gritar los goles?

—No pa, él los grita como loco. Como vos, los grita.

—Y entonces gritá tranquilo, hijo. —Y después añadió, con un guiño—: Ojo que en el segundo tiempo capaz que grito yo, ¿eh?

Se sentía en paz, dueño de una felicidad sencilla y robusta. Casi ni se acordaba de que iban perdiendo. Empezaba a pensar que tal vez no fuese tan terrible que su hijo fuese de River. A lo mejor iban a poder ir a la cancha igual, turnándose un domingo cada uno, si el fixture ayudaba.

El segundo tiempo siguió por el trillado sendero de la tragedia. Un contraataque y tres a cero. El pibe ni siquiera hizo un gesto cuando el relator vociferó la novedad a voz en cuello.

—Che, Raulito, ¿estás dormido, vos? —El padre lo palmeó con afecto.

—No, papi. —Zarandeaba las piernas cruzadas debajo del asiento, y tenía los dedos cruzados en el regazo, como cuando pensaba en cosas complicadas. Luego aventuró—: No sé, me da un poco de lástima.

El padre se rió con ganas.

—Dejáte de jorobar, Raúl, y disfrutálo. Total, un partido más, uno menos... Aparte, cuidado, pibe —bromeó—, mirá que a lo mejor todavía se lo empatamos.

Para colmo, y como dándole la razón, al ratito vino el tres a uno. El padre lanzó un gritito contenido, tenso, como el que habrían dado los jugadores, saludándose apenas entre ellos, disputándole la pelota a un arquero con ganas de enfriar la cosa, corriendo hacia el medio campo para ganar tiempo. El hijo lo miró sin tristeza. Cuando sus ojos se cruzaron, ambos sonrieron.

—Te dije, pibe, ojo con nosotros. Mirá que somos bravos.

Por lo que decían en la radio, el partido se estaba poniendo bueno.

—Escuchá, Raulito, escuchá: los tenemos en un arco.

Pero el aviso era inútil. El chico seguía el relato concentrado, serio. Acompañaba las jugadas trascendentes con patadas en el aire, como jugando él también su parte del asunto. El padre sonrió. Cómo son los pibes. Se posesionan de tal modo que se sienten ellos mismos protagonistas del partido. En realidad, no sólo los pibes: un par de semanas atrás él mismo había hecho trizas el termo en un esfuerzo supremo por despejar al córner un disparo bajo que iba a sobrar fatalmente al arquero.

A los treinta, más o menos, tiro de esquina sobre el área de River. El chico seguía enchufadísimo. Hasta balanceaba ligeramente el cuerpo de un lado a otro, como todo buen cabeceador, esperando el momento de correr un par de metros y madrugar al marcador y pegar el salto y conectar el frentazo. Pero había algo que al padre no le cerraba, algo en el modo en que estaba parado, algo en la expresión de sus ojos negros.

El corazón le dio un vuelco cuando comprendió: el pibe se estaba perfilando de atacante, no de zaguero. El movimiento era para zafarse de algún marcador pegajoso, los ojos tenían el fuego de vení bola vení que te mando a guardar. El brazo derecho se alzaba en el gesto que se le hace al siete de ponéla acá, justito acá por lo que más quieras.

El relato se suspendió en una nota aguda, una de esas notas que se alargan, que perduran en el aire, mientras el relator decide si tiene que gritar o decir que pasó cerca. Igual no hizo falta, porque la hinchada, detrás de ese arco, lo gritó primero, y el relator en todo caso se encaramó después a ese alarido. El padre lo gritó con ganas, entusiasmado. Tres a uno es una cosa. Pero tres a dos es otra bien distinta, y entonces...

Tuvo que interrumpirse de golpe en sus divagaciones. Porque a sus pies, al costado de la mesita, de rodillas, de cara al cielo, gritando como si lo estuviesen desollando, con los brazos extendidos y las palmas abiertas, mezclando los chillidos de su voz de nene y los ronquidos incipientes de su madurez en ciernes, estaba el pibe, el pibe ya sin vueltas, ya sin chance alguna de retorno, ya inoculado para siempre con el veneno dulce del amor perpetuo, ya ajeno para siempre a cualquier otra camiseta, más allá de cualquier dolor y de todas las glorias, dando al cielo el primer alarido franco de su vida.

El padre se lo quedó mirando, impávido, hasta que el pibe se quedó sin voz y volvió a sentarse. Tuvo miedo de pronunciar palabra, como si cualquier cosa que dijese conllevara el riesgo de destruir ese hechizo de epopeya. El pibe, igual, no lo miraba. Estaba ciego a cualquier cosa que no fuese esa cancha, ese arco de sus desdichas, ese reloj fugaz y traicionero, ese relato interminable de centros llovidos al área y despejes agónicos. Sobre todo eso el padre pensó después, porque en ese

momento, agobiado en la constatación de su pequeño milagro íntimo, apenas le quedaba tiempo de mirarlo al pibe, de comérselo con los ojos, de grabárselo para siempre en el recoveco más recóndito de su alma.

En eso estaba cuando, ya en el descuento, River jugó mal al off-side y el nueve se escapó con pelota dominada. El relato radial se trepó de nuevo a uno de esos agudos oraculares. El pibe se puso de pie, incapaz ya de tolerar la tensión de la jugada. Con el rugido de la hinchada de fondo, padre e hijo contuvieron el aliento, con el alma pendiendo de ese nueve que entraba al área a liquidar el pleito, que punteaba la pelota por encima del arquero, buscando el segundo palo. El relato se cortó de pronto, y cuando continuó ya lo hizo en un tono menor, para explicar lo inexplicable: la pelota besando el travesaño y yendo a morir al techo de la red, ya inútil, ya sin sentido, ya con el arbitro pitando el final.

El padre se volvió a mirarlo. El chico estaba rojo de la bronca, con los ojos muy abiertos de tan incrédulos, con los puños apretados de impotencia. Pensó primero en decir algo, como para tratar de mitigar ese dolor en carne viva. Pero lo disuadió la certeza de que era mejor así, porque así eran siempre las cosas, y las cosas no podían estar mal, si así eran siempre. Los labios del chico se torcieron en una mueca, y por fin se lanzó en un llanto desbocado. Ya era grande. Lo suficiente como para querer llorar a solas. Por eso se levantó de pronto y corrió hasta su pieza. El padre escuchó el portazo, y no necesitó verlo para saberlo derrumbado sobre su cama, confuso, dolido, ignorante de qué debe hacer uno con el dolor y con la rabia.

El padre lo supo llorando a mares, y se regocijó en esas lágrimas. Porque uno puede decir que es de muchos cuadros. Uno puede cambiar de idea varias veces. Sobre todo si abundan los tíos y los primos grandes, dispuestos a comprar con pelotas y camisetas la fidelidad de un corazón novato. Pero una vez que uno llora por un cuadro, la cosa está terminada. Ya no hay vuelta. No hay caso. De la alegría se puede volver, tal vez. Pero no de las lágrimas. Porque cuando uno sufre por su Cuadro, tiene un agujero inentendible en las entrañas. Y no se lo llena nada. O mejor dicho, sólo se le llena con una cosa: con ganar el domingo que viene. De manera que asunto concluido. La suerte está echada. Nosotros acá, el resto enfrente. Algunos más amigos, otros menos. Pero de este lado nosotros, los de acá, los que no tenemos en común, tal vez, victoria alguna, pero que compartimos las lágrimas de un montón de derrotas.

Cuando su mujer salió al patio, extrañada de que su marido siguiese al sereno en el atardecer frío del otoño, lo encontró llorando a él también, pero unas lágrimas gordas, densas, de esas que abren surcos pegajosos en su camino, de esas que uno llora cuando está demasiado feliz como para sencillamente reírse.

—¿Se puede saber qué les pasa? —preguntó la mujer, confundida. El la miró, sin preocuparse siquiera de ocultar sus lágrimas—: Hace rato que el Raulito entró a su

pieza y dio un portazo, y me dice que no quiere que entre, y se lo escucha llorar y llorar como loco. Y ahora salgo y te veo a vos también moqueando. ¿Me querés explicar qué cuernos pasa?

El hombre la consideró con benevolencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Intentar explicarle? ¿Cómo? Se conformó con mirarla, mientras seguía sintiendo el fluir del tiempo en el gotero de cristal de ese momento indestructible.

—Seguro que le ganaron a River y vos lo cachaste al chico, ¿no? Seguro que te la agarraste con el nene, ¿no? —Ella lo miraba con gesto de severo reproche—. Semejante grandulón, ¿no te da vergüenza?

—No, Graciela, no le hice nada. Si River ganó tres a dos. Al chico no le dije nada, te juro —respondió con calma, desde la cima de su paz reconquistada.

—Pero entonces no entiendo nada. ¿Me decís que ganó River, y el nene está llorando como loco encerrado en la pieza?

—Sí, Graciela. Ganó River. Pero el pibe no es de River, Graciela. —Y se sintió reconciliado con la vida, eufórico, agradecido, emocionado; dueño legítimo y absoluto de las palabras que iba a pronunciar. Después se incorporó, porque cosas así se dicen de parado—: Lo que pasa es que el Raulito es de Huracán, Graciela. ¡De Huracán!

Jugar con una Tango es algo mucho más difícil de lo que a primera vista se podría suponer

Tal vez para los grandes, con esa facilidad que suelen tener para las simplificaciones abusivas, los dos barrios eran uno solo. Tal vez para los grandes, con su indolencia, su falta de perspectiva, su desatención por los detalles esenciales, la cuadra nuestra, la ochava de nuestras felonías, formaba con las manzanas de alrededor un único barrio.

Pero para nosotros, con la claridad diáfana que tienen las cosas cuando uno es chico, los barrios eran dos, el nuestro y el de ellos: esos pibes que vivían a la vuelta. El nuestro eran cuatro cuadras, dos por una calle y dos por la otra. El barrio era esa cruz perfecta que formaban esas veredas simétricas y nuestras, absolutamente nuestras. A la vuelta estaban ellos, pero a la vuelta, y eso era muy lejos. Tan lejos que ese era el barrio de ellos.

Cuando teníamos ocho, nueve a lo sumo, la autonomía de nuestro vuelo aventurero era escasa. Las madres exigían, todavía, la molesta condición de poder vernos al asomarse a la vereda. De modo que la vuelta, o sea el mundo, el universo, quedaba todavía prohibitivamente lejos. Pero a los once, a los doce, las madres ya empiezan a resignarse a salir a la vereda y a no vernos, a confiar en el Espíritu Santo, a aceptar el dolor y la angustia de sabernos a la vuelta, o a la vuelta de la vuelta, o vaya a saber dónde. Como mucho pueden exigir el retorno a la hora de la leche, a más tardar. Pero no pueden pretender, Dios nos libre, que uno siga en la vereda propia, o en la cuadra de casa, habiendo tanto mundo más allá esperándonos. Cuando uno tiene ocho, o tiene nueve, vaya y pase. Pero a los once, la cosa cambia, y cambia para siempre.

En una de esas recorridas, bicicleta mediante, ahí nomás de nuestro propio mundo, aparecieron ellos. Estaban sentados en la vereda, contra una de esas casas que eran las de ellos, dejando pasar la vida. Eran seis o siete, como nosotros. Se repartían el fondo de una botella de agua. Se veían sudados y sedientos. En la calle perduraban los cascotes de los arcos. Evidentemente acababan de jugar al fútbol.

El ser humano es un bicho dado al desafío, a la competencia. Supongo que fue por eso que alguno de nosotros, alguno de los más osados y pendencieros (seguro que no fui yo, siempre tan tímido) frenó la bici, apoyó un pie en el cordón y se los quedó mirando. Los demás lo habremos imitado, obedeciendo a ese reflejo solidario que en la niñez funciona a la perfección y que con los años se va, tristemente, anquilosando.

Primero habrán sido unas preguntas tiradas al voleo y contestadas con evasivas. Que de dónde eran, que de dónde éramos. Que cuántos eran en su barrio, que cuántos en el nuestro. Que de qué cuadro éramos hinchas, que de qué cuadro eran ellos. Que si sabían jugar, que si nosotros sabíamos. Después uno de ellos se habrá ufanado de

alguna victoria memorable, contra otro barrio tan distante como temible y misterioso. Algún lenguaraz de los nuestros habrá replicado con una hazaña aún más espeluznante. Habrá habido un cruce de miradas, alguna seña sólo perceptible para entendidos. Y el desafío habrá partido por fin de uno de los frentes, como una lanza en llamas, clavada ante la tribu rival y belicosa.

Ellos se miraron con cara de experimentados, de gente ducha en estos temas. Acordaron la fecha como dudando, como dando a entender que eran tipos muy ocupados. Supongo que, enroscados en sus propias mentiras y en sus respectivas alucinaciones, no notaron el temblor de algunas de nuestras voces, las caras de pánico de los más chicos, las miradas urgentes de los menos osados. Ellos pusieron una sola condición: ponían la cancha y la pelota. Nosotros, pobres ingenuos, torpes incautos, aceptamos.

El día fijado fuimos a pie: uno no puede jugar un desafío y mirar cada dos minutos la pila de bicis a ver si siguen donde uno las ha dejado: las distracciones pueden ser fatales, tanto porque te roben una bici como porque te metan un gol estúpido. La primera sorpresa fue la cancha. Ellos nos esperaban en la vereda de la vez pasada, pero no tenían armados los arcos en la calle. Cuando preguntamos, señalaron con calculada indolencia el paredón legendario de la canchita de la calle Buchardo. Nos miramos azorados. Decir en nuestra niñez «la canchita de Buchardo» era como decir «jugamos acá, en el Maracaná», o «pasen, el desafío es en el estadio de Wembley».

Era un baldío enorme, cerrado a la gilada por un paredón alto de ladrillo a la vista. El único acceso posible era a través del jardín del vecino. Vecino que se entretenía en golpear el vidrio de su ventana, en medio de agresivas gesticulaciones, las pocas veces que teníamos la valentía de pararnos siquiera a pispear un poco el asunto. Porque esa cancha, que tenía arcos de madera y todo, y que tenía hasta manchones de pasto en las esquinas, la usaban los grandes, jamás los chicos. Uno de esos grandes, que jugaban los fines de semana, era ese celoso cancerbero que nos echaba a las patadas. Lo que ignorábamos, y que descubrimos recién el día del desafío, era que el capitán de ellos era sobrino del terrible ogro de la casa contigua, y que los días de semana tenían libre acceso a ese estadio bellísimo.

Caminamos la media cuadra dándonos valor con la mirada, ocultando celosamente que jamás en la vida habíamos jugado en una cancha en serio. Entramos al jardín del vecino como quien atraviesa a ciegas un campo minado, esperando el terrible momento del estallido, de la cortina corrida, de los golpes furiosos en el vidrio, del rajen de acá mocosos del demonio. Pero nada pasó. O no estaba, o su sobrino lo había puesto sobre aviso. Saltamos por fin la pared por la parte más baja, íbamos cayendo con un ruido seco en la tierra prometida, un ruido que jamás hube de olvidar, y que supongo que los demás tampoco olvidaron. Un ruido que sonaba a

misterio, a iniciación, a ultraje y a aventura.

El miedo nos volvió a ganar cuando los vimos abrir las bolsas que traían bajo el brazo. Eran botines. Los sacaron con gesto displicente, pero a sabiendas de nuestro pasmo inevitable. Porque nosotros, más allá de nuestras bravuconadas, éramos gente de jugar en el asfalto. Y uno, en la calle, juega en zapatillas. Y encima con zapatillas viejas, con esas Flecha que nuestra madre nos ha cedido para que las terminemos de deshilachar, de destruir y de enmugrecer en esas tareas inútiles. Esas que tienen la tela totalmente descosida de la puntera de goma. Esas con las que hay que tener cuidado de que no se salgan los dedos por el agujero, cuando uno le pega a la pelota. Y van estos tipos y sacan los botines negros, relucientes, con esos tapones amenazantes, tan útiles para pegar de puntín como para arruinarle la pantorrilla a un pobre contrario indefenso.

Yo, calentón como fui siempre, les hice notar que nosotros jugábamos todos en zapatillas, y que con los botines iban a lastimarnos. Pero con cara de inocencia dijeron que nadie les había dicho nada, y que ellos jugaban siempre así, como se juega de verdad, y que lo del otro día en la calle había sido un entrenamiento. Con la sensación de ser un cavernícola analfabeto me callé la boca y me volví hacia los míos, buscando algo de confianza. Pero todos estaban demasiado asustados.

Lo peor vino después. Traían la pelota en una bolsa grande de Casa Tía. Era una bolsa enorme, blanca, y no se veía nada adentro. La llevaba un gordito pecoso y flequilludo. Con gesto grandilocuente la levantaron, la tomaron por abajo y soltaron las manijas. La bolsa se inclinó, abrió su boca misteriosa, y escupió una pelota Tango. Aquello era demasiado: la cancha de tierra con arcos de madera vaya y pase. Eso de los rivales provistos de botines ya era todo un riesgo. Pero una Tango original, que picó tres veces hasta quedar mansita en el mediocampo, eso era inaceptable. Nosotros —que jugábamos con una número cinco chiquita, de gajos alargados blancos y negros, que tendía más al óvalo que a la esfera, que picaba para el demonio, a la que había que engrasar primorosamente con la grasa sobrante del churrasco—, habíamos visto la Tango por la tele, en el mundial 78; y después en la vidriera de la Proveeduría Deportiva. Pero en nuestro barrio ése era un objeto desconocido. Y van estos tipos y la sacan ahí, como si tal cosa, como si fuera algo de todos los días.

Ahí Felipe protestó, que «cómo no la tenían el otro día, en la vereda, cuando los vimos la primera vez». El capitán de ellos, Walter creo que se llamaba, se aproximó con la Tango entre las manos, y nos habló en un tono peyorativamente didáctico, como si se dirigiera a una manga de infradotados. Nos dijo que, como era evidente, esa pelota tenía un plástico recubriendo el cuero, que hacía imposible su uso en la calle salvo que uno quisiera arruinarla, y que como ellos jugaban siempre en canchas de pasto, o de tierra a lo sumo, no se habían imaginado que nosotros pensáramos jugar con una pelota común y corriente. Gustavo tuvo entonces el tino de esconder la

nuestra, miserable, debajo de una campera.

Nosotros nos quedamos mirándola como tarados. Encima era naranja debido a que, según transigió en informarnos, el padre del chico se la había traído de Europa porque era piloto de Aerolíneas, y allá la pintaban de naranja para poder jugar en medio de la nieve sin perderla de vista.

Cuando empezó el partido corroboramos, con angustia, nuestro palpito de que una Tango no tenía nada que ver con el resto de las pelotas existentes en el universo. Por empezar, picaba el doble. No conseguíamos bajarla ni a los tiros. Saltaba en cada piedrita de la cancha, cambiaba de rumbo y nos dejaba pagando. Aparte dolía de lo lindo. A mí me tiraron dos o tres pelotazos que me dejaron las manos rotas, y eso que jugaba con guantes (unos de lana, ya jubilados del colegio). El que más sufría era Gustavo, nuestro crack, que en lugar de patear de puntín, como el resto de nosotros, lo hacía “de chanfle”, o acariciando el balón con el empeine. Al rato de empezar le dolían los pies hasta los tobillos. Esas zapatillas nuestras eran absolutamente inapropiadas para patear semejante cascote. Además estaba el tamaño. Nuestra número cinco era una especie de prima pobre y escuálida, que apenas debía superar la mitad de la circunferencia de aquella enormidad anaranjada y con lustrosos vivos negros. Lo dura que sería que Gustavo tuvo la inconciencia de cabecearla en un centro, y quedó medio tarado un buen rato hasta que se le pasó el mareo (si hasta me acuerdo que le quedó la frente toda colorada). Lo que más bronca nos daba era que ellos eran tan burros como nosotros. Pero con los botines ponían pata fuerte, y nosotros sacábamos el pie por precaución, y perdíamos todos los balones divididos. Y con la Tango nos tenían a maltraer. No hilvanábamos dos pases seguidos como la gente. Nos metieron un gol estúpido: me tiraron un chumbazo a quemarropa, y la muñeca me dolió tanto que se me dobló la mano (para colmo yo no lograba hacerme a la idea de atajar con palos de verdad, a qué negarlo).

Nos iban ganando uno a cero con ese gol mugroso, y en cualquier momento iban a embocarnos otro, eso era seguro.

Pero gracias a Dios, y en medio de nuestra adversidad tumultuosa, Adrián tuvo un rapto de inspiración mística. Empezó a los gritos a llamarlo a Miguelito, que ya había pegado el estirón y nos llevaba como dos cabezas. Ese día andaba más caliente que nadie, porque todavía no se acostumbraba a sus nuevas dimensiones, y ese balón endemoniado lo tenía más mareado que al común de nosotros. Así que Adrián le habló algo al oído, y el otro sonrió con placer, como sopesando la idea, como paladeando por anticipado una venganza que se sabe tan justa como inolvidable. Yo, desde el arco, entendí poco y nada, hasta que vino un despeje desde el área de ellos, y Miguel se perfiló para pegarle de zurda. Miguel era, con la pelota en los pies, y como ya dije, un poco más espantoso que la mayoría de nosotros. Pero tenía la rara virtud de pegarle como con un fierro. La Tango venía picando casi mansita, como pidiendo

permiso para seguir unos metros. Miguel se afirmó con la derecha, se inclinó levemente, y le pegó un chumbazo descomunal. La Tango salió como un bólido, como un meteorito en reversa rumbo al cielo. Pasó el paredón no por el lado de la calle (nuestro arco era el que daba a la vereda) sino por los fondos que daban a una casa vieja y sombría. En los laterales, donde el paredón también era medianera, había un lindo alambrado como de dos metros de alto, porque estaba cerca de las líneas de la cancha, y el riesgo de tirarla afuera era evidente. Pero detrás del arco de ellos, del lado de la casa aquélla, quedaban todavía como treinta metros de terreno, lleno de malezas y arbustos y árboles petisos, que hacían suponer que la pelota jamás superaría el límite del predio por ese lado. De modo que cuando Miguelito le pegó ese chumbazo histórico la Tango subió a los cielos, superó por amplio margen el travesaño de ellos, sobrevoló dos limoneros apestados y unas cañas de esas que nunca faltan en los baldíos, planeó sobre el yuyal y sobre la hiedra, y se perdió en el misterio del más allá, con un ruido a chapas de lo más espeluznante. El dueño de la pelota, que aparte de ser un gordito paliducho y pecoso nos había demostrado que de fútbol sabía lo que yo de astronomía, no pudo reprimir un grito de terror, y los suyos se miraron consternados. Nosotros pusimos cara de compungidos, atravesamos con ellos el yuyal, y hasta les hicimos pie para que se asomaran por encima de la tapia. No había caso: la pelota descansaba en un patio de lajas, y el ruido a chapa se había producido cuando la Tango había golpeado contra la puerta de hierro que desde la cocina daba a ese patio.

Por suerte para nosotros, eran las tres de la tarde. Tocarle el timbre a un extraño para pedirle una pelota es una tarea ardua y peligrosa a cualquier hora del día. Pero a la hora de la siesta, es directamente concurrir por propia voluntad al patíbulo. Nosotros lo sabíamos, y ellos también. El gordito traslúcido intentó despertar el espíritu de cuerpo de los suyos para que lo acompañaran, pero fue en vano. Contestaron, en medio de evasivas, que más tarde a lo mejor, pero que ahora, en plena siesta, ni mamados.

Con cara de circunstancia Alejandro declaró que era una lástima, una barbaridad, pero que íbamos a tener que seguir con otra pelota. Ellos se miraron y asintieron. Dijeron que no tenían ninguna otra a mano. Yo sabía que mentían, porque había visto de refilón la azul y roja, linda también, con la que habían jugado el otro día en la calle. Pero se ve que tenían un miedo atroz de que Miguelito, zapatazo mediante, la colgara en un vuelo sideral de la misma especie, y la enviara sin escalas a hacerle compañía a la Tango anaranjada. Alejandro, como si hubiese recordado súbitamente, se golpeó la frente y dijo que nosotros teníamos una. Aclaró, con tono de singular franqueza, que no tenía nada que ver con la que Miguelito acababa de colgar. Pero que, a falta de una mejor...

Ellos se apuraron a decirnos que sí. Alejandro mismo fue hasta detrás del arco y

sacó nuestra pelota de abajo de la pila de camperas. Yo me acuerdo que nunca la vi tan linda, con sus gajos grises de tan despintados, con el olor rancio de la grasa cuidadosamente embadurnada, con ese par de protuberancias que la alejaban indefectiblemente de la esfericidad, con la marca indeleble en birome azul en el lugar de la válvula, entre las costuras, hecha para evitar chambonadas trágicas a la hora de inflarla. Porque ahí la cosa era distinta. Todo era cuestión de pegar unos cuantos puntinazos bien al ras del piso, de modo tal que entre las piedras que encontrara en el camino, y el azar de sus tumbos ovalados, a cualquier arquero se le escaparan dos o tres de ésas y a cobrar. Todo era cuestión de apretar los dientes y soportar a pie firme un par de taponazos en nuestras pantorrillas indefensas. Al fin y al cabo, uno a los doce tiene que ir aprendiendo a hacerse hombre.

Ganamos tres a dos, y fue una fiesta. Sobre todo porque ellos, humillados, nos pidieron la revancha para la semana siguiente. Nosotros pusimos cara de gente ocupada, de tipos abrumados por un montón de compromisos. Quedamos en volver a hablar recién el mes siguiente, porque argüimos estar tapados de desafíos contra los del Club Argentino, los de la canchita de «Tienda Presente», los de la Triangular de Segunda Rivadavia, y otros cotejos tan severos como ineludibles. Después nos enteramos de que recuperaron la Tango, y de que lo hicieron a través de los buenos oficios que interpusieron dos de los padres de ellos ante el anciano propietario de la casa sombría, tan venerable como remiso a las devoluciones. Pese al hallazgo, no nos alarmamos. La revancha sería en el barrio nuestro. Y de locales, la cosa iba a ser en la calle. Y en la calle con los botines no podés jugar. Aparte, como los palos son dos cascotes, podés discutir de lo lindo cada pelotazo que pase cerca de los arcos, sobre todo si Miguelito juega de tu lado. Y sobre todo, en la calle la Tango no se usa porque se arruina, se moja en los charcos de los cordones, se le despelleja el plastiquito y te la puede aplastar cualquier colectivo. Y nadie va a correr semejante riesgo, ni siquiera siendo un gordito platudo con un padre en Aerolíneas. Porque una Tango es muy linda y muy canchera, pero sale un ojo de la cara.

Independiente, mi viejo y yo

«Mirá que esta noche es el partido», me dijo él. Hizo bien porque uno, a los cinco años, no tiene una conciencia cabal de la periodización del tiempo. Como mucho distingue el sábado y el domingo, porque esos días no hay que ir al jardín, y papá se queda en casa a jugar con uno. Pero con los otros días y las otras noches, la cosa se complica. Por eso sin la advertencia de papá, hecha con el beso de recién llegado del atardecer, yo habría pasado por alto la infinita importancia de esa noche.

Los preparativos fueron los de siempre. Mientras él encendía el Stromberg-Carlson con suficiente antelación para darle tiempo a las válvulas, yo le pedí a mamá la ropa apropiada para el evento. Primero se negó a lo del pantaloncito corto, aduciendo que era invierno y que hacía mucho frío. Yo argüí hasta el cansancio que los jugadores juegan con pantalones cortos, y al aire libre. Una salomónica intervención de papá desempantanó por fin el pleito: con pantalón corto, pero sentado cerca de la estufa de kerosene del comedor. Después me puse la camiseta roja con el cuellito blanco, con el once de cuero cosido en la espalda, igualito que Daniel Bertoni. Papá, mientras tanto, iba trayendo la colección de trapos rojos que colgábamos a modo de banderas. Había pañuelos, una frazada, un pulóver, un par de camisas chillonas. La lámpara de pie, el timón de barco que adornaba la pared, varias de las sillas, todos terminaron ocultos en nuestro rito ornamental y futbolero. Cuando llegué, rigurosamente ataviado con los colores reglamentarios, me llené los ojos de banderas rojas. Lo único que nos faltaba era el viento para que flamearan, como en la cancha.

Papá se negaba, pese a mis acaloradas argumentaciones, a vestir también el atuendo correspondiente. Nada de camiseta. Y mucho menos de pantalones cortos. A mí me parecía un desperdicio, con tanto trapo rojo disponible y tan a mano. Pero él prefería verlo con su bata de siempre, calzado con sus chinelas ruidosas, con el paquete de Kent y el cenicero, pobrecito, para fumarse los nervios uno por uno.

Mientras daban las últimas propagandas, y antes del aviso de «minuto cero del primer tiempo, es tiempo para una ginebra Bols» (o cosa por el estilo) que marcaba la hora señalada, papá se sintió en la obligación de preservarme de desilusiones demasiado abruptas. Me miró como me miraba siempre que tenía algo importante que decirme, con una mezcla de solemnidad y de ternura, con un bosquejo de sonrisa iluminándole los ojos. «Mira, tipito —empezó, porque él me llamaba de esa manera cuando teníamos que aclarar cosas importantes—, que la cosa viene difícil.» Y volvió a enumerarme todas las dificultades que nos esperaban en esa noche de invierno. Que ellos habían ganado en Brasil, que nos habían pegado un peludo bárbaro, que no sólo teníamos que ganar, sino que debíamos hacerlo por no se qué diferencia de gol. Pero para mí sus argumentos sonaban confusos. ¿Acaso él mismo no me había dicho que

Independiente era el rey de copas, que la copa, la copa se mira y no se toca, que los brasileños nos tenían un miedo descomunal, y que en Avellaneda y de noche se morían de frío, y no podían ni levantar las patas del pasto? Él trató de convencerme de que, pese a la absoluta veracidad de lo dicho en otras ocasiones, esta noche las cosas iban a ser muy difíciles y peliagudas.

De todos modos, nos entonamos cantando un par de veces el «sí, sí señores, yo soy del Rojo», y algún otro estribillo para ir matando el tiempo. Cuando finalmente se acabaron las propagandas, papá encendió la radio Phillips, con su estuche de cuero, que debía ser la primera portátil de Sudamérica (y la teníamos en casa). Le bajó el volumen a la tele: ambos sabíamos que los relatores de radio son mejores que los otros. Cada uno ocupó su sitio de siempre. El en la cabecera de la mesa, y yo sobre el arcón de mirar la tele. Acercó la estufa de kerosene de ese lado para cumplir lo pactado en cuanto a temperatura corporal con la madre del win izquierdo de bolsillo.

Pero la carne es débil. No importa cuánta preocupación ocupe nuestro pensamiento, ni cuánta angustia agobie nuestro espíritu. Uno siempre termina teniendo hambre, o teniendo sueño, y sucumbiendo a esas necesidades poco altruistas. Empecé a cabecear apenas empezado ese partido inolvidable. Mamá me dijo varias veces que me fuera a la cama. Pero yo seguía ahí, impertérrito, sentado en el arcón, con las patas colgando y pateando en el aire como si estuviese en plena cancha en los escasos momentos de lucidez que tenía en medio de mi mar de sueño.

Papá esperó un rato y después me dijo que me fuera, que me quedara tranquilo. Yo protesté que de ninguna manera, que teníamos que seguir ahí los dos, haciendo fuerza con los canutos y las banderas. El me dijo con aire confiado que no hacía falta, que igual sin mí íbamos a salir campeones, que me quedara tranquilo, que los teníamos de hijos. Ante semejante desparramo de confianza le hice caso y me dormí.

A la mañana siguiente mamá me despertó para ir al jardín. Embotado de sueño me dejé vestir, abrigar y conducir a la cocina a tomar la leche. Después ella me sentó en el sillón del living para atarme los cordones, como hacía siempre mientras esperábamos que pasara el micro. Apenas me despabilé un poco recordé la noche de la víspera, y me desesperé preguntándole el resultado del partido. A la luz del día, y después de un sueño reparador, mi deserción de la noche me parecía imperdonable. Ella me miró y dijo no saberlo. Le pregunté por papá, y respondió que aún no se había levantado.

Han pasado veinticinco años, pero aunque pasen sesenta voy a recordarlo como si hubiese sucedido hoy. La casa estaba iluminada por uno de esos soles oblicuos y tibios del invierno. Yo tenía el guardapolvo cuadrillé lila y blanco, y la bolsita en el regazo, bien agarrada en la diestra, para no olvidármela (otras veces me había pasado, y me había quedado sin el Jorgito de dulce de leche y sin la taza de plástico para el

mate cocido; así que ahora la cuidaba más que a mi vida). De repente oí abrirse la puerta del dormitorio. Y enseguida escuché el clásico arrastrar de las chinelas en el parquet del pasillo. El corazón me dio un vuelco. Lo llamé a los gritos. Entró a las carcajadas, preguntándome el motivo de mi ansiedad. Yo lo interrogué por el resultado, ya totalmente despierto, ya absolutamente pendiente de lo que dijeran sus labios, ya indiferente a mamá terminando de atarme los cordones.

El se acercó, se inclinó, me dio un beso de buenos días, y se me quedó mirando con expresión jubilosa. Recién cuando volví a preguntarle me dijo que sí, que claro, que habíamos salido campeones de nuevo, y que no me olvidara en el jardín de decirle a todo el mundo que Independiente había vuelto a salir campeón de América. Yo, aún en medio de mi alegría, me hice el tiempo de preguntarle cómo habíamos hecho, si él me había dicho que era muy difícil, que en Brasil nos habían dado un baile bárbaro, que teníamos que hacerles como tres goles, que en el campeonato de acá andábamos como la mona. El me miró risueño, y sembró una semilla más en el fértil potrero de mis sueños de pibe.

«Pero, tipito —empezó, como enunciando una verdad ya reiterada hasta el cansancio—, ¿no te dije que los brasileños ven la camiseta del Rojo y se asustan tanto que no pueden ni mover las patas? ¿No te dije que, con el frío, se quieren volver a su casa a comer bananas para entrar en calor? Por eso te dejé dormir. Porque era tan fácil que nos las rebuscarnos sin tu aliento.» Y en medio de mi maravilla impávida, terminó: «Menos mal que te dormiste. Imagínate si te quedas despierto y gritas conmigo: les hacemos veinte goles y no quieren venir a jugar nunca más, y nos quedamos sin nadie a quien ganarle la copa». Después me levantó en brazos y cantamos «la copa, la copa, se mira y no se toca», y dimos la vuelta olímpica a los saltos, por toda la casa. Vino el micro y me fui al jardín de infantes.

Supongo que ésos son los recuerdos que se le meten a uno en los recovecos del corazón, y echan cría y se nutren de su propio néctar, y nos marcan para toda la vida. Por lo menos así ocurrió conmigo. Y no me avergüenza reconocer que ahora, ya grande, cuando tengo un problema que me agobia, o cuando me toca sufrir por radio y por televisión un partido de Independiente y me como los codos por la ansiedad y la angustia (la vida me enseñó lo inconveniente que puede resultar fumarse los nervios), siento un impulso difícil de dominar, una tentación casi irresistible que me invita a irme a dormir, a abrigarme en la certeza de que mientras yo sueño, mi papá e Independiente, como duendes laboriosos, van a arreglarme el mundo para que yo lo encuentre refulgente en la mañana.

Y queda en mí el mandato inexorable que dictan las fidelidades eternas. Cuando Independiente gana un campeonato —al fin y al cabo, Dios y sus milagros evidentemente existen— lo primero que hago, en la cancha o en mi casa, es levantar los brazos y los ojos hacia el cielo, abrazándolo a mi viejo a través de todos los

rigores del destino, y por encima de todas las traiciones de la muerte. Lo que pasa es que tratándose del Rojo, de mi viejo y de mí, hay veces que la muerte es una señora que nos tiene un miedo bárbaro. Una vieja podrida a la que, de locales en Avellaneda, le tiramos la camiseta y podemos, de vez en cuando, llenarle la canasta.

Todavía me acuerdo de ese número once de cuero blanco, cosido en la camiseta como el de Bertoni. Pero ahora también veo, cuando me fijo con suficiente atención, que mi viejo también lleva lo suyo. Lo tiene ahí, en la espalda, justo a la altura del nacimiento de las alas: un diez de cuero blanco, igualito igualito al de Bochini.

Último hombre

López había cumplido siempre. Había ganado y perdido, cosa por cierto evidente. Pero jamás había abandonado su puesto. Jamás había sacado el cuerpo por cobardía. Jamás había temido hacer un sacrificio. Era un back enérgico y silencioso, lector de buenos libros. No le molestaba jugar de último hombre. Ni que la pelota estuviese, en sus pies, eternamente de paso. Hacía el quite, buscaba con la mirada a los vociferantes mediocampistas, y se la sacaba de encima con algo de premura y una cierta mácula de torpeza. No se sentía menos por ello. Sabía que, sin su presencia allí, en el fondo, el equipo podía venirse en picada, por más que los delanteros se florearan con toques y gambetas. ¿No había sido una catástrofe, acaso, aquella segunda rueda el otro año, cuando él había estado parado por la operación de meniscos? Al técnico casi lo internan del disgusto: los contrarios se hicieron festines memorables. La defensa, sin él, era un colador endemoniado, un puente cándido por el que podía pasar hasta una anciana en muletas y llegar cara a cara con el arquero. De modo que, aunque a veces le produjera cierto hastío el desdén de los volantes, la cómoda pereza de los delanteros, la pegajosa y algo inútil admiración de los laterales, López era un hombre en paz.

La noche definitiva era una de esas noches en las que llueven lluvias mansas, parsimoniosas, leves y frías. Irían, cuanto mucho, veinte minutos del segundo tiempo. Cero a cero, trabado en el medio, cosa natural en dos equipos jugados al empate en el afán de sacarle el cuello a la guillotina del descenso. López hacía lo suyo. Trababa. Ordenaba. Sometía al árbitro al consabido rosario de jeringueos y reproches.

La hecatombe no se anunció a través de señales contundentes. Simplemente se inició cuando López salió a cortar una pelota dividida con el siete contrario, un jovencito rápido y atrevido, que siempre amagaba por adentro y salía por afuera. López no se inquietó, aunque su rival llegó a bajar la pelota un segundo antes que él cortara. Lo dejó en cambio detenerse en seco, hamacarse, sobrarlo. Y cuando el otro por fin disparó por afuera, López se lanzó a la pileta húmeda del lateral con la certeza de que sus 95 kilos serían suficientes para trabar el balón y proyectar al jovencito hacia los carteles del costado.

Cuando se incorporó, la pelota descansaba junto a su botín izquierdo. El otro yacía, aturdido, en un charco cercano al banderín del córner. Había cumplido según el manual del perfecto zaguero, y algunos aplausos regados desde la grada semidesierta le entibiaron el alma. Faltaba únicamente buscar con la mirada al tres o a algún volante, para que abrieran el juego. Pero entonces pasó lo que nunca había pasado antes. López bajó de nuevo los ojos. Vio sus pies embarrados, su rodilla raspada, sus medias bajas, y la pelota brillante, reluciente. Los gritos desde el medio le llegaron de inmediato, pero López decidió que debía esperar a que algo terminase de tomar forma

dentro suyo. Tal vez el nueve contrario advirtió sus vacilaciones, porque se le vino al humo con la lengua afuera para atorarlo en su torpeza. López llegó a oír que el técnico le gritaba que la colgara, que la colgara, pero en lugar de obedecer no pudo evitar bajar de nuevo la cabeza y volver a verla, como nunca hasta entonces, hasta enamorarse de ella hasta el último rincón de su alma. Entrecerró los ojos. Inspiró profundamente. Oyó con una nitidez absoluta el galope tendido del delantero, notó su respiración agitada, le vio la codicia ególatra que siempre llevan en el rostro los delanteros.

Nunca supe lo que López sintió en ese momento. Yo supongo que fue una súbita intuición de la negritud insoslayable de la muerte. De hecho, cuando el contrario se le tiró a los pies, López hamacó sus 95 kilos, balanceó su cadera inexperta, y dejó que el botín acariciara levísimamente la pelota. A los treinta y tres años Juan López acababa de tirar un caño en el borde del área. El técnico escupió el pucho y le gritó que la largáse. López lo contempló sin prisa y sin cariño. Cuando adelantó el balón y se lanzó tras él al trote, lo había olvidado para siempre. Llegó hasta el mediocampo sin que le salieran al cruce. El único estorbo eran los gritos de los suyos, que sin comprender el milagro se la pedían como si tal cosa, como si él no fuese capaz de avanzar con la cabeza en alto, con el gesto sereno, con una libertad indómita que le nacía en el vientre y lo invitaba a seguir yendo.

El técnico, fuera ya de sus cabales, lo insultaba en escalas polícromas y lo conminaba a largarla y a volverse. El iluso no sabía que López corría irrevocable a su destino, o al menos a uno de todos los destinos que habitan la vida de un hombre. Cuando al fin le salió el volante central López le amagó por dentro y se le escabulló por el callejón del diez. Pero en su apuro inexperto la tiró algo larga, de modo que el ocho de ellos se le vino al humo, seguro de llegar primero. Para entonces el técnico acababa de cruzar el umbral del desconsuelo. López había pasado a dos contrarios, pero había metido tal desbarajuste en los relevos que nadie sabía donde cuernos pararse. No estaban listos para eso. López nunca había subido. Retacón como era, no servía para ir a buscar los centros. De modo que el otro central trataba de acomodar a los dos laterales, en la seguridad de que el contraataque era inminente y los iba a agarrar papando moscas; mientras los volantes chillaban pidiendo una pelota ya definitivamente perdida.

Pese a todo, y cuando el marcador se lanzaba con los botines de punta, López adelantó la diestra con la presteza de un delantero consumado y empujó con lo justo el balón un metro escaso. Sintió el dolor inconfundible de un tobillo aplastado bajo los tapones del rival, pero ni siquiera sopesó la posibilidad de detenerse. Ahora corría cerca de la raya, y de vez en cuando la alejaba de la línea con sutiles toques de una zurda que hasta entonces le había servido sólo para apretar el embrague. Eufórico, seguro de sí, estiró el brazo derecho, señalando la extensa pampa abierta a las

espaldas del marcador de punta. «Carucha» Pontón, el win izquierdo, le entendió la seña y salió disparado. López, sin mirarlo, le puso una pelota inaudita con la cara externa del pie derecho, para que la bola pasase por fuera del marcador e hiciese la comba volviendo hacia la cancha, justo a tiempo para que Carucha la cazara, al vuelo, y picara hasta el fondo bien habilitado.

Por primera vez en su vida, López encorvó el cuerpo y se lanzó en velocidad hacia el área. Uno de los centrales le hizo el honor de pretender sacarlo con el cuerpo. Pero López no era uno de esos contrahechos que suelen jugar de nueve para no transpirar ni despeinarse. Se lo sacó de encima con un par de forcejeos del brazo izquierdo. Mientras seguía lanzado en su carrera entendió que había elegido bien a quién lanzar el pelotazo: Carucha, Dios lo bendiga, estaba llegando al banderín y sacudiendo la cabeza buscándolo a él, a López, al seis, al último hombre de toda la vida, para que la mandara guardar de una buena vez por todas. No buscaba a esos amargos pseudo infalibles de corazón tibio que se consideran elegidos para el terso destino de la delantera. No, nada de eso. Lo buscaba a él, a López, al burro de carga, al percherón del lechero, para que tentara el destino de convertir un gol de hazaña.

Deslumbrado, como un recién nacido, López cruzó como una exhalación la medialuna del área. Dio dos pasos y se elevó en el aire. Sintió las gotas de lluvia en el rostro. Sintió la luz de los flashes. Sintió la bocina de un tren que pasaba por detrás de la popular visitante. Y sintió la caricia abrupta del balón impactándole en la frente, abandonándolo rumbo al arco, dejándole una mancha de barro sobre la ceja, cerrándole para siempre la puerta al miedo y al olvido. Termino mi relato aquí, temiendo que algún lector futbolero se sienta defraudado al desconocer el destino final del cabezazo. No voy a rematar la historia apuntando si el balón se colgó de un ángulo, o si salió ocho metros por encima del travesaño. Si me explayo en esa materia estaré distrayendo la atención hacia un detalle intrascendente. Lo inolvidable, lo sagrado para mí, que estuve presente en la noche final en que López decidió cortar la soga, es su imagen al volver desde el área contraria. Sereno. Feliz. Altivo. La camiseta fuera del pantalón. Las medias bajas. El barro en las pantorrillas. Y una mirada absorta, emocionada, enternecida en la intuición de su libertad recién alumbrada. Una mirada sin destino fijo, apoyada en todo caso en un punto cualquiera del horizonte; de esas que los hombres sólo usan para mirarse a sí mismos.

Ángel cabeceador

Estimado Sr. Zalazar:

Acá le contesto la carta que me mandó con fecha 12 de diciembre del año pasado. Ya sé que pasaron cinco meses. Tal vez usted pensó que tampoco en mi caso tendría suerte. Pero no, mi amigo. Yo sí estuve presente en aquella ocasión. Lo que ha sucedido es que estuve pensando mucho si escribirle o no escribirle. Y recién ahora me decidí por la afirmativa.

Tuve que sopesar varias cosas. Primero, los años transcurridos. Son casi sesenta. Cincuenta y nueve para ser exactos. Y de entrada tuve miedo de haberme olvidado casi todo. Pero cuando fueron pasando los días, y me sentaba en la galería a matear releyendo su misiva, me percaté de que me acordaba hasta de los detalles más insignificantes. Pero el asunto de la memoria no era lo principal, Dios me libre. Está el pueblo. Mi pueblo. Este pueblo moribundo que boquea como un pescado entre las piedras de la orilla, mientras lo levantan colgando del anzuelo. ¿Sabe qué pasa? La privatización del ferrocarril nos ha dado el tiro de gracia, ya que cortaron el ramal cien kilómetros abajo nuestro.

Quiero decir: ¿para qué manchar nuestra memoria? Porque cuando usted se empiece a enterar verá que mi pueblo y su gente no quedan del todo bien parados. Eso me detuvo todo el mes de enero. Hasta que en febrero pensé: ¿y total? Si somos tan pocos que ni memoria tenemos, porque los viejos se mueren y los jóvenes se van. Así que difícilmente se pueda enlodar un pasado que igual está hecho polvo.

Manchar la memoria de los propios protagonistas, con sus nombres y apellidos me pareció un asunto más delicado. Pero pensándolo bien decidí que, si era cuidadoso en la relación de los hechos, los más inocentes saldrían más o menos bien librados, y los otros... los otros ya tienen suficientes manchas bien ganadas. Y además están todos muertos, salvo uno o dos. Todos muertos, le digo. Salvo alguno al que le perdí el rastro.

¿Pero sabe cuándo me decidí finalmente a escribirle? Cuando me pareció que su esfuerzo merecía cierta recompensa. El solo hecho de haber conseguido ubicar una nómina de jugadores, escribirles a uno por uno, mandar un franqueo pago para cualquier eventual respuesta, y atreverse a enviar en cada sobre una copia de ese recorte descabellado lo hacía merecedor de mis respetos.

Por eso la idea, allá por marzo, empezó a interesarme. Tanto es así que me tomé el trabajo de buscar entre mis papeles el recorte del diario. Hablo del original, la nota que salió publicada en San Antonio, y que seguramente sirvió de base al articulito de segunda mano que usted encontró, según me cuenta, hojeando el *Crítica* del 8 de noviembre de 1939 y que me envió en su carta.

Aquí mismo lo tengo, sobre el escritorio, mientras le escribo. El título, si no me

equivoco, es el mismo. «Ángel cabeceador.» Lindo título. Comprendo que haya despertado su curiosidad. Aquí se lo transcribo. Disculpe que no le mande una fotocopia. Pero la única máquina que había en el pueblo estaba en el almacén, y se la embargaron el mes pasado. Así que confórmese con la transcripción:

«Un extraño episodio habría ocurrido, según los habitantes del pueblo de Primer Sargento, durante la disputa del partido final que, por el título del torneo de fútbol regional, la escuadra de aquél sostuvo anteanoche contra su similar de Ingeniero Cabal. En un match de ambiente caldeado, disputado bajo una lluvia torrencial e ininterrumpida, el equipo visitante, que terminó el partido con apenas seis jugadores en el campo de juego, consiguió igualar el tanteador en tres mediante un *goal* anotado a los cuarenta y tres minutos del segundo tiempo. El hecho singular es que, según los lugareños, el tanto fue anotado, de cabeza, por «una figura refulgente, dotada de alas a la espalda», que convinieron en definir como «un ángel». La inusitada colaboración celestial, no obstante, no pudo ser fehacientemente documentada, ya que apenas convertido el tanto un desperfecto en el sistema generador de electricidad dejó el estadio sumido en la más profunda oscuridad, y obligó a la inmediata suspensión del encuentro. Como luctuoso corolario de tan estrafalaria velada deportiva, hubo que lamentar el fallecimiento del árbitro del match, Néstor Montero, víctima de un problema cardiovascular. El *team* de Ingeniero Cabal debió regresar en camión a sus pagos, distantes más de doscientos kilómetros, a raíz de un severo inconveniente con las líneas ferroviarias. Por supuesto, fueron recibidos con la algarabía y el fervor popular propio de estos casos».

El artículo de *Crítica* que usted me envió se basa, evidentemente, en esa nota. Se trata, por cierto, de un resumen bastante esquemático de aquélla. Pero no falta nada de lo esencial. Con respecto a la segunda pregunta de su cuestionario, acerca de otros datos publicados en los días subsiguientes, la respuesta es negativa. La noticia acaba ahí. Resulta claro que los editores consideraron suficiente esa cuota de buen humor, a costa de las extravagantes creencias de unas gentes ignorantes y crédulas como nosotros.

Así que lo único que puedo hacer de aquí en más es contarle lo que recuerdo. Que por otra parte no es tan poco. A casi sesenta años de aquella noche, me cuesta creer el tamaño ridículo de nuestras pasiones de entonces. ¿A usted no le pasa? Eso de atarse fanáticamente a una consigna, defenderla contra todo y contra todos, hacer de ese objetivo el único de nuestras vidas... Después, con el tiempo, las cosas recuperan dimensiones razonables. Y uno se pregunta cómo todo un pueblo pudo ser tan estúpido de encaramarse en semejante utopía. Cómo fue capaz de darle tanta importancia a esa meta que se había fijado. Creo que nos pasamos la vida pasando de un estado de ánimo al otro: de la idiotez apasionada al desengaño razonable. Supongo que volverse viejo es quedarse inmóvil para siempre en este segundo momento.

¿A qué venía toda esta perorata? Usted se estará preguntando con qué clase de viejo molesto se ha puesto en contacto, que dedica páginas y páginas a detalles intrascendentes y se va por las ramas. Allá usted. Escribir esta carta se me está volviendo un pasatiempo atractivo en las tardes, después de la siesta. Así que soporte usted la perorata, o saltéesela. A mí lo mismo me da.

Bueno, el hecho es que en el año 39 se estaba discutiendo, en la gobernación, la posibilidad de dividir ciertos departamentos demasiado extensos, entre ellos el nuestro. Uno de los pueblos que se mencionaban para ser cabecera de un nuevo municipio para la región era justamente Primer Sargento. Por supuesto, conservadores mediante, la cosa venía oscura, y los prohombres del pueblo, dispuestos a lograr la capitalización, no dudaban en tentar las más diversas formas del soborno para lograrlo. Imagino que los dirigentes de los otros pueblos candidatos andarían en los mismos procederes, porque pasaban los meses y el asunto no se definía.

Como siempre pasa en la vida, una cosa se enganchó con otra. Y en el Regional de ese año veníamos hechos un primor. En los diarios de la época de política casi no se podía hablar. Las primeras páginas estaban siempre dedicadas a la guerra que en Europa se les estaba viniendo encima. Y el fútbol se llevaba buena parte de las restantes. Así, los torneos provinciales adquirieron una trascendencia que en las décadas siguientes se perdería por completo. Por lo menos en nuestra provincia las cosas eran como aquí le relato.

En esa situación, nuestros próceres sumaron dos más dos y sonrieron. Lo que no habían logrado destrabar los sobres pasados por debajo de la mesa, posiblemente lo destrabara el fútbol. ¿Qué gobernador en sus cabales iba a impedir que el campeón del Regional fuera cabeza departamental? Ninguno, concluyeron.

Con ese fervor nacionalista a flor de piel, llegamos punteros a las finales. Hablo en primera persona porque yo jugaba de centrohalf en ese cuadro. Empecé como suplente pero una lesión seria que sufrió el menor de los Gottarotti me ubicó entre los titulares desde julio en adelante. Disputamos las semifinales contra Colonia Caldén y les pasamos por encima. Dos a cero allá, y cuatro a uno de locales. La euforia era doble, porque Colonia Caldén era una de las candidatas para lo del municipio: eliminarlos en semifinales nos dejó un gusto a buen presagio en la boca. Para la final nos tocó cruzarnos con el ganador de la otra zona: Ingeniero Cabal; apenas un nombre perdido en la otra punta del mapa; el último puntito con nombre propio en el ramal ferroviario. Con la locura de patriótico localismo que llevábamos encima, a nadie se le ocurrió que pudieran tener algún mérito. El destino los había puesto en la final para que perdieran con nosotros, ¿o podía ser de otro modo?

Podía, y vaya si podía. El primer partido lo fuimos a jugar allá. Nos subimos al tren. El pueblo entero. Hubo un feriado tácito de dos días para que no faltara nadie. Y

la noche de la primera final éramos locales a doscientos kilómetros de casa. Nos dieron un peludo inolvidable. Perdimos dos a cero sólo porque Dios quiso. Esos muchachos eran flechas. En lugar de llevarla tan al pie como nosotros, la pasaban permanentemente y nos volvían locos. Cuando ahora veo algún partido, me doy cuenta de que ellos, en lo táctico, estaban varias décadas adelantados. El asunto es que, sin gastar pólvora en chimangos ni tiempo en firuletes inútiles, nos dieron un baile impresionante. Nunca volví a verme tan perdido en un campo de juego como me vi aquella noche. La veíamos pasar, pegábamos de puro impotentes, hacíamos tiempo para que el suplicio durara lo menos posible. Conté siete pelotas en los palos. Fueron más, pero después de la séptima se me fueron las ganas de seguir contando.

A la vuelta, el tren era un velorio. Apenas algunos optimistas fanáticos se atrevieron a decir que la revancha podía ser distinta: con un triunfo, apenas un triunfito, se podía buscar un lugar recóndito de la provincia para jugar el bueno. Pero los más razonables, en vista del baile que acababan de propinarnos, entendían con razón que en condiciones normales, en Primer Sargento también nos iban a pintar la cara. Pero nuestros líderes pueblerinos no eran hombres de amilanarse ante el primer contratiempo. Improvisaron, en el último vagón, una sorpresiva reunión de notables del pueblo, cura y juez de paz incluidos, a la que ningún miembro del equipo, salvo nuestro entrenador, tuvo acceso.

El día de la revancha amaneció encapotado. De nuevo los optimistas buscaron motivos de alegría: en cancha barrosa, dijeron, la cosa tendía a igualarse. Por eso festejaron con júbilo el aguacero que se descolgó desde las cinco de la tarde. La noticia del descarrilamiento llegó un poco antes, a eso de las cuatro. No había víctimas que lamentar, pero el tren que venía cargado con la barra de Ingeniero Cabal se había cancelado. Los jugadores venían en un camión especialmente provisto por Primer Sargento. Después se supo que lo del tren había sido un sabotaje. Y para ponerse a cubierto de eventuales suspicacias, se emitió un comunicado atribuyendo la voladura de los rieles a un «comando anarquista» (argumento poco convincente, si tenemos en cuenta que el último anarquista que había andado por aquellos pagos había partido en el año 19).

El hecho es que ellos llegaron pasadas las siete, molidos de cansancio y empapados hasta la médula. Y solos. Total y definitivamente solos. Yo los vi bajar, entre los insultos de los nuestros. Y aunque seguía viéndolos con rabia y —según me habían enseñado— como un absurdo obstáculo entre nosotros y la gloria, los compadecí un poco.

A las ocho arribó un Chevrolet nuevito y lustrado. Era el auto de Galindo: estanciero, presidente del club, dueño de la estación de servicio y de los silos, y número puesto para ser nuestro primer intendente. Primero bajó el propio Galindo, mirando y saludando a los diez curiosos que todavía no habían enfilado para las

gradas. Después bajó el párroco, ayudado por el juez de paz. Y al final emergió un hombre petisito, casi calvo, con cara de empleado de correos o de algún ministerio. Era Néstor Montero, el árbitro del encuentro.

«¿Viste, José, lo viste?» Terranova me sacudía la camiseta (ya estábamos cambiados) y me mostraba la escena, loco de contento. «¿Qué decís, Mario?», le pregunté sinceramente confundido. «Dale, José, ¿sos o te hacés?», me gritó muerto de risa, mientras se iba al trote para ajustarse los botines.

Cuando empezó el partido hasta para un caído del catre como yo se tornó evidente cómo venía la mano. A los cuatro minutos, y bajo un aguacero torrencial, uno de nuestros wines logró llegar a la línea de fondo. Cuando sacó el centro el seis de ellos lo cerró justo, y los dos rodaron sobre el césped anegado un par de metros fuera de la cancha. Un córner grande como una casa. El petiso se dirigió con tranquilidad al área y cobró penal para nosotros. Yo me volví hacia Rodríguez porque no lo podía creer: por la mirada que me devolvió me percaté de que él tampoco. No sólo no había sido foul, sino que habían chocado fácilmente cinco metros afuera del borde del área. Ellos, por supuesto, protestaron como forajidos. Pero entraron dos policías del destacamento y los ánimos se serenaron. Milano puso el uno a cero con un remate alto. En la tribuna los nuestros, ciegos de júbilo, festejaban ajenos a la mojadura.

Sin desesperarse, los tipos se nos vinieron al humo. En lugar de tocar cortito al pie, como la vez pasada, jugaban pelotazos largos, para no empantanarse en la ciénaga que iba creciendo desde el círculo central. Nosotros, presos de nuestro estilo llevador, terminábamos en el piso enredados con un balón que se frenaba en cada charco. El empate fue a los veinte: tocaron la pelota ocho veces desde el mediocampo sin que pudiésemos meter baza, y nos la mandaron guardar. Después amainaron un poco. Era lógico: el empate los sacaba campeones y las piernas, en ese chiquero, pesaban como piedras.

A los cuarenta minutos conseguí tirar un centro sobre el área de ellos. El back la paró de pecho y la revoleó sin dejarla picar, como mandan los libros. El petiso, sin que se le moviera uno solo de los pocos pelos que tenía, fue y le cobró penal mientras se tocaba el brazo con una mano, como explicando la infracción. De nuevo el tumulto. De nuevo los policías. De nuevo los más serenos de ellos llevándose a la rastra a los más exaltados. El back, fuera de sí, buscaba a cualquiera que quisiera escuchar para explicarle que él la había parado bien, con el pecho, con los brazos estirados hacia los lados. Nosotros caminábamos la cancha sin mirarlo. Ni a él ni a los otros. Por lo menos la gente, en la tribuna, gritaba de nuevo como loca. Yo tenía frío. Al entrenador de ellos se lo llevaron esposado, mientras puteaba al entero árbol genealógico del referí en medio de ademanes asesinos.

Milano puso el 2 a 1 y Montero nos mandó al vestuario. Cuando nos

derrumbamos en las bancas, en lugar del tradicional barullo para darnos ánimo, nos sumergimos en un silencio de plomo. Cuando entró Carranza, el director técnico, nos pegó cuatro gritos para que levantáramos el ánimo y dio la charla como si nada. Dibujó en el pizarroncito ese que tenía, y nos regañó por un par de distracciones groseras. Lo de siempre. Lo de cualquier partido. Yo no lo miraba. Pasaba en cambio los ojos por los de cada uno de mis compañeros. Pero o no me vieron o se hicieron todos los desentendidos. Dos o tres veces estuve a punto de decir algo, pero al final lo pensé mejor y me callé la boca.

Al empezar el segundo tiempo el petiso, que había tenido tiempo de reflexionar en el entretiempo, trató de que el bombeo fuera menos evidente. Hasta cobró un par de foules a favor de ellos, claro que bien lejos del área. La cosa se complicó a los diez minutos, cuando ellos, que habían reiniciado su festín con los pelotazos largos a espaldas de nuestros centrales, consiguieron que esa masa deforme y pesadísima en la que se había convertido la pelota fuera de una vez por todas a poner el empate. La cancha era un lodazal. La mayoría de las camisetas estaban irreconocibles bajo el barro. Pero los tipos esos mantenían una claridad de juego envidiable. Bastó que consiguieran conectar cuatro pases seguidos para que nos empataran sin más trámite.

Montero, ya perdiendo la paciencia, hasta miró un par de veces al palco oficial como diciendo: «¿Qué más quieren que haga?». Pero se ve que era hombre de cumplir los pactos. Porque no habían pasado cinco minutos y nos da otro penal ridículo. Tumulto, el back del primer tiempo lo agarra del cuello al pelado, los policías se llevan al back a la rastra. Patea Milano, el arquero lo ataja. El otro lo hace patear de vuelta, arguyendo invasión de área. Nuevo amontonamiento, esta vez con el arquero a la cabeza. Cuando el *cross* de derecha del guardameta se dirige a la mandíbula del hombre de negro, un compañero más sereno lo detiene a tiempo. Igual es tarde. Los policías custodian al arquero hasta el vestuario. Milano, abrumado entre el aliento de los optimistas y la cáustica deploración de los escépticos, logra finalmente convertir el tercero. Ya van como veinte minutos del segundo tiempo. Pero el petiso mira una y otra vez al palco. Su preocupación es evidente. ¿Cómo evitar un tercer empate? La primera excusa se la brinda uno de los wines visitantes. Harto de que lo revienten a patadas toda la noche, apenas se levanta del decimoséptimo revolcón le pega un empujón, fastidiado, al defensor que acaba de partirlo. El árbitro, indignado ante semejante despliegue de violencia, expulsa al delantero sin más trámite. Los policías, que a esa altura tienen bien incorporada la rutina, ingresan al césped antes de que los convoquen. De paso, aprovechan el viaje para llevarse también al centrohalf, un perfecto caballero que, harto de contener a sus compañeros para evitar males mayores, se aproxima y le grita a Montero un «coimero hijo de puta» a cinco centímetros del rostro.

El partido ya era ridículo. Once contra siete, en un fangal como ése, era una

fantochada. Ellos trataban de tocar, pero cada vez que recibía uno el balón tenía dos tipos encima que, para colmo, le caminaban por la cabeza y se llevaban la bola tan campantes. Montero, bien gracias. Ya no miraba al palco, sino al reloj de su muñeca izquierda. Pero esos tipos estaban dispuestos a amargarle la noche. A los treinta y cinco minutos el centroforward logró llevarse (no sé como, en semejante pileta) el balón a la rastra entre los dos centrales. Nuestro arquero le salió un poco y el tipo lo eludió con maestría. Baigorria (que así se llamaba el guardameta) le abrazó las piernas sin sonrojo alguno. El otro consiguió zafarse, pero en el trámite le dio tiempo a uno de los backs para que llegara de atrás y se lo llevara puesto con pelota y todo. No era uno, sino dos penales grandes como los anillos de Saturno. El petiso, sin inmutarse, cobró foul en ataque. Al delantero no necesitó expulsarlo. Los noventa y cinco kilos del back lo habían dejado en tal estado que a duras penas pudo arrastrarse hasta el vestuario. Como no tenían suplentes, siguieron jugando con seis.

Yo lo miraba una y otra vez a Gutiérrez, que era mi mejor amigo en aquel plantel del 39. Pero Gutiérrez se miraba los zapatos ensopados. Después miré a la tribuna. Era una fiesta. Y en el palco Galindo y los demás estaban de pie, saludando hacia los cuatro costados. Y yo tenía esa cosa en las tripas, una mezcla de frío y de asco y de ganas de vomitar el mate de la tarde.

En eso andaba cuando vino ese centro sobre al área nuestra. Recuerdo estar pensando en mis tripas y al instante siguiente salir disparado en persecución de uno de ellos que entraba al área y se perfilaba para el frentazo. Iban cuarenta y tres del segundo. De eso estoy seguro, porque nuestro coach estaba gritando como un desquiciado, con un pie dentro de la cancha: «Faltan dos, aguanten que faltan dos», como si lo nuestro fuese, en verdad, la titánica resistencia de un pelotón de valientes.

En la certeza de nuestra total inmunidad, estábamos marcando como el mismísimo demonio. De otra manera no se explica que el win sobreviviente de Ingeniero Cabal, al que aritméticamente le correspondían dos marcadores fijos (ya que en jugadores de campo estábamos 10 a 5), haya podido parar la pelota sobre el lateral derecho, a veinte metros de la línea de fondo. Cierto es que uno de nuestros backs salió a marcarlo. Pero como iba cebado en la convicción de que, aunque lo partiese al medio, no iba a recibir siquiera una advertencia de Montero, en lugar de buscar la pelota le apuntó directamente a la sien derecha. El visitante quebró la cintura y lo hizo pasar de largo: el zapato asesino apenas alcanzó a peinarle un poco el pelo cerca de la oreja. El delantero levantó la cabeza y buscó a alguien en el área. El único que había era este detrás del cual yo había iniciado mi carrera. Era el once. Todavía tengo grabado el once de color rojo cosido en la casaca de rayas verdes y blancas. No fui el único que salió a marcarlo. Delante de mí estaba Gutiérrez, mejor ubicado. Gutiérrez era un muchacho alto y ágil. En circunstancias normales hubiese debido ganar cómodamente el salto. Pero se ve que le pasaba lo mismo que al resto:

¿para qué saltar y arriesgarse a perder de arriba? Con Montero en la cancha, mejor abrazar al delantero por la cintura, sin pudor alguno, para evitar posibles cabezazos intempestivos. Total, Montero no iba a cobrar nada, y Gutiérrez lo sabía. Todos lo sabían. Lo sabía Galindo que lo había sobornado en el viaje hacia la cancha. Lo sabían ellos, que habían sufrido un bombeo como yo nunca volví a ver en un campo de juego. Lo sabía nuestro entrenador, aunque se empeñara en hacer como que no pasaba nada, gritando indicaciones inútiles desde el borde de cal. Y lo más doloroso de todo, para mí, era que yo también lo sabía. Por supuesto que, como todos, fingía jugar ¿Acaso todos los demás no estaban fingiendo? Galindo saludando desde el palco, Montero con su andar seguro y su cara de severa incorruptibilidad, el pueblo entero en las gradas, vociferando una alegría sucia y robada.

Fue como parte de la parodia que corrí detrás del once de ellos. Si sobrás en el área propia, faltando tres minutos, saltás con el rival que tenés más cerca. Lo hacés aunque un compañero tuyo se le cuelgue de la cintura. Aunque el pobre tipo haga un esfuerzo supremo por despegarse del suelo con Gutiérrez abrazado a sus lienzos. Lo hacés aunque Montero ya esté repasando mentalmente qué estupidez tendrá que cobrar para anular el gol si la pelota tiene la mala idea de terminar dentro del arco.

Preste atención, amigo mío, porque fue entonces cuando nació la leyenda. Porque el pobre tipo, con la agarrada y el empujón de Gutiérrez, iba a pasarse irremediablemente. Por más que se arqueara hacia atrás. Por más que intentase quedar suspendido en el aire la gravedad iba a vencerlo y la pelota iba a caerme a mí, justito detrás suyo. Todas las leyes de la naturaleza indicaban eso. Llovía a mares. Y la gente saltaba como loca. Yo pensé en mi abuelo. No sé por qué (o sí, pero no tengo ganas de contarle). Y pensé en Galindo saludando bajo su sobretodo azul, con ambas manos en alto.

Todo pasó tan rápido que apenas se vio. Y se sumaron varias cosas que crearon una situación verdaderamente caótica. Por empezar, la lluvia era una cortina. Tanto que a diez metros se veía borroso, sobre todo bajo la luz de esos enormes reflectores. El árbitro, que ya quería terminarlo, estaba casi en el círculo central, esperando cualquier excusa para concluir el asunto. Cuando la pelota, inexplicablemente, salió lanzada hacia el arco, el utilero del equipo, Monzón, pegaba el primer mazazo en el tablero de control de la instalación eléctrica. Se estaba tomando el laburo a conciencia, porque la orden venía de arriba. Otra genialidad de Galindo, para asegurarse, por si le fallaba el coimero. A nadie iba a ocurrírsele jugar otro día esos dos o tres minutos restantes. Cuando pegó el segundo mazazo la pelota acababa de entrar, porque me acuerdo de ver, con nitidez, cómo se sacudió la red en el ángulo, y cómo se desprendieron mil gotitas de los piolines empapados. Ahí las luces sí se apagaron en medio de chisporroteos infernales. Los ojos de todos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. De vez en cuando, nomás, algún relámpago nos

iluminaba apenas un instante. Parecíamos todos fantasmas quietos. Y de nuevo se escuchaba solamente la lluvia.

Al ratito llegaron con algunos faroles. Cuando vimos al árbitro tirado en el piso lo cargamos entre varios y lo llevamos al vestuario. Entró el doctor Cerantes, bajo su piloto impecable. Lo desvistió con cuatro ademanes rápidos de sus manos finas y de dedos largos. Lo auscultó, le puso dos dedos en la carótida. «Paro cardíaco», dijo. «El esfuerzo, tal vez», agregó, y no habló más. Se dio media vuelta y se dirigió hacia el palco para informar la noticia. En ese momento me pasaron los visitantes por al lado. Supe después que los subieron al camión que disparó enseguida para el pueblo de ellos, y que llegaron sanos y salvos. El custodia que quedó con el cuerpo dijo un «pobre tipo» cuando lo vio tan blanco tendido sobre la camilla. «Morirse así, en semejante momento.» Yo lo miré a Cortés, que lo tuvo que haber visto. Porque cuando el policía iluminó el cuerpo con la linterna, por encima de mi aprehensión natural a mirar a un cadáver, le vi clarito clarito la marca roja un poquito encima de la tetilla izquierda. Con un palo no había sido, porque era una herida fea fea, como esas que deja un fierrazo pegado con toda la furia. Cortés me devolvió la mirada. Pero no dijo nada.

¿Entiende más o menos cómo fue la cosa? Claro que falta explicar lo del ángel. Todo lo del ángel surgió después. Y ni siquiera sé bien de dónde salió. Yo lo leí recién en ese artículo que le trascribí al principio. De entrada entendí poco y nada, le soy sincero. Pero después entré a atar cabos. Y la imagen cierra. A esa altura de la noche, como ya le dije, no se veía nada. Las camisetas de ellos tenían rayas blancas y verdes, pero las nuestras eran completamente blancas, y los pantalones también. Y está el asunto del salto. Debe haber parecido un salto de otro mundo, pero sólo porque cuando los demás se quedan clavados al piso da la impresión de que el que salta, en realidad está volando. Piense que de inmediato todas las miradas siguieron el recorrido de la pelota rumbo al arco. Y que de súbito una oscuridad abismal envolvió a la concurrencia. ¿Qué imagen quedó impresa en las retinas? La del chisporroteo fulgurante de las torres de luz, mezclada con el salto de esa camiseta inmaculada y blanca. La muerte del árbitro bombero era una confirmación de la intervención divina en el asunto: justicia celestial sumariamente administrada. Y por encima de todo: ¿de qué otra manera explicar la derrota, de locales, con una superioridad numérica de once contra seis, con un árbitro coimero que te tira una mano bárbara? Armar y sostener la versión del ángel fue la única cura que tuvo mi pueblo para la herida de su orgullo.

Por lo demás, el asunto de la cabecera distrital para Primer Sargento se hizo humo. El asunto se siguió dilatando, hasta que en el 43 el golpe de Estado que derribó a Castillo terminó para siempre con la idea. De lo del árbitro jamás de los jamases se dijo nada. Tal vez sea mejor que usted tome con pinzas lo que le dije con respecto al

cadáver. Yo no soy médico. Y la marca la vi a la luz de un farol en un vestuario atestado de gente. Pero por otro lado piense lo siguiente: en medio de la oscuridad y el tumulto húmedo del partido suspendido: ¿qué le hubiese costado a cualquiera de los visitantes encarar al petiso y destrozarle el pecho? Tal vez la sugestión distorsiona mi recuerdo, pero cuando pasaron como una exhalación rumbo al camión que los llevó de vuelta, hasta me parece recordar un extraño brillo en la mirada de ese back gigantesco expulsado cuando el tercer penal...

Volviendo a lo del ángel, el asunto a mí me vino bárbaro. Porque nunca tuve que explicar nada. Nadie vino a recriminarme con un: «A ver, ¿cómo fue que se te escapó ese ángel que te cabeceó en tus narices?». Al principio, es cierto, me preguntaban como a un testigo privilegiado: «Y decíme, José, vos que lo viste de tan cerca, ¿qué aspecto tenía?». Yo nunca quise entrar en detalles. Me limité a comentar que el resplandor me había enceguecido por completo. O que por delante de mí había pasado una exhalación helada seguida por una estela ardiente como la cola de un cometa. Ni siquiera con mi mujer, que en paz descanse, hablé nunca seriamente del asunto.

Ya sé que ahora se lo digo a usted, pero no sé, ahora es distinto. Aparte usted prometió no divulgarlo, y a esta altura de mi vida no pierdo nada con creerle. Y en el peor de los casos, si en mi pueblo tienen que elegir entre creerme a mí, que vivo aquí desde que nací, y creerle a usted, que es un periodista de Buenos Aires y acá no lo junan ni de mentas, van a elegirme a mí, no tenga dudas.

Igual es gracioso, ¿no? Cómo se dan las cosas. El salto cristalino. Mi camiseta blanca, sin una mancha de barro. El giro imperceptible de la cadera. El frentazo limpio, con los ojos bien abiertos, eligiendo el lugar para meter la pelota. Uno de los mejores cabezazos de mi vida, y fíjese usted en qué circunstancias. Pero qué importa. Porque encima de todo, mientras la bola se alejaba de mí alta, recta, inalcanzable rumbo al ángulo izquierdo, me fue ganando esa sensación dulce que me subía desde las tripas, esa tibieza mansa, esa certidumbre de estar poniendo finalmente las cosas en orden. La pucha.

La hipotética resurrección de Baltasar Quiñones

Cuando la discusión empezó a acalorarse, y algunos gritos destemplados rompieron como un ladrillazo los cristales blancos de la siesta, dejé de escribir y levanté la vista. A esa hora, y con ese calor, en el bar no había más de una decena de parroquianos. En torno al billar, cuatro muchachos vociferaban en medio de grandes ademanes y de gestos teatrales. Me tranquilicé al reconocerlos: eran buena gente, que vivían con sus padres a pocas calles de mi casa.

—Deja de decir estupideces, Miguel, te lo pido por lo que más quieras. —El que hablaba tenía los brazos levantados al cielo, como pidiendo a Dios que se apiadara de ese tonto que tenía frente a sí.

—¡Que no es ninguna estupidez, te digo! —El otro hablaba adelantando las manos sobre el billar, como si de ellas se derramara la verdad a chorros.

—Ves cualquier imbecilidad en la tele y la crees a pies juntillas, Miguel. No seas inocente, ¿quieres?

—¡Qué la tele ni qué ocho cuartos, Antonio! Que lo que digo no tiene nada que ver. ¿Acaso no tengo toda una caja llena de cosas y cosas sobre Baltasar Quiñones? ¿Acaso no me has visto desde niño rastrear cada recorte, cada retrato, cada rastro por insignificante que fuera?

—Y por eso te digo lo que te digo, hombre. Estás tan embotado con esas teorías sobre Baltasar que apenas cualquier idiota aparece diciendo porquerías en la tele tú sientes que por fin alguien te entiende, muchacho.

Yo había amagado con retomar la escritura. Cuando salgo de mi trabajo en el Registro paso por allí y escribo los que llamo mis «apuntes inútiles», hasta que el plomo del sol se apacigua y me permite volver a casa y sentarme en la galería fresca a tomar café y platicar con Magdalena. Pero cuando escuché el nombre de Baltasar Quiñones comencé a prestar atención.

Aquel al que habían llamado Miguel resoplaba con los brazos apoyados en el borde del tapete, buscando aliento para serenarse. Era un muchacho joven, de no más de veinte años, moreno y pequeño. El otro, el tal Antonio, era algo más alto, de cabello castaño claro y nariz ganchuda. Era una nariz inusual para nuestros pagos serranos, en los que casi todos tenemos narices chatas y anchas que nos vienen de nuestros antepasados indios. Enseguida Miguel retomó la discusión.

—Aquí mismo tengo mis recortes, y voy a demostrarte lo que te digo, para que de una vez por todas veas que tengo razón y dejes de hacerte el sabelotodo.

—¡No, por favor, los recortes no! ¡Piedad! —protestaron Antonio y los otros dos a coro. Se burlaban poniéndose de rodillas alrededor de su amigo y levantando sus manos hacia él, como si el otro fuese a torturarlos o algo por el estilo.

—¡Cualquier cosa menos los recortes, Miguel, te lo suplicamos! —Era evidente

que en discusiones como ésa el muchacho solía echar mano a su archivo.

—Son una manada de idiotas, ¿lo saben? —Miguel carraspeó algunas veces para aclararse la garganta y dar cierta solemnidad a su tono de voz—. Voy a demostrarles cabalmente que lo que digo es cierto: Baltasar Quiñones está vivo, goza de buena salud, y desde algún punto de la patria se ríe a carcajadas de todos los imbéciles (como los aquí presentes) que se empeñan en creer que murió hace veinte años.

Si necesitaba algo para abandonar definitivamente mi cuaderno de notas eran esas palabras. Pedí otro café y me dispuse a escuchar al muchacho con vivísima curiosidad. Varias veces en esos años había escuchado en la radio o en la televisión a ciertos charlatanes desconocidos repitiendo la misma cantilena. Y me había hecho siempre el propósito de oír con atención aun a los más ineptos. Pero siempre recurrían a los mismos argumentos gastados y endebles, de modo que escucharlos me conducía antes al aburrimiento que al desasosiego. Pero nunca me había sucedido presenciar una exposición como la que se avecinaba. Y el jovencito parecía serio. Se había tomado el trabajo de recopilar un buen número de datos y registros de todo tipo sobre Baltasar Quiñones. De modo que valía la pena.

II

El nuestro es un país muy pequeño, y aún más pobre. Amamos el fútbol hasta la adicción, hasta la enfermedad, hasta la saturación. Un país pequeño, pobre y casi desconocido, si no fuese precisamente por Baltasar Quiñones, el mejor jugador de fútbol de todos los tiempos. Por lo menos así se piensa aquí.

Baltasar nació en una aldea rural en 1950. Debutó en Primera División a los quince años. Su equipo, gracias a sus goles, se coronó campeón durante cinco temporadas consecutivas. En 1970 fue vendido a Europa en una cifra similar a la mitad del producto bruto interno de mi patria para el mismo año. Jugó allí diez temporadas en medio de un éxito resonante. Hasta consiguió que mi país clasificara para un campeonato del mundo. Un milagro, si se consideran lo exiguo de nuestros recursos y las limitaciones de nuestras habilidades. Sin embargo, no pudo jugarlo a raíz de una fractura que lo tuvo seis meses en cama. En sus años europeos Baltasar no perdió el tiempo. Entendiendo que la vida le había brindado una oportunidad única, se dedicó a educarse con el mismo tesón que ponía en los entrenamientos. Eligió un tutor francés que, si dejó de lado para economizar tiempo las ciencias matemáticas y naturales, lo educó pacientemente en las humanidades y las ciencias del espíritu. Y no fue un esfuerzo inútil. Antes de cumplir los veinticinco Baltasar había sido capaz de rendir libre sus estudios secundarios, y por su porte y su léxico bien podía pasar por

un joven de clase media acomodada, educado en alguno de los buenos colegios confesionales que tenemos en la Capital.

Se casó sin estridencias con una jovencita de su pueblo de la sierra. Tuvo tres hijos, una niña y dos varones, y volvió de Europa cuando cumplió los treinta y un años, advirtiendo tal vez antes que el resto la fatiga incipiente de sus músculos y sus huesos. Durante esa década pasada en tierras lejanas, la adoración del pueblo para con él había desbordado ya cualquier límite. El día de su regreso se decretó feriado nacional y se tapizó de flores la Plaza de la República, se sucedieron los discursos y las manifestaciones callejeras y el presidente de la Nación lo saludó con los honores que sólo se habían visto en la histórica visita de Su Santidad el Papa. Cuando lo del secuestro de su familia, el país entero estuvo durante nueve días con el alma pendiente de un hilo. La televisión transmitía comunicados gubernamentales en los cuales se daba cuenta de los avances del caso. Los diarios publicaban enormes fotografías de su mujer y sus hijos, y ofrecían fantásticas recompensas a quienes suministraran datos fehacientes para hallarlos sanos y salvos. El presidente de la Nación convocó para el rescate a una fuerza norteamericana especializada que llegó montada en seis helicópteros monumentales.

Sé que Quiñones pasó los nueve días sentado en una silla mirando una pared blanca y rezando rosarios. La culpa le comía las entrañas. No sólo era el hombre más célebre de mi patria. También era el más acaudalado. ¿Cómo había sido tan cándido de ignorar el peligro? ¿Cómo había sido tan estúpido como para volver al país, a nuestro pobre, a nuestro miserable país, sin tomar en cuenta el tamaño fabuloso de su riqueza? En nueve días no probó bocado. Apenas aceptó agua de vez en cuando y dormitó algún que otro rato sentado en esa silla frente a esa pared blanca.

La noticia de la liberación le llegó a las diez de la mañana del día noveno, y el alivio fue tal que se consideró nacido de nuevo.

La historia pública de Quiñones no culminó entonces. Como se avecinaban las eliminatorias para el mundial de 1982, se organizó un plebiscito para solicitarle, fervor popular mediante, que retornara al fútbol. Los opositores al proyecto no sumaron siquiera el uno por ciento. Baltasar había asegurado que no volvería a jugar en ningún club de la patria, pues temía ofender a los simpatizantes de los restantes. Pero siendo la selección y luego del plebiscito, se sintió en la obligación de aceptar. Su rol en esos partidos de eliminatorias fue decisivo. Nuestra selección ganó dos por penales cometidos contra él. Y otros dos con goles anotados por él mismo.

Y luego la catástrofe. La que el gobierno definió como «la peor desgracia jamás sufrida por la patria desde su independencia». El accidente aéreo sobre la Cordillera, al retornar del partido contra Costa Rica. Toda la selección y el cuerpo técnico. El duelo nacional por todos los muchachos, es cierto. Pero el dolor inocultable, el desgarramiento, el vacío imperecedero por Quiñones. A los treinta y dos años, un mes

y doce días de vida. Capricho inconsolable del destino. Después, la semana de duelo, el mausoleo, el entierro con pompas idénticas a las de nuestro último dictador vitalicio. El feriado nuevo el 10 de mayo, por el aniversario de su nacimiento. Las calles y los hospitales con su nombre. La condecoración póstuma a sus deudos. Su joven viuda y sus tres niños ocupando páginas y páginas de nuestros semanarios, desgarrando el alma del país entero con sus rostros de huérfanos célebres. El nuestro es un pueblo emotivo y creyente. Estaba todo dado: el héroe plagado de virtudes; su papel estelar en las batallas futbolísticas nacionales; su muerte trágica en la flor de la juventud y en el cumplimiento del deber. Bastó que un par de ancianas declararan haber sido sanadas de males incurables a partir de la mediación celestial de Baltasar para que el lugar del accidente aéreo se convirtiera en un altar de peregrinación, para que proliferasen las estampas, para que brotaran de la nada las velas con su nombre grabado en doradas letras góticas, para que los retratos ganaran las paredes de las casas y los cristales de los buses, de los camiones y de los automóviles. Varios escritores mediocres se llenaron los bolsillos publicando biografías suyas; y el gobierno emprendió la filmación de un largometraje épico sobre la vida y tragedia del prócer, que se estrenó con toda pompa en el aniversario de nuestra independencia.

Nuestra gente se resigna mal a la chatura de lo cotidiano. De modo que brotaron por doquier teorías varias que fuesen capaces, si no de eliminar la realidad, al menos de embellecerla. Se dijo entonces que el avión había sido víctima de un atentado dinamitero encargado por el gobierno, ya que nuestro actual presidente vitalicio temía que Baltasar fuese elevado a la presidencia perpetua por aclamación popular. Una variante de esa teoría aducía que los responsables del atentado eran, en realidad, miembros de la CÍA, porque nuestros rivales en las eliminatorias habían conseguido el apoyo norteamericano para clasificar para el campeonato mundial, y Baltasar era un obstáculo insalvable. Cuando llegó el informe oficial que declaraba que el accidente se había debido a un desperfecto técnico (cosa bastante creíble con nuestras aeronaves obsoletas), hubo quienes siguieron insistiendo con las teorías conspirativas, pero en general los ánimos se calmaron.

No faltaron tampoco quienes aventuraron la hipótesis que negaba la muerte del legendario Baltasar Quiñones. Se basaban en la circunstancia de que, a raíz de la magnitud del accidente, sólo unos pocos cuerpos pudieron ser reconocidos, y entre ellos no estuvo el de nuestro astro. En esa fuente abrevaron aquellos charlatanes de los cuales hablé más arriba. Salvo detalles superfluos, todas coincidían en que Baltasar había sobrevivido al accidente de algún extraño modo milagroso, ajeno a todas las leyes de la naturaleza. La animada charla de los muchachos tenía que ver, evidentemente, con la última aparición pública de uno de estos charlatanes de feria, que aseguraba haber encontrado a Baltasar Quiñones predicando el Evangelio en los arenales de la Ensenada. Había sido el miércoles por la noche. Era natural que un

viernes a la hora de la siesta la cuestión siguiese generando ciertos ecos tardíos. Como siempre, el asunto acabaría por silenciarse con las noticias frescas del lunes.

III

El muchacho pequeño, Miguel, puso la caja sobre el tapete del billar, pese a las protestas que desde barra y sin mayor convicción ensayó el encargado del local. Sacó de ella dos grandes biblioratos que a duras penas lograban contener un fárrago descomunal de recortes de periódicos y revistas. Con movimientos cuidadosos, casi tiernos, los depositó sobre la pana verde. Era emocionante ver una devoción como aquella. Porque si bien, como ya he dicho, todos en mi patria comparten ese fanatismo por Baltasar Quiñones, ese chico no tenía más de veinte años, con lo que para la época del accidente apenas acababa de nacer. Toda su admiración la había construido de mentas, con los cuentos de sus mayores, con los pocos documentales disponibles con los goles del astro, con esos papeles amarillos que había recolectado y ordenado con obsesiva dedicación. Tal vez parezca imposible que un solo hombre, y para colmo un sencillo futbolista, sea capaz de suscitar sentimientos de semejante hondura. Pero así es mi pueblo.

—Primero, estimados ignorantes, voy a explicarles por qué Baltasar Quiñones pese a estar tal vez con vida no ha aparecido a la luz pública en los últimos veinte años.

Hizo una pausa y miró a sus interlocutores uno por uno. Los otros habían dejado momentáneamente de burlarse y lo escuchaban atentos. Me sorprendió gratamente su elocuencia, la riqueza de los matices de su voz, su amplio vocabulario. Tal vez si a alguien le fuere dado alguna vez leer estas páginas, su forma de hablar no le parecerá gran cosa. Pero yo, que debí emplear inconmensurables esfuerzos para dotarme de una educación más o menos aceptable, valoro mucho la cualidad de un vocabulario florido, sobre todo en regiones tan pobres como en la que vivimos.

—Digo «tal vez», porque no tengo certeza alguna de que hoy por hoy Quiñones siga con vida. Sólo sé de seguro que Quiñones no murió en ese accidente. —Alzó los brazos para contener los primeros gestos de fastidio de su escaso auditorio—. Atiendan, por favor: no sólo no murió allí, sino que ese accidente le dio la oportunidad de iniciar la vida con la cual hacía años venía soñando.

De nuevo se detuvo para dejar que sus palabras calaran en las tres cabezas que seguían sus pasos de ida y vuelta por el costado de la mesa de billar. Yo, por mi parte, debí admitir que sus ideas no tenían nada que ver con las especulaciones que había escuchado hasta entonces.

—Tengan en mente esta noción esencial: Baltasar encontraba difícil vivir en nuestra patria. Nosotros éramos unos críos entonces, pero imagínate Antonio: ¿cómo salir con amigos?, ¿cómo asistir a conciertos, a restaurantes?, ¿cómo llevar a los niños al parque?, ¿cómo evitar un enjambre permanente de fanáticos a su alrededor?

—Supongo que viviendo retirado en una mansión grande como un estadio, Miguelito —contestó Antonio.

—Error, amiguito, error. Baltasar... —aquí Miguel abrió uno de los biblioratos en una página ya señalada y levantó un recorte con la diestra— no se sentía a gusto en lugares exclusivos, ni le agradaba codearse con personas ricas y elegantes.

—Eso lo dices tú, para que tu héroe parezca un Robín Hood, niño inocente.

—De nuevo te equivocas, Antonio. ¿Recuerdas que mi primo mayor, Roberto, viajó a Europa el pasado enero? Pues le encargué que se diera una vuelta por la casa que ocupó Baltasar mientras estuvo en Milán. ¿Y adivina qué encontró? Un departamento sencillo, en un barrio sencillo. Y para entonces no me negarás que ya era el hombre más rico del país, ¿no es cierto?

—Pues lo haría de tacaño, Miguelillo. —Los otros tres rieron.

—Muérete. —Miguel decidió ignorarlo—. El hombre vuelve a su tierra, pero la gloria se interpone entre él y el mundo que quiere para sí. Lo había dicho una y mil veces, «el fútbol no es mi vida, es sólo un hermoso trabajo que me ha permitido mejorarla». ¿Te das cuenta, niño, te das cuenta? Baltasar quiere vivir tranquilo. Y quiere hacerlo en su país. No quiere ser un exiliado de lujo en los barrios altos o en un país europeo, o en la misma Norteamérica.

Los otros habían vuelto a callar.

—¿Comprenden? El hombre vuelve rodeado de gloria. Pero no tiene un solo árbol donde guarecerse del sol del amor público. ¿Cuáles son sus ambiciones? Tomemos un recorte al azar. Aquí está: semanario *La Hora*, publicado en Santa Catalina, febrero de 1981, cuatro meses antes de su desaparición. Tú me dirás que soy fanático, José, pero una vez tuve oportunidad de hablar con el periodista que hizo esta nota. Ahora es un cincuentón con cara de murciélago triste. Pero cuando le pregunté por esta nota se le iluminaron los ojos. Me dijo que Quiñones era un señor como no quedan. Que el semanario para el cual escribía era una publicación de mala muerte de aquella región perdida, pero que Baltasar jamás despreciaba a quien lo convocaba para un reportaje. Agregó que lo invitó a su casa a la hora en que su mujer y sus hijos hacían la siesta: «No lo tome a mal, pero no quiero robarles a los niños y a María más horas que las que les arrebaté todos estos años». El periodista le había contestado que claro, que faltaba más. Y en las dos horas siguientes Quiñones lo atendió como si el mundo se hubiese acabado y fueran los últimos dos sobrevivientes sobre la Tierra. Evitó los lugares comunes, pensó cada una de sus respuestas, convidó al periodista con refrescos y galletas, y antes de despedirlo le presentó a su familia.

Cuando Miguel hizo una nueva pausa, pasé mis ojos por los de sus tres improvisados alumnos. No había burla en sus miradas.

—Atiendan por favor a este recuadro pequeño. —Les marcó un breve apartado al pie de una página, destacado con un grueso marcador anaranjado y titulado «El sueño del héroe». El periodista interrogaba al astro sobre qué deseaba hacer ahora, cuando su retiro era cuestión de un par de años a lo sumo. «Quiero vivir tranquilo», respondía la estrella. «Quiero un pueblo tranquilo donde mis hijos crezcan sanos. Donde yo consiga un trabajo modesto y silencioso. Creo que eso es todo.»— ¿Me van siguiendo? Un hombre que no soporta la fama, y que sólo desea un futuro pacífico y anónimo. El periodista le pregunta, por supuesto, cómo piensa lograrlo. Y Baltasar, es claro, responde que no tiene la menor idea. No obstante, confía en que la pasión de la gente se calme con los años. «En el país han existido otros jugadores destacados, y con el tiempo la fama los ha dejado un poco de lado, ¿no le parece?» A lo que el periodista se permite replicar que, sin desmerecer a las viejas glorias, ninguna es comparable con Baltasar Quiñones. —«En todo caso», había respondido Baltasar, «el asunto demorará algún año más, eso es todo». Miguel guardó el recorte en su sitio.

—¿Continúo? —Los otros seguían mirándolo atentos—. Baltasar quiere vivir en el país, y quiere llevar una vida sencilla y silenciosa. Confía en que tarde o temprano la gente lo deje en paz. Sabe que no será fácil. Pero algún día podrá lograrlo. Y ahí surge el problema del dinero. Baltasar Quiñones es el hombre más rico de la patria. No hablo de que tema que sus amistades y sus familiares lo esquilmen, nada de eso. Baltasar es, a su regreso, un hombre educado. No es presa fácil para los embusteros. El problema es otro. Y el secuestro de su mujer y sus hijos se lo demuestra. No importa si pagó o no pagó una fortuna para que se los devolvieran, o si nuestra policía es magnífica y los liberó sin gastar un centavo. Baltasar ha sufrido como un condenado durante esos nueve días de cautiverio. Se culpa por no haberlos protegido. Se culpa por no haber sido él el secuestrado. Se culpa por haber ganado dinero. Se odia como nunca nadie lo ha odiado ni lo odiará en el futuro. Eso es lo que piensa mientras mira esa pared blanca frente a la cual se ha sentado a esperar la liberación o la muerte.

Hizo otra pausa. Por un minuto sólo se escucharon sus pasos sobre el piso de madera. Adiviné que yo no era el único que contemplaba con atención la escena. Los cuatro o cinco parroquianos que se hallaban desperdigados por el local estaban absortos en el discurso del muchacho.

—Cuando su familia aparece, toma a su mujer y a sus tres niños y se manda mudar de la capital. Pero no es una solución. Su pueblito de la sierra siempre será demasiado pequeño para que quepa en él toda su fama. Vuelve a la ciudad sólo cuando la última convocatoria para el seleccionado, pero para el caso da igual. Vean las fotos de esa época. Por primera vez Baltasar Quiñones es un hombre triste. ¿Lo

ven aquí, en ésta, bajando del avión que lo trae del partido en Guatemala? ¿O en esta otra, en la entrega de premios a los deportistas de la década del 70? Baltasar Quiñones está preso. Preso de su gloria y de su dinero. Preso de la gratitud de cinco millones de compatriotas que siguen esperándolo todo de él. Preso de su decadencia física. Esa decadencia que los demás no conocen aún porque su genialidad le permite ocultarla y porque su entereza le obliga a exigirle a su cuerpo esfuerzos insoportables.

—Espera un minuto, Miguel. —Ahora la voz de Antonio no era burlona, sino reflexiva y profunda—. ¿Recuerdas esa película que veíamos todos los años en la escuela? Hablo de esa en la que Baltasar aparece entrenando con la Selección, poco antes del accidente. Pues bien, ¿recuerdas que Baltasar Quiñones, shoteando desde la medialuna del área, hace rebotar la pelota diez veces seguidas en los palos? ¿Recuerdas la forma en que la pelota le vuelve más o menos al mismo punto y que él, sin acomodar el balón ni siquiera un poco, vuelve a mandarla a los postes una vez y otra vez como si tal cosa? Entonces, ¿de qué decadencia física me estás hablando, niño? ¡Si Baltasar Quiñones, a los treinta y dos, era más jugador y más hombre que todos los potrillos que le han pegado a una pelota desde entonces hasta esta mañana!

Antonio se había puesto de pie. Mientras hablaba, se veía que no era demasiado distinto de Miguel. Tal vez su carácter no lo inclinaba a la alocada y utópica búsqueda de vestigios emprendida por su amigo, pero en sus ojos se advertía esa misma admiración ciega, absoluta, completa. Yo me los imaginé a ambos, vestidos de colegiales, sentados en el piso del salón de actos, saliéndose de la vaina por que terminara de una vez por todas la propaganda oficial de *Hechos nacionales* y empezara de una buena vez *Baltasar Quiñones, el orgullo de la Patria*. Y a juzgar por la cara de los otros dos muchachos, tenían guardadas las mismas imágenes en el mismo rincón de sus almas: Baltasar Quiñones danzando con una pelota, disparando a los arcos como si tuviera un cañón teledirigido en la pierna izquierda, eludiendo rivales como si fueran estatuas de sal.

—Como quieras —siguió Miguel—. Pero tú no estabas dentro de sus rodillas, de sus tobillos, de sus pulmones. Baltasar era un hombre demasiado inteligente como para creerse todo lo bueno que decían de él.

—De acuerdo, Miguel. —El que habló era Damián, uno de los dos que hasta entonces se habían mantenido en silencio—. Tenemos que Baltasar quería una vida distinta a la que tenía. Te lo concedo. Pero... ¿qué tiene que ver eso con el accidente?

—A eso voy, criatura, a eso voy. —Miguel lucía una expresión satisfecha. Los tenía a los otros discutiendo y sopesando sus argumentos. Pero ninguno impugnaba la verosimilitud de lo que había dicho hasta el momento.

—¿Podemos coincidir —prosiguió— en que, de haber tenido una oportunidad, Baltasar hubiese con gusto abandonado su gloria, su trascendencia, su fama, para refugiarse en una vida anónima? No hablo del cómo, ya llegaremos a eso. Digo si-se-

hubiese-dado-la-ocasión —dijo remarcando palabra por palabra— ... ¿Es posible?

—Está bien, muchacho, está bien. —Antonio se veía ahora ansioso de seguir adelante.

—Pues entonces, ¿parecer muerto no es una excusa inmejorable para lograrlo?

—¿Te olvidas de lo que fue ese accidente? ¿Del modo en que quedaron los cadáveres? ¿De la velocidad del impacto? Ahora sí te pareces al charlatán televisivo del otro día.

—No, criatura, no te precipites. No digo que Baltasar no murió en ese avión. —Miguel extrajo un recorte que tenía guardado en el bolsillo de la camisa, como si fuese demasiado especial para archivarlo en los biblioratos. Levantándolo, agregó—: Digo que Baltasar no subió a ese avión.

IV

El bar quedó envuelto en un silencio catedralicio. Sólo se escuchaba el goteo de una canilla mal cerrada. El muchacho exhibió la fotografía. Baltasar Quiñones, vestido de uniforme deportivo y llevando en su mano derecha un bolso gigantesco, saludaba sonriente a la cámara que lo estaba tomando, mientras caminaba por una umbría galería de árboles frondosos.

—Observen —recomenzó Miguel—: 22 de junio de 1981. Última fotografía de Baltasar mientras camina, al salir del hotel de Costa Rica, rumbo al vuelo que terminará por estrellarse en la Cordillera.

—La conocemos, niño, la conocemos. —Damián adoptaba un tono estudiadamente aburrido para fastidiar al otro. Me sorprendió el modo en que todos la recordaban. Yo no la tenía presente en absoluto.

—Observa bien, Damián, observa lo que tienes ante tus narices. —Miguel marcaba un punto algo borroso, en segundo plano—. ¿Qué es esto, muñequito?

—¡Un campanario, señorita, un campanario! —Los otros ahora jugaban a hacerse los escolares aplicados.

—Muy bien, clase, muy bien, sigan así. Pero en ese campanario, potrillos míos, hay un reloj. Un reloj que marca, si miran con atención y si saben leer la hora, las doce y cuarto. Retengan este dato. —Miguel volvió hacia sí el recorte, para leer el epígrafe—. «Ultima fotografía del astro. Baltasar Quiñones sale apresuradamente del hotel donde se encontraba concentrada la Selección Nacional para alcanzar el vuelo de sus compañeros en el aeroclub de Canigasta.» —De inmediato, prosiguió—: ¿Por qué el diario habla de «alcanzar»? Porque Baltasar se había quedado en el hotel grabando una entrevista televisiva para la B.B.C. y debió alquilar un auto para

alcanzar al resto. Ese auto que quedó finalmente abandonado en el aeropuerto. ¿Me siguen hasta aquí? Pues bueno: lo cierto es que el aeroclub desde donde despegó el catafalco aquél queda en Canigasta y el hotel en Cerrillo. ¿Saben a qué hora despegó el avión?

—A la fatídica hora de las 13.05 —Los otros tres remedaban los comunicados oficiales que llovieron sobre el país los días siguientes a la catástrofe, y que quedaron luego inmortalizados en los filmes biográficos.

—Muy bien, veo que han estudiado. Pero adivinen: ¿cuánto se tarda desde Cerrillo hasta Canigasta en automóvil? En esa época el único camino que había pasaba bordeando la ladera de los montes, no estaba pavimentado y era de una sola mano. Si no saben la respuesta, no se preocupen. Cuando viajé a Costa Rica el mes pasado, hice el viaje de ida y de vuelta para tomar el tiempo. Si corres como un loco y te arriesgas a matarte en cada curva, puedes hacerlo en una hora y veinte, una hora y quince como mínimo.

Los otros habían callado y se habían puesto serios.

—Eso nos da las 13.30, o las 13.35 cuanto menos.

Miguel los miró uno por uno. Los otros estaban pasmados. Los dejó rumiar esos datos unos minutos, mientras guardaba todos sus papeles en los carpetones y a éstos en la caja.

—¿Cómo nunca nos dijiste nada, hombre? —lo interrogó el cuarto de los muchachos (creo que los otros lo habían llamado Mario).

—Porque sólo lo confirmé en el viaje que te he dicho. Y como soy un buen amigo —se ufanó— vine a contárselo a ustedes antes de que me vean en la tele y me escuchen por la radio explicando cómo fueron las cosas. ¿Se dan cuenta? Imaginen los hechos. Baltasar se apresura por la ruta de montaña. No le gustan los privilegios. Está autorizado, si quiere, a tomar un avión particular por cuenta y orden del gobierno. Pero quiere viajar con el resto. Vuela por el camino de tierra y piedras. Al volver el último recodo del camino donde la ruta se abre al valle de Canigasta, el avión con sus compañeros le pasa por encima de la cabeza. Contrariado, malhumorado, vuelve sobre sus pasos y emprende el retomo a Cerrillo. Por la radio, antes de llegar, escucha las primeras noticias de la tragedia. Horrorizado, detiene el auto y baja para tomar aire y ordenar sus emociones. Llora, eso es seguro, por todos sus amigos que iban a bordo. Llora por todos, pero ¿imaginan ustedes sus lágrimas por Benito Paredes, por Juan Losada, por el Balín Zambrano? Un pensamiento lo asalta: su familia. Su mujer debe estar desolada, mientras el teléfono suena sin cesar. Los niños, pobrecitos, deben estar aún durmiendo la siesta. Debe llamar de inmediato y avisar que está con vida.

“Es en ese instante cuando la idea lo atraviesa como un relámpago. En medio del dolor por sus amigos muertos, una luz de milagro se abre en su horizonte. No sólo ha

sobrevivido. Dios le ha dado las herramientas que necesita para construir la vida que ha soñado. Desesperado, sigue manejando hasta poder dar con un teléfono. Recuerden que es un hombre inteligente, que por añadidura ha utilizado sus años de gloria para cultivarse con maestros adecuados. Mientras conduce ultima los detalles de su partida. Cuando por fin logra dar con un teléfono en una estación de gasolina semidesmantelada, llama a su mujer rogando que conteste. Le toma varios minutos convencerla de la verdad, tal es el estado de histeria en que se encuentra. Finalmente, cuando está seguro de que ella se ha serenado lo suficiente, le explica los rudimentos de lo que tiene en mente. Ella lo escucha primero extrañada, luego confundida, al cabo entusiasmada. Ella ha compartido con él ese sueño inasible. Entre las brumas no disipadas de sus lágrimas recientes y para no arruinarlo todo con equivocaciones estúpidas, anota en un papel las cuatro o cinco instrucciones fundamentales que Baltasar le dicta desde el país lejano. Sólo los más íntimos deben saberlo. Los padres de ella, la madre de él, sus dos hermanos. Los niños son suficientemente pequeños para poder esperar a verlo en persona.

“Cuando cuelga Baltasar no tiene tiempo que perder. El encargado del sitio lo mira con cierta atención. Pero el crack no se preocupa: el tipo está borracho y como mucho recordará con vaguedad a un hombre vestido de deportista asombrosamente parecido a ese futbolista extranjero tan conocido, Quiñones, que acaba de matarse en un accidente aéreo. Vuelve a dejar el auto en el aeródromo desierto. Llega apenas a tiempo para evitar el enjambre de reporteros gráficos que en los días siguientes fotografiarán hasta el cansancio ese carro abandonado. Consigue otro y conduce sin tregua todo el día y toda la noche. Cruza la frontera con Nicaragua al amanecer. En ese país la guerra entre Somoza y los sandinistas todavía no se ha aquietado. No es difícil conseguir documentos falsos por unos pocos dólares, y Baltasar los tiene en abundancia. Hundido en un hotelucho espantoso observa sus funerales célebres, mientras se afeita la cabeza y se deja crecer la barba y el bigote. Tres meses después vuela de regreso a la patria en la avioneta que conduce su propio hermano, Nicolás.

“Nicolás, además, ha comprado para él una casita en algún pueblo lejano, y allí se instala. Los primeros días sale poco. Teme que lo descubran de inmediato. Pero con el correr del tiempo se anima a salidas más prolongadas. Ha cambiado totalmente su aspecto. Tal vez está rapado, o usa una ridícula peluca de largo cabello rubio. Tal vez ha engordado doce kilos, o adelgazado nueve. No lo sé. En esto sólo especulo. Cuando está seguro de sí, consigue un trabajo como maestro. En el pueblo les llama la atención ese forastero tan extraño y tan solitario. Pero necesitan un maestro que pueda enseñar a leer y a contar, y que se conforme con la miseria que van a pagarle. Cuando al mes siguiente llega su familia, los ánimos terminan de tranquilizarse. El forastero no es un personaje solitario. Ahora que se ha establecido, ha traído a su familia consigo. Tiene una mujer bella y tres niñitos hermosos. Tal vez se trate de uno

de esos universitarios que han tenido dificultades con el gobierno de nuestro nuevo dictador vitalicio. Para el caso, lo mismo da. El hombre es honrado y cariñoso. Asiste a misa los domingos. No se emborracha. No golpea a su compañera. En pueblos pequeños como los nuestros, eso sólo lo convierte en candidato a la santidad, ¿o acaso miento?

“Eso es todo, amiguitos. De allí en adelante, Baltasar Quiñones se dedica a vivir la vida que ha soñado. No tiene preocupaciones económicas, pues su familia administra sus bienes. Tampoco comete la estupidez de emprender gastos ostentosos que delaten su verdadero status. Nunca le han interesado. Su mujer es feliz de tenerlo en casa los fines de semana y de ir al cine del pueblo los sábados por la noche sin que nadie cruce con su marido más que un respetuoso ‘adiós, maestro’.

“Y por añadidura, Baltasar es testigo vivo de su conversión en héroe nacional perpetuo. Tal vez transita todos los días una calle con su nombre. Descansa en casa en sus cumpleaños, que son feriados precisamente por eso, y observa por la tele los discursos alusivos que el gobierno ensaya al pie del mausoleo que guarda su memoria. Está a salvo de todo. El tiempo ya no podrá corromperlo. Lo último que ha hecho en la vida ha sido convertir un gol inolvidable al servicio de la patria, el 20 de junio de 1981, en Costa Rica. Nunca envejecerá. Nunca deberá retirarse. Nunca se desvalorizará su pase. Nunca deberá rechazar jugosas ofertas para convertirse en director técnico. Nunca deberá arriesgar su buen nombre y el cariño popular en aventuras políticas que traten de involucrarlo. Nunca bajará de ese pedestal de cristal desde el que reina sobre la Plaza de la República. Sagrado, heroico, incorruptible, hacedor de milagros. Intocable para toda la eternidad.

Hubo un momento, cuando terminó de hablar, en el que podía palparse la telaraña mágica en la que el joven acababa de atrapar a su auditorio. Pero de inmediato uno de los muchachos rompió el hechizo:

—Hay algo que no entiendo, Miguel. —Mario se rascaba la cabeza mientras hablaba—. ¿Tú crees posible que la mujer de Baltasar estuviera dispuesta a atender el teléfono inmediatamente después de enterarse de la muerte de su esposo?

—No sé, Mario, tal vez atendió otro familiar... —Miguel movía las manos mientras buscaba algún argumento más contundente— un hermano, un primo, da igual.

—No lo creas, Miguel, no lo creas. Hubiese bastado un grito de «¡Baltasar, Baltasar al teléfono!» para que la noticia se hubiese vuelto incontenible. ¿Y cómo guardar el secreto luego? —Mario terminó como para sí—. No Miguel, me parece difícil de aceptar.

—Bueno, hay detalles que tengo que revisar...

—Quietos, muchachos, quietos. —Ahora lo había interrumpido Antonio—. Yo también tengo mis dudas. Tú dices que Baltasar se refugia en un pueblo perdido,

¿cierto? Y que sus vecinos lo aceptan complacidos porque necesitan un maestro, aunque sea un joven capitalino que ha tenido dificultades políticas. ¿No es un poco ingenuo suponer que ni la policía ni el ejército van a molestar al forastero? Digo, alguien que llega desde la nada... —Antonio dejó en el aire sus últimas palabras. La expresión de Miguel iba pasando de la euforia al abatimiento.

—Y hay otra cosa, Miguel, si me disculpas. —Mario volvía al ataque pero su tono de voz era suave, íntimo, como un intento de no dañar más las ilusiones de su amigo—. Si he seguido tu explicación correctamente (y puedo asegurarte que lo he hecho), toda tu hipótesis descansa en el supuesto de que ese reloj te marca el exacto momento de la partida de Baltasar desde el hotel, ¿cierto?

—Cierto. —El tono de voz de Miguel llevaba la cautela de quien espera un ataque furibundo.

—¿Y quién te asegura que ese reloj estaba en hora, Miguel?

El muchacho abrió los brazos y farfulló algunas palabras, pero era evidente que no estaba listo para esas objeciones.

—Es verdad —terció Damián, que hacía rato que no habría la boca—. Aquí en el pueblo tenemos tres relojes públicos: el de la Iglesia, el de la Escuela, el del Municipio. Y ninguno funciona.

—Lo sentimos —Antonio buscaba las palabras para no herir a su compinche—, pero no queremos que te hagan pasar vergüenza en la televisión, ¿sabes?

La magia que Miguel había construido acababa de derrumbarse con un estrépito de silencio. El tiempo reinició su transcurso. El encargado del bar acomodó unas copas. Dos parroquianos se movieron e hicieron crujir sus sillas. Los cuatro amigos, sin embargo, permanecieron largos minutos con las cervezas entre las manos y las cabezas bajas. Por fin Antonio se incorporó de su asiento decidido a disipar esa atmósfera de velorio.

—¿Qué tal una partida, muchachos? —dijo señalando el billar.

—¡Seguro, Antonio! —Damián y Mario se incorporaron aplaudiendo.

—Los veo luego, muchachos. —Miguel, apesadumbrado, había recogido sus biblioratos.

Sus amigos lo tomaron de los brazos, le propinaron algún coscorrón afectuoso, lo provocaron para que aceptara un desafío al billar, pero no hubo caso. Miguel se encaminó a la puerta.

V

Salí unos minutos después. El sol estaba todavía alto, de manera que fui por el

camino del Club Social, cuyas veredas arboladas ofrecen cierta protección para cabezas calvas como la mía.

Grande fue mi sorpresa cuando vi a Miguel recostado sobre la verja. Por el modo en que me miró comprendí que me había identificado como uno de los testigos de su perorata. Al verlo de cerca vi sus ojos húmedos y sentí por él una compasión infinita. Una parte de mí me indicaba que siguiera de largo, que me limitara a saludarlo con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Pero la tristeza de su expresión me conmovía de tal modo que no podía sencillamente ignorarlo. Le pregunté si quería caminar para que se le sacudiera la tristeza. Asintió y nos adentramos en los terrenos del Club. Es usual que la gente del pueblo haga eso. Las canchas de fútbol están rodeadas por inmensos robles que brindan una sombra preciosa para caminar por esos senderos. Yo iba con las manos tomadas a la espalda, y él caminaba sin ganas con las suyas dentro de los bolsillos.

—No debes entristecerte —empecé—. Hiciste un esfuerzo notable, de todos modos. —El chico no respondía—. Además, no tenías por qué saber lo del reloj y esas otras cosas —aventuré como disculpándolo.

—Es cierto, pero no me sirve de nada.

—¿Cómo que no? ¿Y todo lo que sabes? Ahora sabes un poco más. —Tampoco eso sonó muy convincente. Seguía con la cabeza baja, y tenía los ojos húmedos de nuevo.

Yo dejé de mirarlo y bajé los ojos a mis propios zapatos.

—Qué pena, ¿no? Estabas listo para hacerte famoso en la tele, ¿cierto?

—Qué va, señor. La tele no me importa. ¿Quién se acordaría de mí la semana entrante? No es eso, sinceramente le digo.

—¿Y qué es entonces?

El muchacho gesticuló varias veces, como buscando las palabras.

—Usted se habrá dado cuenta de lo que yo admiro a Baltasar, ¿sí?

—Evidentemente.

—Y bueno, si mi historia hubiese sido cierta...

—Querría decir que Baltasar está con vida —completé.

—Exacto. —Miguel sonrió—. Imagínese que fuera cierto.

—Hay algo que no entiendo, entonces —el muchacho me miró—, si admiras tanto a Baltasar Quiñones...

—¿Qué?

—Y Baltasar se ocultó voluntariamente...

—¿Y qué con eso?

—¿Por qué te empeñas en descubrir su juego?

El muchacho calló.

—¿No piensas que él preferiría dejar las cosas como están, con su nueva vida

«silenciosa» como tú mismo la definiste?

—Es que no busco alterarlo, señor, en absoluto. Sólo quisiera saber si está vivo.

—¿Y tú crees que contando lo que creíste haber averiguado ibas a obligarlo a «salir de las sombras», por decirlo de algún modo?

—Supongo que sí... —Miguel dudó.

—¿Cómo habría de volver Baltasar a su existencia anónima, una vez que todos sus compatriotas supieran que está con vida?

Miguel no contestó.

—¿Y qué crees que pensarían esos mismos compatriotas, que durante veinte años lo han llorado y venerado como a un héroe? ¿No piensas que lo despedazarían con el mismo fervor con el cual han idolatrado su memoria?

Caminamos en silencio bajo los árboles unos cien metros. Luego debimos salir al sol para atravesar una de las dos canchas profesionales, que quedan de camino hacia mi casa. En el fuego de las cuatro, ni las moscas andaban por el sitio. Por fin Miguel abrió la boca:

—Creo que tiene razón —entrecerró los ojos y agregó—: pero me cuesta hacerme a la idea de saberlo muerto ahora que me había entusiasmado tanto con esto de que estaba vivo.

Seguimos caminando en silencio. Me volví a mirarlo y de nuevo me compadecí de su tristeza. Habíamos cruzado el círculo central y avanzábamos hacia una de las áreas. Advertí que allí, desperdigados en el césped, cinco o seis balones refulgían bajo el sol de la tarde. Delicias como ésa son las que yo amo de los pueblos pequeños. Esas pelotas estaban allí, de seguro, desde el mediodía; y seguirían en ese sitio sin que nadie las hurtase hasta las cinco, cuando el entrenador del colegio las recogiese para la clase vespertina. Al verlas Miguel se adelantó y, con un bonito puntapié, mandó una a estrellarse contra la red del arco. Por mi parte hice lo que siempre hago: esquivé el sitio y me encaminé hacia el lateral. Pero Miguel, tal vez con ganas de sacudirse el mal sabor que traía consigo, me alcanzó otro de los balones.

—¡Ahí va, señor, déle duro!

—Hace un poco de calor, ¿no crees?

El muchacho sonrió y se volvió hacia el arco para seguir caminando. Cuando tuve la pelota en los pies mi primer impulso fue hacerla a un lado y seguir la marcha, pero en ese instante me asaltó un súbito presagio. Es que había algo que se respiraba en el aire de ese día cargado de casualidades infinitas. De modo que cambié de parecer.

Yo estaba parado casi en el vértice del área. La adelanté con la diestra y le di un zurdazo curvo, cuidando de no resbalar con mis zapatos de suela. El balón se estrelló casi en el ángulo del palo derecho con el travesaño.

—¡Hombre, qué chutazo! —Miguel se entusiasmó con mi puntería—. ¡Pruebe

otro! —añadió haciéndose a un lado. Sonreí y pegué un trotecillo hacia la medialuna. Allí me encontré con la pelota que volvía. Le pegué ahora con la diestra, que es mi pierna menos hábil, con el pie de lado. Salió un tiro bajo que dio casi en la base del parante izquierdo—. ¡Amigo, qué jugador! —exclamó Miguel.

Cuando el balón volvió a mis pies de nuevo le di con la diestra aunque ahora con los dedos pequeños del pie. El balón tomó efecto y dio en el poste derecho, a media altura.

Miguel se volvió a mirarme, mudo de asombro.

—Dejemos claras algunas cosas, Miguel —empecé mientras disparaba por cuarta vez, de nuevo con el arco del pie izquierdo, y esperaba el rebote en el caño derecho. Levanté la vista para mirarlo, pero él miraba sólo mis piernas, la pelota y el arco, alternativamente, según se sucedía la secuencia de disparos y rebotes en los postes.

—Primero: ser maestro de escuela es un oficio hermoso, pero demasiada gente te conoce en pocos años. Es mejor trabajar en el Registro de Inmuebles. ¿Comprendes a qué me refiero?

El sexto disparo me salió algo alto. La pelota se estrelló justo en el ángulo pero fue un tiro algo débil. Luego volvió resbalando lentamente por el césped. «Ya no estás para estas exhibiciones, anciano», me burlé de mí mismo.

—Segundo: confío en que recuerdes siempre la conversación que tuvimos. En otras palabras, confío en ti.

El octavo tiro fue más ortodoxo: con la diestra, a media altura, y lo suficientemente fuerte como para emprenderla de inmediato con el siguiente disparo. Viéndolo tieso de asombro, de espanto, de incredulidad, viendo el modo en que su expresión iba llenándose de una luminosidad esperanzada, no pude sino echarme a reír a carcajadas.

—Tercero: las fuerzas de seguridad de la patria dejan bastante que desear en su seguimiento de los forasteros, ¿no crees?

La boca de Miguel se había abierto en una mueca de pasmo.

—Cuarto: llamar por teléfono era demasiado arriesgado. Mejor escribir una carta dirigida a ella, pero con un sobrenombre absolutamente íntimo y desconocido para los demás.

Para el décimo disparo me perfilé con la pierna izquierda. Le pegué con alma y vida y el balón fue a dar casi en mitad del travesaño. Cuando volvió la empujé suavemente contra la red blanquísima.

—Y quinto, Miguel: eres todo un detective —le sonreí—: El reloj aquél andaba de maravillas.

Decisiones

Mañana.

—Volvélos a contar, si querés. Pero te garantizo que te lo descuento.

El muchacho resopló. Se incorporó con tal violencia que estuvo a punto de derribar el banquito metálico en el que había estado sentado.

—Veinticuatro.

—El de la noche rindió veinticinco. ¿Estamos? Si no tenés la guita en la cajita, sonaste, pibe.

—No vendí ninguna media. Y ya le dije que no me curraron. Me habrá tumbado el de la noche.

—¡A llorar a la iglesia, pibe! Ah, y otra cosa: el martes pasé a las cuatro y el puesto estaba vacío. ¿Dónde carajo te habías metido?

El muchacho dudó.

—Habré ido al baño, yo qué sé. —El chico había vuelto a derrumbarse en el banquito. Hablaba con la cabeza hundida entre los hombros. Los brazos le caían en el hueco que dejaban sus piernas estiradas.

—¡La próxima vez hacéte encima, me cacho! ¡Te agarro en una más y te mando al mismísimo carajo! ¿Entendés, flaquito?

El hombre gordo acomodó unos relojes, hizo ademán de alejarse. Volvió sobre sus pasos. Enderezó un par de carteles de precios. Echó una mirada rabiosa y despectiva sobre el chico, que tampoco entonces levantó la vista del piso. Se subió a un Taunus destartalado y partió en medio de un ruido ensordecedor.

—¿Por qué no lo mandás a la mierda, Beto? —Había hablado otro chico, desde el puesto inmediato de la izquierda. El muchacho alzó por fin la mirada.

—¿Qué querés que haga? Me lo tengo que aguantar. El marido de mi vieja, Cariucho, ya me dijo: o laburás y traés un mango a la casa o te saco a patadas en el traste.

—Buen tipo, el marido de tu vieja.

—Y ¿qué querés? Si es amigo de este malparido...

—Che, ¿en serio te faltaron unas medias?

—No, si va a ser chiste. Pero seguro que me las «hizo» el Pololo. ¿No viste que esta mañana me daba charla, y charla, y no paraba de hablar por nada? Me vacunó cuando rindió la planilla, el muy cornudo.

—Mirá que te lo tengo dicho, Beto. «Ojo con Pololo, mira que es un tipo jodido. Donde le das un metro te acuesta.» ¿Te dije o no te dije?

—Cortála, Pablo. Ya sé. Pero esta noche alguna le voy a mandar guardar. ¿Así que la va de piola? Ya va a ver el infeliz. Ya va a ver.

—Che, Betito. Ayer fue miércoles y tuve franco, así que no me contaste: ¿cómo te fue el martes?

—¿Con qué?

—¿Cómo con qué, boludo? ¿No fuiste al club?

—Ah, con eso.

—¡Pero sí, mamerto!

—Yo que sé. Bien. Va, no. Más o menos.

—¿Sos o te hacés?

—No, tarado. Lo que pasa es que salí tarde de acá, ¿sabés? Y cuando llegué el entrenamiento estaba empezado.

—Mira que sos, eh. ¡Mira que sos! ¿Cómo se te ocurre llegar tarde a semejante cosa? Si serás boludo, Beto.

—¿Y qué querés? Esperé que pasara el Gordo. Viste que siempre pasa al mediodía. Pero no pasó. ¿No te fijaste que me escrachó más tarde? ¿Viste que recién me preguntó? Y andaban mal los trenes. Qué querés. Cuando llegué, igual me le acerqué al técnico, pero casi no me pasó pelota.

—¿Cómo que no te dio bola?

—Te digo que no. Miraba todo el tiempo el partido. De vez en cuando gritaba. Ni me miró, con eso te digo todo.

—¿Pero vos le explicaste?

—Sí, más bien. Le dije que había salido tarde del laburo.

—¿Y qué te dijo?

—Que ese también era un laburo.

—¡A la flauta! ¿Y vos?

—Y yo nada. Me quedé. No sabés la cara de ese tipo. Te mete miedo. Cada uno que pasaba «Don» de acá, «Don» de allá. ¿Te acordás de Bolita, ese que jugó para nosotros en el campeonato de Neumáticos Anzzione?

—¿El que jugaba de seis? Sí, me acuerdo. Es un caníbal, ése. Un asesino. ¿Te acordás la de piñas que puso cuando se armó contra los de la Texico?

—Bueno, ése. No sabés. Parecía un angelito. El Don este lo cagaba a pedos. «Vení para acá, dormido. Cortá por allá. ¿No ves que quedás enganchado, perejil?» Todo eso le decía. Y el Bolita nada. Hacía que sí con la cabeza y dale para acá, dale para allá, como un chupaculo.

—Se ve que le tienen miedo al tipo, ¿no?

—Se ve que sí. Cuando vi eso me quedé callado, ¿qué iba a decirle?

—¡Pero qué mala leche, Beto! ¿Así que no jugaste ni cinco minutos?

—No. Pero me mandó probar a los arqueros.

—¿Por?

—¿Y yo qué sé? Vos hacés cada pregunta, también. Me quedé ahí sentado

mirando el partido. Total ya estaba ahí, ¿viste? Y al rato este tipo me dice «ya que viniste al pedo andá a tirarle unos tiros a los arqueros».

—Y fuiste.

—Y claro, ¿cómo no voy a ir? Así que me calcé los botines y fui.

—¿Y?

—Y me pasé una hora dale que dale tirándole a los arqueros.

—¿Y cómo te fue?

—Y yo qué sé.

—¿Cómo, yo qué sé? Metiste algún gol, supongo.

—Sí, más bien. Al principio arranqué mal. Uno de esos guachitos me alcanzó una bola que estaba desinflada. Yo de entrada no dije nada, viste. Pero me salían unos tintos de porquería.

—¿Pero no pediste otra, chambón?

—¡Pero me cacho! ¿Por qué no fuiste vos, Pablo? Tardé en apiolarme. El arquerito me tiraba siempre la misma. Aparte yo estaba nervioso. ¿Qué querés que le haga?

—¿Y entonces?

—Me apiolé porque junto conmigo pateaba otro flaquito que le daba con un fierro. Y yo pensaba: «¿Cómo hace para pegarle así semejante flaquito?». Y ahí caí en lo del balón, sabés. Porque a mí no me pasaban nunca las bolas que pateaba el otro.

—¿Y qué hiciste?

—Le pregunté al arquerito si me atajaba un penal.

—¿Y?

—Y me dijo que sí, que bárbaro. Tomé bastante carrera. Lo medí. Y le pegué un puntinazo de novela directo a las pelotas.

—¡Qué grande, Betito! ¿Y después?

—Me acerqué haciéndome el preocupado, y cuando lo tuve a tiro le dije que si me volvía a joder le partía el bocho a patadas.

—¿Y qué hizo?

—Nada. Se la aguantó. Después me empezó a tirar balones bien inflados.

—¿Y ahí?

—Y ahí anduve mejor. No te digo bárbaro, pero mejor. Lo que pasa es que yo quería jugar, sabés. ¡Justo que consigo que me prueben y llego tarde!

—¿Y por qué no rajaste temprano de acá, me querés decir?

—Porque este gordo malparido de Cosme me va a rajar a la primera de cambio, Pablo. Ya te dije. ¿No ves las ganas que me tiene?

—¿Ah, sí? ¿Y si te tomaban? ¿Si te decían que volvieras? Entrenando todos los días no podrías trabajar en el puesto.

—No. Pero si no era seguro. ¿Qué iba a hacer? Aparte ya te dije que el marido de mi vieja me tiene repodrido. Y no quiero que se la agarre con ella, ¿sabés?

—Ta bien, Beto, pero me da bronca. Con las condiciones que tenés...

—Ahora sos técnico, vos. Déjate de joder, Pablo. Y cuidáme el puesto que voy a comprar factura para el mate.

—¡Grande, Betito! Andá tranquilo, que el Pololo me dejó encargado que te tumbe dos o tres pares de medias más.

Mediodía.

—¡Mirá que estás callado, Beto! Será posible.

—Cortála Pablo, no jodás.

—Dale, chabón. Poné algo de música, yo qué sé. Hablando de música. ¿Te enteraste que al Chiquito, el que tenía el puesto con casetes del otro lado de la estación le cayó la cana y le levantó toda la merca?

—¿No digas?

—Sí, parece que el trompa no arregló a tiempo y lo sacudieron con todo. Aparte no sabés: lo tuvieron demorado como veinticuatro horas en la comisaría.

—¿Ves? Para que no te quejés del gordo Cosme. De este lado con la cana no pasa nada.

—¡Ufa, Beto! Me tenés cansado con esa cara de culo. Poné música. Dale.

—Cortála, que estoy pensando. Con la música no puedo.

—Ah, caray. ¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡No se me pongan a hablar fuerte que el Betito está pensando y lo distraemos! Por qué no te vas un poquito a la...

—¡Sssshhh! en serio, Pablo, cortála.

—¿Y ahora sos profesor, o algo, que pensás tanto?

—No, boludo. Lo que pasa que me faltó contarte un cacho.

—¿Un cacho de qué?

—De lo del otro día.

—¿Cómo no me contaste? ¿Qué pasó?

—Que el fulano ése me dijo que volviera hoy.

—¿Cómo? ¿Que volvieras?

—Sí, ¿sos sordo?

—¿Y vos sos boludo? ¿Y por qué no me dijiste?

—Para que no escorcharas, ¿para qué va a ser? Pasó que cuando ya estaba podrido de patearle al turrito ese del arquero se acercó el tipo y me preguntó de qué jugaba. «Al medio», le dije. «De ocho», le dije. Me preguntó si por izquierda también jugaba. Le dije que poco y nada. Me dijo que le pegaba bien con la zurda, así que tenía que probar.

—¿Y?

—Y nada. Que si podía jugar de diez, y le pegaba así al balón, a lo mejor le servía.

—¿Y te dijo sin verte jugar?

—¿Pero sos o te hacés? ¿No te digo que al partido no entré?

—¡Por eso pescado, por eso! ¿Te dijo así nomás de verte probar al arquero?

—Sí, yo qué sé.

—Pero entonces estás salvado, Betito. ¡Si lo que mejor hacés es gambetear y jugar cortito! Si al Don éste le gustó cómo le pegás de lejos estás hecho, hermanito. ¡Muchachos, muchachos!

—¡Calláte, boludo! No hagás kilombo, que no me voy a ningún lado.

—¿Me estás cargando?

—¿Vos me escuchaste lo que te dije esta mañana?

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? Del marido de mi vieja y todo eso. ¿Y no lo oíste al gordo guanaco éste? Seguro que pasa después. Y si no me ve me raja. Ya lo dijo.

—¿Y qué te calienta?

—¿Cómo qué me calienta? Necesito la guita, Pablo, ¿no entendés?

—Pero si quedás ahí en el club te parás para todo el viaje, Betito. Ponéle que este año y el otro no ganés nada. Pero después seguro que mojás, Betito.

—Sí, ¿y mientras tanto?

—Y mientras tanto que te banquen un poco, yo que sé. El club, ¿tiene pensión?

—No sé, Pablo. Vos hacés cada pregunta.

—¿Y qué vas a esperar? ¿Que el Gordo te aumente el sueldo? Si con el asco que te tiene, alguna te va a encontrar, y te va a mandar al carajo. ¿O no te das cuenta?

—Y bueno, que me mande, ¿qué querés que haga?

—¡Que vayás, infeliz! ¡Que vayás! Oíme un poco: si yo supiera jugar como vos... ¿te pensás que me quedo vendiendo despertadores y remeras? Ni mamado, hermano. Me rajo y listo.

—Oíme, Pablo. ¿Sos o te hacés? ¿Qué te acabo de decir de mi vieja y el fulano éste?

—¡Pero yo te aguanto, pescado! Te venís a casa un par de meses, yo qué sé. Después te meto un voleo en el culo y te mandás mudar, Betito.

—No jodás que esto es en serio.

—Y ya sé, chabón, ya sé. Por eso. Me nombras representante. ¡Ahí tenés! En cinco años empiezo a juntar la guita en pala. ¿De qué te reís, boludo? En serio. Arranco con vos, así aprendo. Y después empiezo en serio. Me compro un Movicom y me hago garca.

—Ah, así que aprendés conmigo, pedazo de pelotudo. —Por primera vez el

muchacho sonrió.

—Sí, Beto. Si te arruinan en el club no me caliento. Igual aprendo. Y después me dedico a jugadores en serio. Para, che, no pegués. No, no, en serio. ¡Me estás tirando el puesto, boludo!

—Entonces, cortála. Cortála en serio, Pablo. No me llenés la cabeza al pedo.

—¡Y dale con eso, Beto! En serio. ¿Te conté alguna vez lo que me decía mi abuelo del tren? ¿Querés que te cuente?

—No.

—Bueno, igual te voy a contar porque viene al caso. El nono me decía siempre: «Mirá pibe, el tren pasa una vez, sabés. Y si no te lo tomás, cagaste». Así me decía.

—¿Y qué tiene que ver el tren?

—¿Pero vos sos boludo o te hacés? ¿No te das cuenta? Es una manera de decir. Como que si no aprovechás, sonaste. ¿Viste como esos partidos que van cero a cero y te quedá una bola servida en el área? Vos lo medís al arquero. Y mientras le pegás pensás (¿viste qué rápido que se piensa, Betito?, es un segundo, pero lo pensás enterito): «Si la emboco listo, se acabó el partido. Pero si no la emboco, seguro nos van a terminar llenando la canasta. Y me voy a pasar una semana sin dormir chupando la amargura de haberme comido este gol hecho». ¿Nunca te pasó? ¿Viste? Bueno, mi abuelo decía eso.

—Pablo. —La voz del chico sonaba fatigada.

—¿Qué?

—Calláte, ¿querés?

—¡Mira que sos pendejo, me cacho!

Nochecita.

—¿Qué dice, Don Cosme?

—¿Qué pasa?

—¿Cómo qué pasa?

—¿Pero sos o te hacés? Y el flaquito... ¿dónde se metió?

—¡Ah... Beto! No, no está. Se tuvo que ir.

—¿Cómo que se fue?

—Sí. A tomarse el tren.

—¿Me estás tomando de boludo, pendejo?

—No, Don Cosme, nada que ver. Pero dijo que se tenía que ir.

—¿Ah, sí? ¡Cuando lo veás decile que se quedó sin laburo! Ah, y decíle que se cuide porque Cariucho lo va a fajar de lo lindo.

—Yo le digo, Don Cosme. Pero dijo que ya sabía, que no se haga problema.

—¡Ah, encima se hizo el gracioso!

—No, Don Cosme. Lo dijo bien. Y dejó dicho que tenga cuidado con el del turno noche. Con el Pololo, ahora que no va a estar él; porque ése es chorro en serio y le va a tumbar mercadería de lo lindo.

—Lo único que me falta: que el boludo ése me venga a dar consejos.

—Seguro, Don Cosme. Pero dijo que le dé otro mensaje, Don Cosme. Me pidió por favor, que no me olvide.

—Pero... ¿vos qué sos, el secretario?

—No, Don Cosme. Yo soy el representante.

—¿El qué? La verdad que no te entiendo. ¿Y qué te dijo, el infeliz?

—Me dijo: «Seguro que más tarde viene Don Cosme».

—¿Y?

—«Y cuando lo veás decíle que me fui a tomar el tren.»

—Ya me dijiste, ¿y?

—«Y que se cuide del Pololo, porque ése lo va a tumbar.»

—¡Ufa, pibe, ya te oí! ¿Y?

—«Y que le diga a Cariucho que no va a volver a la casa.»

—¡No me jodás, que ya te escuché! ¿Y dijo algo más?

—Sí, dijo una cosa más. Lo último.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué dijo?!

—«Decíle a Don Cosme que se vaya bien a la mierda.»

El sueño de Nicoletti

Dedicado a Alejandro Apo
(Gracias por el pase)

A Nicoletti lo conocí en el café, como a tantos otros miembros de esa tribu de solitarios de la cual yo mismo formaba parte. No constituíamos una «barra del café». Nada de eso. Teníamos demasiados fracasos sobre nuestras espaldas como para solazarnos en tertulias festivas, íbamos cayendo al atardecer, y nos guarecíamos en las mesas oscuras de los rincones. En general nos sentábamos solos, luego de saludar con unas cuantas inclinaciones de cabeza a los otros fantasmas. Apenas de vez en cuando, y por motivos tan oscuros como nosotros mismos, alguno se atrevía a incorporarse y acercarse a otra mesa. En esos casos manteníamos conversaciones salpicadas de silencios. Eran charlas triviales. A ninguno de nosotros se le hubiese cruzado por la cabeza incurrir en confesiones sentimentales o narraciones desgarradoras. Éramos demasiado prudentes y circunspectos.

De algunos de los miembros de la tribu nunca supe siquiera los apellidos. En el caso de Nicoletti me enteré en una de esas conversaciones anodinas que se dan al pasar. Si lo retuve luego fue, seguramente, porque con él mantuve una conversación, una sola, que escapó a la regla general de furtiva vaguedad que manteníamos en ese sitio. En realidad fueron dos conversaciones. O tal vez una sola interrumpida por un largo intervalo de nueve o diez años.

En la primera ocasión Nicoletti me contó un sueño. No era para él un sueño cualquiera. Se notaba en su relato. No tenía esa cosa disparatada, anárquica, calidoscópica que tienen los sueños cuando uno los sueña, y que a la mañana se disuelven en la lógica del café con leche. Para nada. El sueño de Nicoletti era redondito, o casi. O todo lo redondito que se le puede pedir a un sueño que sea. Primero sospeché que sonaba ordenado porque seguramente se trataba de un relato manido una vez y otra de tanto contarlo. Pero luego resultó que no. Nada de eso. Me confesó que era el primer tipo al que se lo contaba. Lo relataba redondito porque lo soñaba redondito. Y lo soñaba redondito porque lo soñaba siempre. No le pregunté cada cuánto lo soñaba. En realidad no le pregunté nada. Lo dejé contar y terminar y callarse cuando quiso. Ya bastante con salirnos así de nuestro libreto de todos los días.

El sueño empieza con Nicoletti a los siete, a los ocho años a lo sumo. Lo sabe porque arranca siempre con la misma imagen: los zapatos abotinados con la lengüeta rota y el agujero en la puntera. Los que la vieja le ha dejado para jugar en el potrero de la calle Gorriti. No le van chicos porque el cuero ha cedido y la horma se ha

deformado. Y él tiene la precaución de no mojarlos. Los cuida como a su vida. Y sabe que tiene ocho años porque a los nueve al padre le saldrá un trabajo en Ensenada, y para allá se irán todos, y no volverá a jugar en el campito de Gorriti. Y aunque esté soñando, ésos son datos evidentes. Los chicos están todos. En el sueño escucha las voces de Chiche y de González y de Palito, que gritan como descosidos pidiendo el pase. Nicoletti la tiene en los pies, y el sueño sigue cuando levanta la mirada. Está de pie en el mediocampo, o más bien en esa franja de tierra dura, pelada, sin asomo de pasto que en Gorriti es el mediocampo. A tres metros lo tiene a Gomita y se la toca al pie. ¿A quién otro? Si se entienden bárbaro. Si juegan juntos desde los cinco. Si se conocen las mañas como si fueran siameses. Si Gomita, que le lleva como tres años, lo ha invitado para los desafíos a la canchita del Arroyo, donde juegan todos tipos de doce para arriba. Y todo porque le dice: «Vos me entendés, Nicola, vos me entendés. Yo con los demás no sé, pero con vos te la tiro sin mirarte y sé que estás». Y Nicoletti va y juntos hacen estragos. Porque los otros tienen que mirar para jugar y ellos no. Por eso los pibes grandes del Arroyo no dicen nada de que él vaya a jugar ahí aunque sea flaquito y tenga solamente ocho.

Pero en el sueño están en Gorriti, porque detrás de Gomita, Nicoletti ve perfectamente la pared del corralón, y el alambrado roto, y eso está en Gorriti y en ningún otro lado. Y apenas se la toca a Gomita, Nicoletti sale corriendo por el lateral izquierdo porque sabe que Gomita se la va a poner ahí. Y al instante allí nomás va la pelota. Y ahí es cuando gritan los otros, pero Nicoletti no les lleva el apunte. ¿Cómo se la va a tirar a Chiche, o a Palito, o a González, si son una jauría de perros? No, hay que esperar a que Gomita se le acerque y tocársela al piso y cortita. Ahí está, eso. Pero justo entonces es cuando el sueño se empieza a poner raro, o mejor dicho cuando empiezan a pasar las cosas propias de los sueños. Porque en la canchita de Gorriti, apenas hecha la pared con Gomita, Nicoletti tiene que correr cinco metros y está dentro del área. Pero en el sueño no. Nicoletti corre como win izquierdo, pero la cancha se agranda hacia adelante y alcanza una dimensión interminable. Y la línea del costado no es un simple invento: existe y está pintada rectamente de cal, no como en Gorriti que se termina más o menos a ojo contra los yuyos altos. Y en medio de su extrañeza Nicoletti levanta los ojos y como siempre Gomita se la tira bien abierta, pero Gomita está raro, parece más grande. Y Nicoletti piensa que por qué, si tiene que tener once como hace diez segundos cuando armaron la pared en el mediocampo. Debe ser la camiseta. Un momento: ¿qué camiseta? Si Gomita juega con una camisa a cuadros naranjas y rojos si es verano, y con una polera negra si es invierno. Pero es así nomás: Gomita tiene puesta una camiseta de esas que usan los profesionales y que en las láminas aparecen pintadas a color.

Nicoletti no entiende, y no entender lo pone nervioso. Mecánicamente recibe la bola y se distrae porque el marcador que sale a atorarlo también está vestido «en

serio». Igual devuelve la pared de memoria. Pero es una memoria rara, porque para tirarla a la medialuna del área (que también está pintada) tiene que mandar un pelotazo de veinte metros que le baja en el pie a Gomita, pero que es la mejor prueba de que la canchita de Gorriti no puede ser nunca, porque ahí semejante zapatazo termina sí o sí en las cañas que crecen del lado del corralón. Nicoletti sigue la rutina: encara por el lateral hacia el fondo, porque si Gomita tiene tapado el tiro al arco, se la volverá a tirar a él casi en la línea de meta. Pero el asombro lo puede: del otro lado de la línea del costado hay gente. Sí, gente mirando. Y no los pibes grandes que piensan adueñarse de la canchita apenas junten los dos o tres que les faltan para armar los equipos. A Nicoletti le cuesta calcularlos porque están de pie, encimados, pegados al alambrado porque también hay alambrado. Están en una tribuna. Nicoletti escucha sus gritos y vuelve a ponerse en movimiento. Ya casi ni se asombra de que en el córner haya un banderín: a esa altura del sueño, Nicoletti ya ha asumido que está en una cancha de veras. Es por eso que el tipo que ahora corre a la par de él es tan alto como su hermano Carlos, el mayor, y la forma en que lo codea y lo pechea no tiene nada que ver con la que usan los pibes en Gorriti, ni siquiera los más duros. Inseguro, Nicoletti levanta los ojos y lo ve a Gomita, que lo sigue con la vista como si nada. Pero no puede ser, porque Gomita ya tiene cara de tipo grande, de tener como veinte, como treinta años, y por eso entra al área como lo que es, o como lo que va a terminar siendo (Nicoletti ya no sabe juzgar hacia dónde se ha disparado el tiempo): un jugadorazo de Primera División, por eso la cancha, por eso las tribunas, por eso los carteles de Ginebra Bols atrás de la línea de fondo.

Nicoletti empieza a agitarse. ¿Son los nervios de no entender nada o el esfuerzo de correr con ese grandote encima? Es angustia. La angustia de no saber qué está haciendo en semejante sitio. Porque Nicoletti sabe que él nunca va a jugar en Primera. Y que el último partido con Gomita lo van a jugar en el Arroyo, la víspera de que él se vaya a Ensenada para siempre. Por eso la desesperación. Porque todo el mundo espera que él llegue al fondo y tire el centro para la palomita de su amigo, como toda la vida. Y por eso Gomita levanta ya el brazo desde el área: para que él lo vea en el tumulto de camisetas blancas y se la ponga en la sien derecha, como es costumbre. ¿Pero cómo? ¿Cómo él, Nicoletti, que nunca va a ser nadie, se la va a tirar a Gomita? Porque a esta altura Gomita ya no es Gomita. Es Roberto «Gomita» Meneguzzi, centroforward inolvidable del fútbol argentino y europeo, tricampeón en nuestro suelo y quíntuple monarca del *scoring* italiano, como dirán desde entonces los locutores de *Sucesos Argentinos* en la matinée de los cines. Por eso las camisetas y el estadio. Por eso los carteles de Bols y el energúmeno ese que lo agarra una vez y otra aun que él porfíe en seguir quién sabe para qué o para dónde.

Nicoletti llega al fondo, por fin, de esa cancha interminable. En medio de su desasosiego, conserva algo de su intuición futbolera. En lugar de frenar y recibir la

embestida del zaguero, toca suave, muy suave, con el empeine del zapato derecho hacia adentro. El tipo viene tan embalado que se come el caño y se pasa de largo. En otro momento Nicoletti hubiese festejado semejante lujo: pero no puede porque tiene que buscar a Gomita. Ahí está, en un pantano de camisetas blancas, levantando el brazo y gritándole como un enajenado. Pero Nicoletti tiene miedo de no llegar con el pelotazo. Le falta un mundo para el borde del área, y otro desde allí hasta el punto del penal donde está parado Gomita, que no es Gomita, sino Roberto «Gomita» Meneguzzi, el inolvidable artillero. Y a semejante gloria no puede tirársele un pelotazo impresentable. Porque tiene que ser gol. ¿Para qué está esa gente en la tribuna? ¿Para qué se han juntado como cinco fotógrafos detrás del arco? ¿Para qué van a salir los diarios mañana, sino para relatar la gloria del ídolo; y para que miles y miles de porteños admiren esa foto de Roberto Meneguzzi suspendido aún en el aire, mientras el epígrafe relata «la manera en que el infalible *scorer* argentino agrega otro cintillo a su casaca victoriosa, al conectar de palomita un centro disparado desde el lado izquierdo»?

Nicoletti suda. Las piernas le pesan como plomos. Como en esas pesadillas en las que hay que pegarle a alguien y uno no puede levantar los brazos. Pero todo es real. Porque los chasquidos de las cámaras y los rugidos de la tribuna y los gritos de Gomita se escuchan perfectamente. Y por eso Nicoletti no puede quedarse ahí, porque uno de los centrales se le viene al humo. Por un instante piensa en hacer la personal, la heroica: tirar otro caño con el pie derecho y seguir avanzando por la línea de fondo. El back central le deja cierto ángulo porque espera que tire el centro, y no que intente por afuera. Pero no, imposible, ¿cómo hacer semejante imbecilidad teniéndolo a Roberto Meneguzzi, ídolo perpetuo también de la península itálica, a los gritos en el área pidiendo la bola para definir el asunto? Por eso Nicoletti encara hacia adentro y esconde el balón para que el central no pueda arrebatárselo. Ha dudado demasiado, no puede lanzar ahora: el cuerpo del zaguero está encima. Nicoletti sufre. Intuye, antes de verlo, que el marcador que lo ha seguido por la raya viene a apurarlo por detrás. Son demasiado grandes, demasiado duros, demasiado rápidos. Engancha de nuevo hacia el lateral para esquivarlo. Pero ahora tiene a dos marcadores que lo separan de su cometido. Si tirar el centro antes era arriesgado, intentarlo ahora es inútil. Nicoletti la mueve en el lugar, esperando que alguno de los dos se coma el amague y le deje un intersticio. Pero es inútil. Estos tipos saben pararse. No se tumban al primer quiebre. Uno no se los saca de encima amasándola bajo la suela. Y encima los gritos de la gente. ¿Cómo no van a estar impacientes? ¿Cómo no van a estar apurándolo? Si en el área aguarda uno de los cinco más grandes artilleros del fútbol argentino de todos los tiempos. Pero Nicoletti sufre sobre todo por Gomita. ¿Cómo le va a faltar así el respeto? En Gorriti vaya y pase. ¿Pero acá? Imposible. No, siendo una celebridad. No, con toda esa gente lista para ovacionarlo.

Nicoletti tiembla. Porque cada vez se enreda más con el balón. Segundo a segundo, esos dos mastodontes lo llevan más hacia la raya. No hay modo. No hay manera de darse vuelta. Y Nicoletti se arrepiente de no haber tirado de entrada. Así, sin mirar, pero sin perder tiempo. Porque a esa altura Nicoletti sabe que ese centro no lo va a tirar nunca. Por eso Nicoletti sufre y se desespera. Porque tiene tiempo de pensar, mientras aguanta las patadas que los otros dos le propinan en los tobillos para que largue de una vez la pelota, que al final él es un enano, que no se merece estar ahí, que no tiene derecho a tirar una pared con Roberto «Gomita» Meneguzzi. Nicoletti se siente un ingrato, porque el ilustre centrodelantero, teniendo un montón de compañeros alrededor, decidió obsequiarle a él el privilegio de armar la jugada juntos, y él es incapaz de devolverle un centro más o menos como la gente.

Cuando la angustia empieza a transformársele en llanto, Nicoletti acaba por despertarse. Está sentado en la cama empapada de sudor; jadeante en la oscura sobriedad de su cuarto de soltero eterno. Se incorporará, encenderá la luz para ahuyentar a sus fantasmas y tomará unos mates. Para el caso da igual. Al día siguiente, o al otro, la próxima semana a más tardar, soñará lo mismo.

Creo haber dicho más arriba que no interrumpí a Nicoletti con pregunta alguna. Lo dejé decir, a sabiendas de que no esperaba reacciones de mi parte. Tomamos el café, hicimos silencio, y al fin nos despedimos. El hombre tardó una década en volver sobre el asunto. Lo hizo sin preámbulos. No se detuvo a refrescarme la memoria. Supongo que en el bar estamos acostumbrados a evitarnos urbanidades superfluas. Esa es una de las ventajas de nuestras vidas vacías. Me dijo que la noche anterior le había ocurrido algo con el sueño. En realidad creo que dijo «su» sueño: como si ese sueño recurrente fuera su única y terrible pertenencia o su tesoro más encomiable, o ambas cosas a un tiempo. Sería vano negar mi curiosidad. Sus ojos y su voz despedían una luz que yo jamás antes había advertido. Estaba extático, distinto, inmensamente asombrado. Me repitió el relato desde el principio. Pero cuando llegó a la parte del banderín del córner se detuvo.

De nuevo está inmóvil con la pelota en los pies. De nuevo las piernas le pesan como plomos. De nuevo el marcador central sale a atorarlo a la carrera. Y de nuevo levanta los ojos hacia Gomita, que naufraga, brazos en alto, en medio de aquel mar de camisetas blancas. Pero esta vez, esta única vez, esta primera vez en cincuenta y cinco años, el sueño es más claro, es muchísimo más preciso. Cuando Nicoletti levanta la mirada enfoca directamente a la cara de Roberto «Gomita» Meneguzzi, el mejor centroforward de la Liga italiana en la década del 40, y ve con claridad sus ojos y sus labios. Lo escucha (porque todos los demás sonidos se acallan súbitamente) cuando le dice: «Para vos, Nicola, jugála para vos». Nicoletti duda. Es como si en el propio sueño estuviese ya acostumbrado a la rutina del sueño. Por eso vuelve a demorarse y a mirarlo fijo. Pero es cierto: Roberto «Gomita» Meneguzzi le insiste

que sí, que dale, Nicola, por lo que más quieras, jugatelá, hermanito, jugatelá. Y por eso Nicoletti, cuando en el sueño le toca cubrir el balón y ponerse de espaldas al arco para protegerlo, cambia el libreto para siempre y encara. Por única vez en cincuenta y cinco años, desde que lo soñó por primera vez en su piecita de Ensenada, Nicoletti toca con otra caricia del pie derecho e inclina el cuerpo hacia la izquierda para que el back no se lo lleve puesto. Segundo caño. Tal vez ese ruido que se escucha es la gente en la tribuna, que aprecia ese doble túnel memorable. Pero no tiene tiempo de detenerse a pensarlo.

Nicoletti va lanzado hacia la valla. Apenas tiene ángulo. Con la zurda la aleja de la raya porque desde ahí el arco no existe, es apenas una línea vertical, un caño blanco con una red colgada al costado. Piensa qué bueno esto de jugar en una cancha con las líneas pintadas. Porque en Gorriti hay que adivinar cuando uno ya está cerca de la nieta. Acá no. Acaba de cruzar la línea del área grande y un poco más allá está la del área chica. Parece mentira lo fácil. Porque ahora el toque de zurda lo deja a metro y medio de la línea de fondo, y el arquero lo enfrenta medio encorvado y tapando casi todo pero no todo; y si la tira de chanfle al segundo palo seguro que se la saca, pero como eso es lo que el tipo está esperando a lo mejor, quién sabe, si le pega de puntín con la derecha capaz que la pelota sale como una flecha y se clava a media altura entre el arquero y el palo.

Nicoletti tiene miedo. Pero ya no teme fracasar ante el destino, sólo teme despertarse. Salirse de su sueño antes de poder ponerle fin después de cinco décadas de impotencia. Igual no se apura. Sólo cuando está seguro sacude un derechazo temible con la punta de su dedo gordo y ve la pelota que sale como si le hubiesen trazado la trayectoria con regla, y la ve finalmente colándose por el agujero quirúrgico que queda entre el palo y el muslo del arquero.

Nicoletti siente la tentación de tirarse al piso a disfrutar de cara al cielo ese momento sublime. Pero el sueño puede terminar en cualquier momento y debe apresurarse. Necesita buscarlo a Gomita. No sabe para qué, pero en el sueño sabe que eso es lo que necesita. No tiene que buscar demasiado. Gomita corre hacia él y le pega un abrazo como nunca. Nicoletti se afloja y llora, y escucha en el oído las palabras de su amigo: «Por fin, Nicola. Por fin. Hace años que espero que mi sueño termine con este golazo, y hoy por fin me hiciste caso». En su sueño, Nicoletti da un respingo: «Pero... ¿cómo?, ¿vos también?...», alcanza a preguntar. Pero apenas Gomita amaga con mover afirmativamente la cabeza, su imagen se desintegra y el sueño se extingue abruptamente. Nicoletti se incorpora en la cama. No está sudada. No toma mate ni enciende la radio. Decide salir a la calle para calmar su asombro y su maravilla. Deambula por ahí toda la mañana y termina recalando en el café. Me cuenta que está contento, se corrige y me dice que está feliz. Yo, turbado, guardo silencio. El agrega que tiene la esperanza de que, en el futuro, este sueño nuevo

reemplace al anterior.

Luego, callados, bebimos el café. Yo no sabía qué decir y él no parecía necesitar mis palabras. Salió del bar temprano. Me explicó que quería caminar otro rato antes de acostarse. Sentí la frenada y un tremendo ruido a fierros rotos. Venía de la esquina de Corrientes. «El 67», me dije. Salí con los otros. Nos movía menos el interés que la inercia. Cuando vi que era Nicoletti me entristecí de veras. Supongo que a algunos de los otros les pasó lo mismo.

En los días siguientes dediqué largos ratos a pensar en los sueños de Nicoletti. Las escuetas obsesiones de ese pobre hombre me ofrecían la extraña alternativa de escapar por un rato de las mías. Volvía, de hecho, sobre ese cambio postrero, ese desenlace repentinamente distinto. ¿Por qué en ese momento? —me preguntaba—. ¿Por qué después de cinco décadas de suplicio, Nicoletti encuentra puertas nuevas en su laberinto viejo? La respuesta me llovió por casualidad, supongo. Una semana después del accidente se publicó la noticia en Buenos Aires. Yo la leí en la sexta; no era el título principal, pero le habían dedicado un buen espacio. En una clínica de la ciudad de Turín, a los setenta y dos años de edad, acababa de morir quien fuera «una de las máximas glorias futbolísticas a ambos lados del Atlántico: Roberto Meneguzzi, uno de los más grandes delanteros de las décadas del 40 y el 50, tricampeón en Argentina y quíntuple goleador del campeonato italiano».

Y ahí sumé dos más dos y me dio cuatro y estuve a punto de maravillarme. Pero después me di cuenta de que ya no me da el cuero para semejante despliegue de emociones.

Los traidores

Que nadie se haga cargo de
esta historia, ni de sus
apellidos ni de sus
cuadros. Lo único cierto es Ella.

¿Qué decís, pibe? Llegaste temprano. Vení, acomodate. «¡Hey, jefe: Dos cafés!» Dejáte de jorobar, pibe, yo invito. El sábado pasado convidaste vos. ¿Y qué tiene que ver que hoy sea el clásico? El café sale lo mismo. Van uno a cero. Mirálo bien al petisito que juega de nueve. Lo vi en el entrenamiento del jueves, no sabés cómo la mueve. Se mezcló bárbaro con la Primera. Lo acaban de traer. De Merlo, creo. Una maravilla. Aparte ahora que nos cagó Zabala nos hacen falta delanteros. Es una fija, pibe. La única que nos queda es sacar pibes de abajo. Y sacarlos como si fueran chorizos, ¿eh? Si no te pasa como con Zabala. El club se rompe el alma para retenerlo cuatro, cinco años, y a la primera de cambio, cuando le ofrecen dos mangos, se te pianta a cualquier lado y te desarma el plantel. Sí, seguro. Si no les importa nada. ¿La camiseta? No pibe, ésa te calienta a vos o a mí, pero ¿a éstos? ¿No fue el imbécil este y firmó para Chicago? Ya sé que es un traidor, pero fijáte lo que le importa. Se muda al Centro y listo, si te he visto no me acuerdo. Igual no te preocupés. Hoy no la va a tocar. A ese matungo no le da el cuero para amargarnos la vida. Ya sé que con Chicago la cosa se puede poner fulera. Clásicos son clásicos. Pero quedáte tranquilo. Es un amargo y no se va a destapar ahora.

Si vos hubieras vivido en la época de Gatorra sí que te habrías chupado un veneno de aquéllos. Vos no habías nacido, ¿no? Si fue hace una pila de años... ¿Y cómo sabés tanto del asunto? Ah, tu viejo estuvo en la cancha. Bueno, entonces no tengo que recordarte mucho. Fue algo como lo de Zabala pero peor. Porque Gatorra era nuestro, pero nuestro, nuestro. Desde purrete había jugado con los colores gloriosos. Pero resulta que en el pináculo de su carrera, cuando nos dejó a tres puntos del ascenso en una campaña inolvidable, va y firma con Chicago. Fue el acabóse, pibe, el acabóse. No lo lincharon porque en esa época la gente se tomaba las cosas con más calma. Porque en Chicago la siguió rompiendo. Y para peor, en el primer clásico en el que jugó contra nosotros, con ese harapo bicolor puesto en el lugar donde hasta entonces había estado «la gloriosa», nos metió tres goles y nos los gritó como un loco. Así pibe, sin ponerse colorado. Lo putearon de lo lindo, pero el resentido parece que cuanto más lo insultaban más se enchufaba. Escucháme un poco: el tercer gol lo metió de taco, con las manos en la cintura, sonriendo para el lado en el que estaba la hinchada del Gallo. Ni te imaginas, pibe.

Así que tu viejo lo vio, fijáte un poco. Si hubieses estado, nene. No sabés lo que fue aquello. Pero lo mejor, lo mejor...

¿Te cuento una historia rara? ¿Seguro? Tiempo tenemos: van cinco minutos del segundo tiempo. Falta como una hora para que empiece la Primera. Bueno, entonces te cuento: ¿Qué me decís si te digo que ese partido de los tres goles de Gatorra con la camiseta de Chicago yo lo vi en medio de la tribuna de ellos, rodeado por esos ignorantes que gritaban como enajenados? ¿Qué me dirías si te digo que los dos primeros goles hasta tuve que alzar los brazos y sonreír como si estuviera chocho de la vida?

¿Sabes qué pasa, pibe? La verdad es que Gatorra no era el único traidor de aquella tarde: yo también estaba del lado equivocado. Sí, flaco, como te cuento. ¿Y todo sabés por qué? Por una mina. Todo por una mina, te das cuenta. No, ya sé que no entendés ni jota. No te apurés. Dejame que te explique.

A veces la vida es así, pibe, te pone en lugares extraños. La cosa vino más o menos de este modo: un año antes de ese partido de la traición de Gatorra, les ganamos en Mataderos, encima con un gol de él, fijáte un poco. A la salida me desencontré con los muchachos de la barra, así que entré a caminar por ahí, cerca de la cancha, pero me desorienté feo. Muy tranquilo no andaba, qué querés que te diga. Ya era tarde, y terminar a oscuras rodeado de gente de Chicago no me hacía ninguna gracia, sabés. Pero en una de esas doy vuelta una esquina y la veo. No te das una idea, pibe. Era la piba más linda que había visto en mi vida. Llevaba un trajecito sastre color gris. Y zapatos negros. Mirá si me habrá impactado: jamás de los jamases me fijaba en la pilcha de las minas. Y de esta al segundo de verla ya le tenía hasta la cantidad de botones del chaleco. Era menuda pero, ¡qué cinturita, mama mía, y qué piernas! Bueno pibe, no te quiero poner nervioso. Y cuando la vi a la cara... ¡Qué ojos, Dios Santo! No sabés los ojos que tenía. Cuando me miró yo sentí que me acababa de perforar los míos, y que el cerebro me chorreaba por la nuca. Qué cosa, la pucha. Estaba apoyada contra un auto, con un par de fulanos de cada lado. Dudé un momento. Si me paraba ahí y la seguía mirando capaz que esos tipos me terminaban surtiendo. Pero, ¿si me iba? ¿Cómo iba a verla de nuevo? No tenía ni idea de dónde cuernos estaba. Era entonces o nunca. Así que enfilé para donde estaban. Sí, como lo oís. Mira que me he acobardado a veces, pibe. ¿Cómo me animé a encarar hacia el grupito ese, de nochecita, en Mataderos, después de llenarles la canasta? Y fue por amor, pibe. No hay otra explicación posible ¿Qué vas a hacerle?

Cuando me acerqué medio que entre dos de los varones me salieron al paso. Ahí un poco me quedé: los medí y me avivé de que me llevaban como una cabeza. Atorado, voy y les pregunto para dónde queda Avenida de los Corrales. Apenas hablé me quise morir. Ahí nomás se iban a apiolar: ¿qué hacía un tarado caminando solo por Mataderos el sábado a esa hora, preguntando por Avenida de los Corrales, si no

era un hincha de Morón que venía de llenarles la canasta y no tenía ni idea de dónde estaba parado? Tranquilo, Nicanor, me dije. Capaz que estos tipos ni bola con el fútbol. Pero la esperanza me duró poco. Uno de los tipos me encara y me pregunta de mal modo: «vos no serás uno de esos negros de Morón, ¿no?» Yo me quedé helado. Iba a empezar a tartamudear una excusa cuando la oí a ella: «Alberto, cuidá tus modales, querés». Dijo cinco palabras, pibe. Cinco. Pero bastó para que yo supiera que tenía la voz más dulce de la Tierra. Casi me la quedo mirando de nuevo como un bobo, pero el instinto de conservación pudo más y me encaré con el tal Alberto. Yo sé que ahora te lo cuento, cuarenta años después, y parece imperdonable. Pero ubicáte en el momento. La piba ésta. Yo con el amor quemándome las tripas. Y esos cuatro camorreros listos para llenarme la cara de dedos. La boca puede caminarte más rápido que la mente, sabes: «¿Qué decís? ¿De Morón? Ni loco, enteráte.» Y volví a mirarla. A esa altura ya me quería casar. Así que no se me movió un pelo cuando seguí: «De Chicago hasta la muerte».

Los tipos sonrieron, y a mí me pareció que ella se aflojaba en una expresión tierna. El único que siguió mirándome con dudas fue el tal Alberto: «Y decíme, si sos de Chicago, ¿cómo cuernos no sabes donde queda la Avenida de los Corrales?». Era vivo, el muy turro. Los demás me clavaron los ojos, repentinamente apiolados del dilema. Pero yo andaba inspirado. Y la miraba de vez en cuando a la piba y el verso me salía como de una fuente: «Resulta... (me hice el que dudaba si exponer semejante confidencia)... resulta que es la primera vez que puedo venir a la cancha» (Los tipos me miraron extrañados. Yo ya andaba por los treinta, así que no se entendía mucho semejante retraso). «“Yo vivo en Morón”, seguí, “es cierto, pero... (los tipos me clavaban los ojos) Pero volví a caminar recién hace cuatro meses”».

Te la hago corta, pibe. Arranqué para donde pude, y lo que se me ocurrió fue eso. Supongo que fue por los nervios. Pero no vayas a creer. Después fui hilvanando una mentira con otra, y terminó tan linda que hasta yo terminé emocionado. Les dije que de chiquito me había dado la polio y había quedado paralítico. Y que por eso nunca había podido ir a la cancha. Agregué que me hice fanático de Chicago por un amigo que me visitaba y que después murió en la guerra (no se en qué carajo de guerra, dicho sea de paso, pero les dije que en la guerra). Y que me había enterado que en Estados Unidos había un doctor que hacía una operación milagrosa para casos como el mío. Y que había vendido todo lo que tenía para pagarme el tratamiento. Terminé diciendo que había sido todo un éxito. Que había vuelto hacia dos semanas, después de la rehabilitación, y que apenas había podido me había lanzado a Mataderos a ver al Chicago de mis amores. Tan poseído del papel estaba que cuando conté mi tristeza por la derrota de la tarde se me quebró la voz y se me humedecieron los ojos. Cuando terminé los cuatro energúmenos me rodeaban y el tal Alberto me apoyaba una mano en el hombro.

«Me llamo Mercedes, encantada». Me alargó la diestra, y mientras se la estrechaba pensé que cuando llegara a casa me iba a cortar la mano y la iba a poner de recuerdo sobre la repisa. Tenía la piel suave, y me dejó en los dedos un aroma de flores que me duró hasta la mañana siguiente. Después se presentaron los tipos. Tres eran hermanos de ella (gracias a Dios, pensé) y el coso ese Alberto era «un amigo» (me cacho en diez, será posible, el muy maldito, me lamenté). Estaban en la vereda de la casa de ella. Y acababan de volver del partido. El corazón me dio un vuelco cuando me enteré que el papá de ella era miembro de la Comisión Directiva, y que el más grande de los hermanos era vocal de no se qué. No sólo eran de Chicago: ya era una cosa como Romeo y Julieta, ¿viste?

Resulta que iban todos los sábados a ver a Chicago, pero Mercedes iba sólo cuando jugaban de locales. Y al palco, junto con el padre. Los hermanos y el otro tarado iban a la popular con algunos amigos. Se ofrecieron a llevarme a casa. Traté de disuadirlos, diciéndoles que en Morón tal vez no fueran bien recibidos, pero insistieron. «Tendrás que descansar», decían.

Yo fui rezando todo el viaje para no cruzarme con ninguno de los vagos de mis amigos. Llegué sano y salvo. Tuve el cuidado de cojear levemente al bajar delante del portón de casa. Los saludé efusivamente. Ellos se dijeron algo mientras yo me alejaba. «¡Nicanor!», me llamó el hermano grande, «¿querés venir el sábado con nosotros?» Mi alma estaba vendida definitivamente al diablo. Me di vuelta. Y algo vi en los ojos de ella que me decidió. «“Seguro”, contesté. “Pero no se molesten hasta acá. Los veo en la Sede”.» Los miré alejarse creyendo entender a San Pedro cuando escuchó cantar al gallo el Viernes Santo.

Cuando entré en casa la encaré a mi vieja y le di rápido el resumen de mi nueva vida. Pobre viejita, no entendía nada. Cuando le dije que me habían traído unos hinchas de Chicago rajó para la heladera para prepararme unos paños fríos. «Vos te insolaste», diagnosticó. Pero la seguí hasta la cocina y con paciencia le expliqué varias veces el asunto. «¿Tan rica es esa chica, Nicanor?», me preguntó. «No me pregunte, mamita», contesté turbado. Se ve que entendió, porque nunca más me dijo nada. Con los muchachos la cosa iba a ser distinta. ¿Cómo explicarles semejante agachada? No me animé a hablar. Tuve que apilar una mentira sobre la otra, y sobre la otra, y así hasta formar una torre interminable. En el barrio dije que me había salido un laburito de contabilidad en una empresa de colectivos, los sábados. Y los muchachos, lógicamente, se quejaron. Decían: «Para qué lo querés Nicanor, si con el sueldo del banco para vos y tu vieja te alcanza y te sobra». Y yo que «no, sabés que pasa, que quiero ahorrar unos manguitos», y toda esa sanata. La viejita resultó de fierro. Tan entregado me veía que hasta colaboró con alguna mentirita menor para darme más coartada. Cuando salía a hacer las compras comentaba que el pobre Nicanor estaba deslomándose con dos trabajos para comprarle los remedios para el

asma. «¿Y desde cuando tiene asma, Doña Rita?». «Es “asma muda”, por eso», contestaba. Pobre viejita, se ve que en la familia nunca fuimos demasiado brillantes para el verso.

El asunto es que en ese año emprendí una doble vida de Padre y Señor nuestro. Durante la semana hacía mi vida normal: después del Banco pasaba por la Sede del Deportivo a tomar una copita y jugar naipes con los muchachos. Cara de póker, como si nada. Una vez sola estuve a punto de pisar el palito, sabés. Se habían trenzado en una discusión de las habituales, pero ese día se les había dado por lucirse citando equipos en cuya formación se repitieran ciertos nombres de pila. No sé, Carlos, Artemio, el que fuera. Y voy yo, como un pelotudo, y digo que en la primera de Chicago juegan cuatro tipos que se llaman Roberto. Me miraron como si fuera un extraterrestre. Salí del paso levantando el dedo y afirmando con voz solemne: «Y viejo, conocé a tu enemigo» o alguna imbecilidad por el estilo. Pero transpiré la gota gorda. ¿Y qué querés? Pasaba lo evidente. Todos los sábados a ver a Chicago. Chicago para acá, Chicago para allá, como si fuese el hincha más fiel del planeta. Ya me conocía hasta las mañas del aguatero suplente. Pero ¿cómo no iba a ir? Si a la vuelta los hermanos me insistían para que me quedara a un vermucito en casa de Mercedes. Por supuesto me los tenía que bancar al viejo y a los hermanitos, pero también estaba ella, que se prendía a las conversaciones futboleras con elegancia y pero sin remilgos.

Todo tenía sus ventajas: si perdía Chicago yo disfrutaba como un príncipe heredero las caras de culo de mis acompañantes, mientras fingía certeras palabras de consuelo y pronosticaba futuras abundancias. Si ganaban, la algarabía del papito solía redundar en una invitación para comer afuera, todos juntos, Mercedes incluida. Así que no podía quejarme. Es cierto que la conciencia a veces me remordía mientras saboreaba la picadita con el Gancia rodeado de mis enemigos de sangre. Pero de inmediato se acercaba Mercedes, precedida por su sonrisa de arcoiris y su mirada de incendio; Mercedes, rodeada por su fragancia de mujer inolvidable, y me ofrecía la última aceituna antes de que se la deglutieran aquellos mastodontes, y la sensación de culpa se disolvía en una egoísta gratitud a Dios y a la Creación en general.

Pero lo bueno dura poco, pibe. Ese es el asunto. Ya iba para un año de mi traición cuando se me vino encima el choque del siglo: Morón vs. Chicago, con el malparido de Gatorra estrenando los trapos verdinegros luego de venderse a Lucifer por unos pocos pesos. Yo ya tenía decidido enfermarme de algo incurable ese fin de semana, y ver el clásico desde la tribuna correcta de la vida. Ya había anunciado en la Sede del Deportivo que en la empresa de colectivos había pedido un adelanto de vacaciones para disfrutar de esa tarde impostergable, en la que con justa razón los simpatizantes del Gallo harían naufragar al «Vendido» en un océano de insultos que perseguiría su memoria por el resto de la Eternidad. Los muchachos habían recibido mi anuncio con

alborozo. En el campamento enemigo abrí el paraguas aludiendo a cierta enfermedad incurable de una cierta tía mía residente en Formosa (que súbitamente se agravaría y me llamaría a su lado para no despedirse del mundo en soledad).

El problema surgió el martes anterior al partido. Debo confesar que para ese entonces yo asistía los martes después del trabajo a un vermouth en la Sede de Mataderos. No me mires así, pibe. Yo estaba compenetrado de mi papel, y la piba esta me tenía totalmente enajenado. Pero los cuatro brutos esos me la marcaban de cerca. De alguna manera tenía que verla entresemana, aunque fuera de pasadita. Además, estaba ese fulano Alberto, el «amigo». A Merceditas no la dejaba ni a sol ni a sombra. En verdad, nunca los había visto en actitud de noviecitos. Nada que ver. Pero el tipo se la comía con los ojos. Y al viejo de ella lo seguía como un perro, el muy guacho. Le chupaba las medias que daba asco: le llevaba los papeles, le hacía de chofer, le tenía la puerta vaivén de la Sede. Lástima que yo siempre fui tan bueno. Porque si no, en algún amontonamiento en la popular lo empujo y termina veinte escalones más abajo con cuarenta huesos rotos, viste. Se salvó porque siempre fui un tierno bobalicón, qué le vas a hacer.

Pero ese martes anterior al clásico se me vino el mundo abajo. El muy imbécil va y anuncia en la mesa de café que el viejo de Merceditas lo ha autorizado a llevarla al cine el sábado a la noche, como festejo especial del previsible triunfo de Chicago en el clásico vespertino. Los hermanos de ella lo palmearon complacidos; y yo tuve que fingir algo parecido a una sonrisa aprobatoria.

Ahora no tenía salida. O lo mataba el sábado en la cancha o el tipo me ganaba definitivamente de mano. Justo ahora, que Mercedes prolongaba las miradas furtivas que cruzábamos en el vermouth de los sábados, y me buscaba tema de conversación cuando nos encontrábamos a la salida del palco y caminábamos todos juntos hasta el auto. ¿O era una impresión mía, inducida por el embotamiento del amor que le tenía? El hecho, pibe, es que tuve que dar media vuelta en el aire y cambiar de planes.

A los muchachos les dije que en la empresa de colectivos me habían denegado el permiso bajo amenaza de echarme. Ellos ofrecieron quemar la Terminal con mis jefes adentro, pero los disuadí entre sonrisas convenciéndolos de que no era para tanto. A los hermanos de Mercedes les dije que mi tía, la que se estaba muriendo en Formosa, se había curado de repente. Celebraron y brindaron a mi salud y a la de mi tía. Al único que lo vio medio arisco fue al tal Alberto, como si sospechara algo turbio, o como si lo hubiese desilusionado mi permanencia en Buenos Aires. Por supuesto que verlo así me llenó de alegría.

Con todas esas complicaciones de última hora no tuve tiempo de detenerme a pensar seriamente en las dificultades de presenciar ese clásico histórico en la tribuna visitante. ¿Entendés, chiquilín? Primera dificultad: que me reconociera la gente del Gallo. Solución: anteojos negros, cuatro días sin afeitarme y un amplio sombrero para

protegerme del sol. Segundo problema: llegar en medio de los visitantes y ser reconocido pese a mis camuflajes. Solución: entrar a primera hora, solo, y esperar en las gradas la llegada de la tribu de Mercedes, bien escondido en el extremo de la popular opuesto a la zona de plateas. Quedaba un tercer problema, pero este no tenía solución posible: soportar noventa minutos en nuestra cancha en silencio, o moviendo los labios acompañando a los energúmenos éstos, mientras del otro lado del césped los nuestros descargaban su justo rosario contra esos malparidos y sobre todo contra Gatorra, su más pérfida y reciente adquisición. Y mientras tanto rezar, rezar para que nadie se diera cuenta de la impostura, para que Gatorra estuviese en una mala tarde, para que ganáramos el clásico, para que la derrota le torciese el humor al padre de ella y cancelara la salida al cine de la noche en el auto del tarado de Alberto. Demasiados pedidos para un solo Dios en un solo rezo. Pero ¿qué iba a hacer, pibe?

Cumplí mi plan a la perfección. Llegué a la una en punto, recién abiertas las puertas. Completé mi atuendo con un piloto verde y amplio que había sido de mi difunto tío. No sabés la facha: sombrero ancho, anteojos negros, capote militar y barba de varios días. Cuando me vio salir de casa, a la viejita casi le da un soponcio. Tuve que sacarme todo de raje para mostrarle y convencerla de que no era una aparición de San La Muerte.

¿Qué te contaba, pibe? Ah, sí. Que llegué temprano y me acomodé bien arriba en las gradas a esperar. Cuando fueron llegando los de Chicago no hablaban de otra cosa: jorobaban con cuántos goles nos iba a meter Gatorra, practicaban los canutos alusivos, hacían gestos, no sabés pibe. Una tortura. A eso de las dos cayeron los hermanos de Mercedes. Para que me reconocieran, mientras me acercaba a ellos tuve que hacerles señas. Aduje una extraña reacción cutánea que me obligaba a protegerme del sol. «¿Qué sol, si en cualquier momento llueve?» (No podía faltar el inoportuno de Alberto para buscarle la quinta pata al gato). «Secuela de la operación, por la anestesia, sabés». Los otros lo codearon, enternecidos por mi sufrimiento, y lo obligaron a callar.

Cuando faltaban quince minutos no cabía un alfiler en la tribuna visitante. La verdad, ellos habían traído a todo el mundo. Y a la luz de cómo fueron los hechos hicieron bien, ¿no? Imagínate pibe: ser testigo de una goleada bárbara con tres tantos de un tipo que los traicionó a los enemigos y ahora juega para vos. ¿No parece un cuento de hadas, pibe?

A Merceditas la ubiqué enseguida gracias al enorme paraguas negro que el viejo de ella abrió cuando empezó a chispear, faltando cuatro minutos. Levanté un brazo a modo de saludo, y ella me contestó con una sonrisa que me levantó la temperatura debajo del capote verde. ¿Cómo hizo para ubicarme con semejante indumentaria? En ese momento me dije que era el amor el que la guiaba con sus dictados. No pongás esa cara, pibe, ya sé que uno es cursi cuando habla de amor, pero qué querés. Si la

hubieses visto como yo la vi. Nunca más volví a ver a una mina tan linda como estaba Mercedes esa tarde. Llevaba un vestido verde con cartera y zapatos negros (y qué querés, si la pobre no conoció otro cuadro) que le quedaba que ni pintado. Y el pelo recogido en un rodete. Y los labios rojos. Me hubiese quedado mirándola el resto de la tarde. Bah, el resto de la vida.

Pero cuando salieron a la cancha los ojos se me fueron a Gatorra. El muy guacho iba bien erguido, encabezando la fila. Recibía los insultos casi con gracia, con elegancia. Cuando enfiló para el medio, miró hacia la hinchada visitante que se vino abajo. En esa época los equipos no solían saludar desde el medio, pero el soberbio este se tomó el tiempo de alzar los brazos en dirección a las vías del Sarmiento, para que a sus espaldas un rumor de rabia se alzara como un incendio desde nuestra barra enfurecida. Yo rezaba debajo de mi disfraz para que lo partieran a la primera de cambio. Pero se ve que Dios andaba en otra cosa. Porque fue este malnacido, este traidor imperdonable, y a los diez minutos eludió a cuatro tipos y la tocó suavecita a la salida del arquero. Alrededor mío los fulanos se subían unos a otros, lloraban, gritaban como energúmenos, levantaban los brazos gesticulando obscenidades. Sintiéndome Judas tuve que alzar los brazos para no botonearme tanto. En cuanto pude miré para el palco y la vi a Mercedes aplaudiendo con la cartera colgada del antebrazo izquierdo, sonriendo hacia donde yo estaba, y solté dos lagrimones de dolor que me corrieron bajo los lentes oscuros. La impotencia, ¿sabés?

Veinte minutos más y ¡zas! Córner y un cabezazo del cornudo de Gatorra. Dos a cero y de nuevo el delirio. Ahí yo empecé a pensar que en realidad todo era un castigo para mi traición; y que la culpa de esa humillación colectiva la tenía yo, el Judas moderno del fútbol argentino. Decí que cuando terminó el primer tiempo y todos los tipos se apuraron a apoyar el trasero en algún huequito libre de los escalones, yo me hice el otario y me quedé parado. Me pasé los quince minutos hablando por gestos con Mercedes, a través de la distancia. Ya sé, flaco: alrededor mío tenía cinco mil tipos convencidos de que yo era un pelotudo. Pero qué querés, si era un primor la piba. Aparte, de vez en cuando, lo relojeaba de costadito al tal Alberto y estaba hecho una furia, no sabés.

En el segundo tiempo nos pegaron un peludo inolvidable, pero estaba por terminar y no nos habían vacunado de nuevo. Yo miraba el reloj cada veinticinco segundos, desesperado por que terminara de una vez por todas el suplicio chino. «Quedáte tranquilo Nicanor, que están muertos», me tranquilizaban los hermanos. “Ya sé, ya sé”, contestaba yo en una mueca semisonriente y con ganas de descuartizarlos a todos con una sierra de calar. Yo los veía a los nuestros, al otro lado del océano verde, y el pecho se me hinchaba de orgullo. Seguían cantando e insultándolo a Gatorra en cuatro idiomas, indiferentes a las burlas y al oprobio. ¡Qué no hubiera dado por estar de ese lado! Pero de inmediato giraba hacia mi derecha y la

veía a ella, tomada del brazo de su padre, indefensa, pura, increíblemente hermosa, y me decidía a tolerar unos minutos más.

Pero lo que pasó entonces fue demasiado. Faltaban cinco. Se escapa Gatorra y enfrenta al arquero. Le amaga y lo pasa. Se detiene. La hinchada visitante grita enloquecida. El arquero vuelve sobre sus pasos. El Traidor, con la sangre fría de un cirujano, vuelve a enganchar y el guardameta pasa como una tromba para el otro lado. Alrededor mío deliran. Pero falta. Porque el inmundo ése se da vuelta con las manos en jarra, observa parsimoniosamente a la heroica hinchada del Gallo, y le da a la bola un tacazo displicente en dirección al arco vencido. Para terminar de perpetrar su osadía, se acerca al alambrado y empieza a besarse el harapo verdinegro que los turros esos usan de camiseta.

Uno de los hermanos de Mercedes me estampó tal apretón que casi me arranca el sombrero. Delante mío dos tipos lloraban abrazados. Yo miraba sin poder dar crédito a mis ojos. Enfrente, la hinchada de mis amores en un silencio de sepulcro. Alrededor, estos fulanos con una chochera de mil demonios. Y al pie de las gradas Gatorra besuqueándose la casaca con cara de chico bueno y cumplidor. Es el día de hoy que aún recuerdo la sensación de fuego que empezó a subirme desde las tripas, y que terminó casi quemándome la piel de la cara. Y para colmo van los nuestros, primero sueltos, algunos pocos, luego más, por fin todos, dándole al «¡El que no salta, es de Chicago... el que no salta, es de Chicago!» y se me empezó a dar vuelta el estómago como si me estuviesen mirando a mí a través de todo el largo de la cancha; como si ni el sombrero ni el capote ni los lentes oscuros hubiesen bastado para tapar la traición a los ojos de los míos. Supongo que tratando de encontrar fuerzas para seguir corrompiéndome, miré hacia la platea para verla. Allí estaba, como siempre en todo ese año de mi perdición: bella, perfecta, inolvidable. Sonriendo hacia donde yo estaba, quemando el cemento desde su sitio hasta el mío con las chispas de sus ojos incandescentes.

Le pedí a Dios que me hiciera nacer de nuevo. Que me cambiara de vida. Que me arrancara para siempre la memoria. Pero algo adentro mío, algo que me crecía mientras escuchaba los cantos del otro lado y las burlas de éste, una mezcla de vergüenza y de pudor y de rabia por saber al fin definitivamente que no podía, y que por más que quisiera y lo intentara nunca jamás de los jamases podría cambiar de vereda, aunque la perdiese a ella para siempre, aunque me pasase el resto de la vida lamentándome semejante cuestión de principios, porque tarde o temprano todo iba a saltar, porque un martes u otro les iba a terminar cantando las cuarenta en esa Sede de mierda que tienen ellos, o un sábado del año del carajo me iba a pudrir de aplaudir castamente los goles de ellos, y porque aunque no les partiera una botella en la zabiola a todos los hermanos y al tal Alberto tarde o temprano en la jeta se me iba a notar que no, que nunca jamás en la puta vida voy a ser de Chicago, porque mis

viejos me hicieron derecho y no como al turro malparido de Gatorra, y cuanto más me calentaba conmigo más me calentaba con él, porque mientras se besaba la camiseta, más y más yo sentía que me decía: «vení, Nicanor, vení conmigo acá al pastito, dale vos también algunos chuponcitos a la camiseta, dale Nicanor, no te hagás rogar, si vos y yo somos iguales, si los dos somos un par de vendidos, yo por la guita y vos por la minita pero somos iguales; dale Nicanor, qué te cuesta, dale, sacáte el disfraz y vení, que estamos cortados por la misma tijera, pero por lo menos yo no me ando escondiendo».

Cuando tuve a mis hijos me puse nervioso, es cierto. Pero nunca sufrí tanto como esos dos minutos de los festejos por el tercer gol de Gatorra en cancha nuestra. Te lo juro. Volví a levantar los ojos. Alrededor mío la hinchada de Chicago comenzaba a apaciguarse: se destrenzaban los abrazos, algunos se sentaban para reponer energías, otros se ajustaban la portátil a la oreja para escuchar los detalles. Enfrente bailaban los trapos rojos y blancos. A mi derecha, Mercedes me acunaba en sus ojos. Abajo, el traidor prolongaba un poco más la burla hacia mi gente.

De ahí en más no pude controlarme. Miré por anteúltima vez a la platea e hice un gesto de adiós con la mano. Después me erguí en puntas de pie. Hice bocina con ambas manos. Respiré hondo. Entrecerré los ojos. Y cacareé con todas las fuerzas de mi alma renacida un: ¡¡¡¡¡GATORRA VENDIDO HIJO DE MIL PUTA!!!!! que se escuchó hasta en la Base Marambio.

No tuve ni tiempo de disfrutar la sensación de alivio que me sobrevino apenas lo mandé al carajo, porque en el instante en que me enfrié un poco tomé conciencia del sitio donde estaba: ahí sólito con mi alma, en medio de los leones, listo para ser devorado.

Cuando miré a las fieras, había por lo menos sesenta pares de ojos clavados en mi pobre persona, y por los cuchicheos se iba corriendo la voz gradas arriba y gradas abajo. «¿Qué dijiste?», me encaró de mal modo el tal Alberto, desde el escalón inferior al mío. Lo miré. A fin de cuentas yo estaba ahí por su culpa: ¿no estaba en ese antro en un intento desesperado por evitar su salida nocturna con Merceditas? El maldito no sólo iba a salir con ella: después de lo de hoy tendría el camino definitivamente libre de obstáculos. Sin pensarlo dos veces le mandé un directo a la mandíbula. El muy zopenco cayó hacia atrás organizando una pequeña avalancha en los tres o cuatro escalones subsiguientes.

Mi vida pendía de un hilo: no sólo acababa de deschavarme delante de cinco mil enemigos. Acababa también de surtirle una linda piña a un socio querido y respetado de la institución. Sin pensarlo dos veces tomé la decisión que finalmente y pese a todo terminó salvándome la vida. Salí disparado escalones abajo, aprovechando el claro dejado por mi contrincante semidesvanecido. Llegué al alambrado y me prendí con ambas manos como si fueran tenazas. Ya detrás mío distinguía con claridad los

primeros «atájenlo que es de la contra», «párenlo que es un vendido», «vení que te reviento la jeta a patadas.» Con los mocasines me costó enganchar los pies en los rombos del alambre. Encima no faltaban los comedidos que sin saber muy bien del asunto igual trataban de atajarme por la ropa. Perdí el sombrero de una pedrada. Los anteojos se me cayeron forcejeando con un viejito sin dientes que no me soltaba la pierna derecha. Gracias a Dios, en esa época el alambrado era más bajo. Me pinché hasta el alma cuando llegué a la cúspide. Me arqueé hacia atrás para verla por última vez en mi vida. No fue fácil, pibe. ¿Sabés lo que fue saber que estaba renunciando a ella para siempre?

Para ese entonces ya me tiraban con serpentinas sin desenrollar. Igual me encaramé como pude en el alambrado y, en acto penitencial y al grito de «¡Sí, sí, señores, yo soy del Gallo!» obsequié floridos cortes de manga a derecha e izquierda, hasta que me acertaron un cascote en plena frente, perdí el equilibrio y me fui de cabeza. Gracias al Cielo, caí del lado de la cancha. Si no, estos tipos me cuelgan ya sabes de dónde.

El resto me lo contaron, porque permanecí inconsciente como cinco días. Mi vieja batió el récord de velas encendidas en la Catedral, pobrecita. Cuando abrí los ojos estaban todos. El Negro, Chuli, Tatito. Me habían cubierto con la bandera del Gallo. Primero pensé que estaba muerto y que me estaban velando; pero los muchachos me convencieron, en medio de mis lágrimas, de que estaba vivito y coleando. «La clavícula, tres costillas y cinco puntos en la sabiola", me decían, "la sacaste rebarata, Nicanor».

Sí pibe, como lo escuchás. Yo soy ese tipo del capote verde que se tiró desde la cabecera visitante a la cancha en ese clásico espantoso de los tres goles de Gatorra. Sí, capaz que lo hacés ahora y te pegan tres tiros y no contás el cuento. Yo que sé, eran otros tiempos.

Yo era joven, y aparte no sabés. Si la hubieses visto a Mercedes... Nunca volví a conocer a otra mujer como ella. Pero bueno, qué le vas a hacer, así es la vida. Igual sufrí como un condenado, no vayas a creer. Los muchachos me decían que no lo tomara así, que minas hay muchas pero Gallo hay uno solo, y todas esas cosas que son verdad pero, qué querés, a mí esa piba me había pegado muy hondo, sabés. Eh, chiquilín, no te pongás triste. ¿Qué se le va a hacer? Hay cosas que podés hacer y cosas que no.

A ver, dejáme fijarme un poco. Sí, por acá ya se están parando. Me rajo que quedó un caminito. Dale, pibe. Ayudáme a levantarme. No, ya me tengo que ir, dale. ¿No ves que acaba de terminar el partido de Reserva? Ya sé que ahora empieza el partido en serio. Por eso me voy. No flaco, en serio. Tengo que rajarme. No, pibe, ¿qué corazón, ni qué carajo? Del bobo ando hecho un poema.

Pero qué querés. Promesas son promesas. Y si me quedo capaz que no puedo

contenerme y falto a mi palabra. El sábado que viene me contás. No pibe, en serio. Tengo que irme. Permiso, permiso, gracias. Hasta el sábado.

¿Cómo qué promesa, pibe? La que me impuso ella, con el dedito levantado y los ojos echándole chispas: “Yo le digo a papá que le guste o no le guste nos casamos igual. Pero vos juráme que nunca; pero nunca, nunca, volvés a gritar un gol de Morón contra Chicago”.

¡Chau, pibe!

Epílogo
(Oración con proyecto de Paraíso)

Querido Dios:

A veces se me da por pensar cómo será el Paraíso. Ya sé, Dios, ya sé que no va cualquiera, ya lo sé. Pero pongamos que uno se ha portado más bien que mal. Y que finalmente la cosa tiene premio.

¿Qué pusiste vos del otro lado? ¿Cómo será el asunto? ¿Será un único Cielo para todos? ¿Andaremos todos juntos, encontrándonos y despidiéndonos después? ¿O será más bien algo hecho como a medida, una especie de Cielo personal, para que uno vaya y le ponga lo que más le gusta, como cuando uno es chico y tu vieja te pregunta de qué querés la torta de cumpleaños? O a lo mejor son las dos cosas: en la calle te encontrás con todos, y tu casa la armas a tu gusto.

Vaya uno a saber. Pero por si acaso, y supongamos que uno pueda hacer peticiones, yo ya tengo dos preparadas. Las tengo de memoria, por si acaso en el momento de rendirte cuentas me trabuco y se me piantan.

Primero: no quiero que transmitan los partidos. Te lo pido por favor. Nada de estar comiéndome los codos con la campaña de Almirante. Ya me banqué bastantes amarguras acá abajo, la pucha. Aparte, mirá si pasa algún delegado tuyo y me manyan puteando al lineman o al perro ese que acaba de errar un gol hecho. Y después se me arma un lío de novela con vos, y yo qué sé, ponéle que me rajan.

Y lo otro es que haya una cancha. Una cancha posta, ¿sabés? Con el pastito bien verde y parejito. Capaz que ahí nadie juega. Capaz que andan todos en otra, cantando, tocando el arpa, vos debés saber. Aunque no haya con quién juntarse a patear, a mí no me importa. Pero que la cancha esté. Y que haya un balón, claro. Porque si voy al Cielo quiero hacer lo que más me gusta en la vida. Y otra cosa: que en la cancha llueva, porque con lluvia es más lindo. ¿Te imaginás? El trotecito corto. El agua resbalándome por la jeta. El olor al pasto mojado. La bola cortita y al pie. ¿Qué más se te puede pedir, decíme?

No te pido más nada, Dios. Lo demás que sea como vos dispongás. Pero por favor, en serio, por favor: que la cancha esté.



EDUARDO SACHERI. Nació en Buenos Aires en 1967. Profesor y licenciado en Historia, ejerce la docencia universitaria y secundaria. Publicó los libros de relatos *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol* (2000), *Te conozco, Mendizábal y otros cuentos* (2001), *Lo raro empezó después. Cuentos de fútbol y otros relatos* (2004), *Un viejo que se pone de pie y otros cuentos* (2007), y las novelas *La pregunta de sus ojos* (2005; Alfaguara, 2009) y *Aráoz y la verdad* (Alfaguara, 2008). Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales. Su novela *La pregunta de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella, con el nombre *El secreto de sus ojos*, film que se convirtió en una de las películas más exitosas de la historia del cine argentino, fue distinguido con numerosos premios —entre los que se destaca el Oscar a la mejor película extranjera (2010)— y cuyo guión estuvo a cargo de Sacheri y Campanella. Aráoz y la verdad fue adaptada al teatro por Gabriela Izcovich y protagonizada por Luis Brandoni y Diego Peretti. Sus narraciones han sido publicadas en medios gráficos de la Argentina, Colombia y España, e incluidas por el Ministerio de Educación de la Nación en sus campañas de estímulo de la lectura. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.